MENSAJE

GRADUATE THEOLOGICAL UNION
LIBRARY
1962

LA EXPECTACION DEL MUNDO DE HOY
JOSEPH FOLLIET

LA CARNE Y EL ESPIRITU
HENRI CAFFAREL

HACIA UNA TEOLOGIA DEL TRABAJO
JORGE HOURTON B.

PERSPECTIVAS HISTORICAS DEL MOVIMIENTO OBRERO
WILLIAM THAYER A.

CAUSAS Y REMEDIOS DEL SUBDESARROLLO DE AMERICA LATINA
MARIO ZAÑARTU U.

LOS MANUSCRITOS DEL MAR MUERTO
E. VOGT

LA MODA
PIO XII

ENERO-FEBRERO — 1958

V. 7
1958

MENSAJE

ENERO-FEB. 1958 - VOL. VII - N.º 66

DIRECCION:
Alonso Ovalle 1452 — Casilla 597
Fono 83226 — Santiago de Chile

DIRECTOR - FUNDADOR
(†) R. P. Alberto Hurtado Cruchaga, S. I.

DIRECTOR
José Aldunate Lyon, S. I.

SUSCRIPCION ANUAL:

Ordinaria.....	$	800
De bienhechor.....	"	5.000
para el extranjero...	"	3 USC.
para el extranjero (por vía aérea).....	"	6 USC.
Valor Núm. suelto.....	"	80

AVISOS:

1	página	$	18.000
1/2	"	"	9.000
1/3	"	"	6.000
1/4	"	"	4.500
1/6	"	"	3.000

S U M A R I O:

Pág.

LA EXPECTACION DEL MUNDO DE HOY, por Joseph Folliet 1

LA CARNE Y EL ESPIRITU, por Henri Caffarel..... 11

HACIA UNA TEOLOGIA DEL TRABAJO, por Jorge Hourton B. 17

PERSPECTIVAS HISTORICAS DEL MOVIMIENTO OBRERO, por William Thayer A. 20

CAUSAS Y REMEDIOS DEL SUBDESARROLLO DE AMERICA LATINA, por Mario Zañartu U. 24

Rusia futura, libre del comunismo, una gran fuerza espiritual 30

SIGNOS DEL TIEMPO:

Berlín, capital de Alemania... 31

Los manuscritos del Mar Muerto 33

CINE:

Un traje blanco..... 37

ORIENTACION BIBLIOGRAFICA 39

DOCUMENTOS:

La Moda 44

Correspondencia con los Lectores

A. G. A.: "Creo de sumo interés que *Mensaje* publique estudios sobre el problema de la Castidad. Se oyen al respecto cosas tan absurdas como las siguientes: "no es problema que le incumba a la religión", "la religión toma la actitud de ocultar el problema sexual por medio del miedo". Convendría que *Mensaje* tratase temas como la "educación de la castidad", "la iniciación sexual", "la coeducación". — (suscriptor de Santiago).

—Tendremos en cuenta sus sugerencias. Ya algunas veces se han tocado estos temas. Hay libros que tratan muy bien esta materia: bástenos recordar los de la Colección Angel del Hogar, que tanto bien han hecho. Recomendamos a casados o personas próximas a contraer el matrimonio la obra "Vida Sexual Sana", de Hornstein-Faller-Streng (Edic. Daimon, Barcelona, 1955, 482 págs). En venta en Librería San Pablo (O'Higgins 1626 - Santiago).

I. R. N.: "Me permito sugerir la publicación de una mayor cantidad de artículos de orden científico, que si son escritos en forma clara serán fácilmente captados por los lectores. Los científicos están ante la presencia de Dios que por medio de sus infinitas obras se manifiesta."

—Agradecemos su indicación. El artículo "A propósito de Freud" publicado en octubre y otros que aparecerán oportunamente han de satisfacer sus acertadas sugerencias.

L. M. J.: "Me atrevo a dirigirle la presente, para solicitarle si lo tiene a bien, trate de publicar algún artículo sobre la Inquisición."

R. A. G.: "Considero que la crítica de películas debe orientar y no sólo informar de aspectos casi puramente técnicos. Ya un lector les hizo esta crítica y la consideré sumamente acertada. El último artículo cinematográfico puede ser muy justo como apreciación de un técnico en la materia, pero no orienta al espectador católico. Yo no vi Gervaise, pero considero insuficiente que se diga que era "interesante" y no se advierta que era profundamente inmoral. Si un cura dice que una película es interesante, vale la pena ir a confirmar la apreciación. Hoy en día, creo que importa más informar al público y acostumbrarlo a apreciar los aspectos negativos de películas que aparentemente "no tienen nada", que informarlo sobre su realización artística. La mezcla de ambas cosas se echa de menos en las últimas críticas". — (suscriptor de Santiago).

—Se refiere al artículo "Montaje, como expresión dramática" (agosto, 1957, pp. 276-277). El autor consideró "interesante" solamente bajo el punto de vista del montaje. De mucho valor es su observación para mejor conocer lo que el público espera de esta sección.

M. M. S.: "Al renovar mi suscripción le manifiesto mi sincera felicitación por la alta calidad y superación de la revista, que se lee con agrado e interés. En sus páginas late vivo el espíritu de Cristo y de la Iglesia. Es interesante conocer cómo la Iglesia se ha enfrentado en otros tiempos con problemas que parecen nuevos, por ejemplo, la Reforma Agraria, y cómo tiene para todos la justa solución y sabe salir triunfante de todos los ataques. *Mensaje* hace que los católicos comprendamos y amemos a la Iglesia, conozcamos su historia, sus problemas y pensamientos a través del mundo, lo cual trae como consecuencia una unión más fraternal de los cristianos y un amor al prójimo más efectivo". — (suscriptor de Linares).

—El suscriptor alude especialmente a los artículos de E. G. Vargas, "La Reforma Agraria de Sixto IV". (cfr. Mensaje, *mayo, pp. 97-107 y junio, pp. 154-165).*

(PASA A LA TERCERA TAPA)

ENERO-FEBRERO 1958 **MENSAJE** VOLUMEN VII — N.º 66

El mensaje cristiano frente al mundo de hoy

La expectación del mundo de hoy

por JOSEPH FOLLIET (*)

QUÉ espera el Mundo Contemporáneo de la Iglesia Católica? Aun en nuestro Occidente impregnado de Cristianismo, donde los recuerdos cristianos salen a cada paso, donde las cruces jalonan los caminos y las catedrales señalan el corazón de las ciudades, si juzgamos por las apariencias, nada se espera. A las palabras de los misioneros, al gesto de los testigos, a veces trágicos, hasta la efusión de sangre, a las imitaciones y a las obras de los constructores cristianos que levantan una ciudad mejor, el mundo responde con una indiferencia de plomo, al mismo tiempo pesada y blanda, con un silencio que proclama la muerte del espíritu y hasta de la curiosidad, con una ignorancia sin aspiraciones, peor que la ignorancia pagana que es carencia y espera —sí, peor porque se cree conocer y no conoce nada o no quiere conocer—. Hay momentos en que la voz del Soberano Pontífice, hasta cuando indica el camino en las encrucijadas de vida y de muerte, o bien cuando espera el movimiento espontáneo de la conciencia humana, parece resonar en la gran nave desierta de una Basílica relegada.

Mirad aquellas masas desarraigadas y desencajadas cuyos individuos desesperadamente parecidos, y no menos desesperadamente hostiles, se aglomeran en los vehículos comunes de las ciudades que levantan hacia el cielo, como torres de Babel, el orgullo de sus construcciones. ¿Qué esperan del Catolicismo esas muchedumbres despersonalizadas, cuyos rostros anónimos traicionan el aburrimiento y el desorden, aquellos individuos atrincherados en un perpetuo coto cerrado, continuamente arrastrados hacia el suelo por el peso de sus preocupaciones cotidianas? Leed los periódicos que les distribuye la provisión in-

---

(*) Reproducimos aquí uno de los más importantes trabajos leídos en el "Congreso Internacional para el Apostolado de los Laicos", celebrado en Roma en octubre último. En su número de ese mes, "Ecclesia", la excelente revista ilustrada de la Cittá del Vaticano, ya lo publicó destacadamente. Su autor Joseph Folliet, nacido el 27 de septiembre de 1903, doctor y profesor universitario en el Instituto Católico de Lyon, es sobre todo conocido universalmente como Vicepresidente y Secretario General de las "Semanas Sociales de Francia" la célebre "universidad ambulante", como la llamó S. S. Pío XII, quien ha aplaudido entusiasta y constantemente sus actuaciones, lo mismo que sus predecesores (véase *"Mensaje"*, N.º 32, Septiembre de 1954, pp. 298-306).

Folliet dirige también, además de escribir bastante en ella, la importantísima revista bimensual "Chronique Sociale de France", que sirve de órgano permanente a dichas "Semanas". Por lo demás, según declara él mismo, ha ejercido "casi todos los oficios, incluído ¡ay! el de la guerra", que cumplió como "maquisard" de la resistencia. Principalmente profesor, conferenciante y escritor, colabora en numerosas y muy calificadas publicaciones del Vaticano y de todo el mundo y dirige algunas. Ha escrito desde poesías y dramas religiosos (Le Mystère de Saint François et de son Compagnon; Le Mystère de Lyon et de Notre-Dame; etc.) y algunn biografía (la de Marius Gonin, el iniciador de las "Semanas Sociales"), hasta brillantes y sólidas obras de sociología y ética (Le droit de colonisation; Le travail forcé aux colonies; Les chrétiens au carrefour; Présence de l'Eglise; Introduction à la parole publique; L'avènement de Prométhée; A toi, Caliban... Le peuple et la culture; etc.).

telectual, los diarios donde, para satisfacer toda curiosidad, hormiguean todas las nuevas, exceptuada la Buena Nueva; la prensa sentimental que, en millones de ejemplares al mes, ofrece a millones de mujeres decepcionadas, los sucedáneos del amor y los ersatz de la esperanza. ¿Qué esperan del catolicismo los que redactan estas hojas y los que se ceban en ellas? Entrad en las cámaras políticas de las democracias, o en las anticámaras de las dictaduras; se habla de riqueza, de potencia, de prestigio, de todo en fin, menos de lo que es esencial: que el Amor no es Amado. ¿Qué esperan de la Iglesia católica los pastores de esos pueblos y de las greyes, que conducen hacia los pilones de la abundancia o al matadero de una guerra atómica? Escuchad con atención los debates de los maestros del pensamiento, de los escritores y filósofos; los unos dirán que todo no es sino materia; los otros que la existencia es un infierno y el hombre una pasión inútil; desacordes en todo, se pondrán de acuerdo al menos sobre la inutilidad de la fe cristiana. ¿Qué esperan de la Iglesia católica estos doctores de la sabiduría moderna y los que beben sus palabras contundentes y capciosas?

Señales de esperanza.

¿Pero tenemos que atenernos a estas apariencias y a estas decoraciones? Como hay flores que se abren camino en la nieve, no habrá, bajo las apariencias de inercia, indicios que nos permitan juzgarlas engañosas? Si el mundo parece aprisionado bajo una cúpula de mármol negro, no se vislumbran en el horizonte algunos resplandores anunciadores del alba? Parece significativo que uno de los más esclarecidos entre los sociólogos franceses, agnóstico y de origen judío, ponga en el exergo de un reciente trabajo alguna frase de Su Santidad Pío XII. Esta actuación revela una expectativa y unas esperanzas que no son simplemente las de un aislado. En efecto, a lo largo de unos años fecundos de miseria y de dolor, llenos de situaciones desesperadas y aparentemente insolubles, cuantas veces hemos visto venir hacia nosotros judíos, protestantes, musulmanes, indiferentes, excépticos, hasta militantes del ateísmo, para pedirnos no nuestras pobres luces, sino las de la Iglesia, de las que nos hacían el honor de creernos sus reflejos. ¡Y cuántos católicos en el mundo, podrán confirmar nuestra experiencia! Las emisiones religiosas de la radio y televisión, las películas de inspiración cristiana llaman la atención de las gentes. Las obras religiosas, aún las difíciles, encuentran un sinnúmero de lectores y las ediciones católicas de la Biblia llegan a ser lo que los editores americanos llaman las best-sellers. Cuando un Padre Lombardi habla, las multitudes italianas acuden. Si un Abate Pierre predica una cruzada de caridad, las masas francesas le abren no solamente sus corazones, sino también sus bolsillos. En Estados Unidos interrumpen su febril actividad para escuchar a un Thomas Merton que habla de la vida contemplativa. Desde Escandinavia descristianizada, donde la práctica religiosa es tal vez la más débil de un mundo en otros tiempos cristianos, salen un Johannes Joergensen y una Sigrid Undset. A la voz de Monseñor Cardijn, millares de jóvenes obreros, venidos de todo el orbe, llegan a Roma.

Aún las mismas costumbres que pueden parecer supersticiosas en los cristianos sin formación, ¿no denuncian muchas veces la centella de la mecha que quema todavía?

Bajo la desatención plomiza de los pueblos, amanece una atención angustiosa.

Las contradicciones entre las dos hojas de este díptico no proviene solamente de la ilogicidad de los hombres o de la complejidad de su alma; corresponde más bien a las contradicciones internas de un tiempo borrascoso, donde chocan entre sí, con un ruido de trueno, las esperanzas, las ilusiones, las decepciones, las cóleras y los pánicos.

Mitos actuales.

Dueños de la naturaleza, como no lo han sido nunca, libertadores y dominadores de la energía que dormita en la entraña del átomo, vencedores de los tiempos y del espacio, dispuestos a crear de nuevo la vida en sus laboratorios y a rehacer mediante su psicología las almas cuyas profundidades han sondeado, los hombres pueden alimentar esperanzas prometedoras. Mañana —piensan ellos — bogarán en los espacios interplanetarios, después en los intersiderales, mañana multiplicarán al infinito los frutos de la tierra; mañana modelarán cuerpos y almas de las nuevas razas humanas y quizás la especie desconocida que dará al mundo el superhombre. Ya no hay fronteras para las imaginaciones y el mismo cielo no supone ya límite. En un Universo que ha llegado a ser totalmente permeable a la razón, cada uno tendrá derecho al sol y a la felicidad, al pan, a la paz y a la libertad. ¿Qué significará la gracia en esta humanidad completa y perfecta? Dios ¿para qué?... Las novelas de vanguardia últimos avatares de la inmortal mitología, reproducen los ecos de aquellas esperanzas desmedidas.

¿Por qué, en estas mismas novelas, se presiente, cuando el autor no abdica en nada de sus derechos críticos, una ironía latente, una, sorda inquietud y como el deslizarse del reptil bajo las hojas del paraíso terrestre? Es que en el mismo instante en el que los descubrimientos del espíritu humano ensanchan

las posibilidades hasta lo imposible y las esperanzas temporales hasta la megalomanía, un viento de invierno, glacial, violento, y sin piedad derriba los ídolos que el hombre se ha forjado con sus manos, después que sus profetas le hubieran anunciado la muerte de Dios. Un crepúsculo de ídolos desciende sobre la tierra. El huracán se lleva como hojas muertas los mitos de que vivía el pensamiento occidental desde el siglo de las luces. Por una paradoja cuya ironía no es más que aparente, el pensamiento católico llega a defender contra la sublevación de nuestros contemporáneos desilusionados, la médula de verdad contenida en aquellos mitos cuyas ilusorias ambiciones denunciaba en el siglo pasado.

¿Mitos de la ciencia redentora?... Los conocimientos, los métodos y el espíritu científico se extienden ya a todos las culturas, pero la ciencia renuncia a pronunciar la última palabra que explicará al hombre la naturaleza y el sentido de su vida. ¿Mito del progreso?... En un siglo, la humanidad ha conseguido quizás más adquisiciones técnicas, ha acrecentado su riqueza y su poder más que en toda la historia pasada, pero el progreso toma la forma ambigua y amenazadora del hongo de humo cuyo sombrero se asemejaba a una calavera y que hizo llegar a Hiroshima, la primera utilización de la energía atómica.

¿Mitos liberales?... Cierto, la palabra libertad resuena, por todas partes, con su fuerza fascinadora, pero, al nombre de la libertad las masas se precipitan en las servidumbres totalitarias. ¿Mito de la democracia triunfante?... Muchos pueblos adoptan la forma externa de una democracia parlamentaria; pero, frecuentemente no es más que un molde vacío y, aún allí donde el sistema democrático funciona pasablemente, los pueblos ven en ellos, un lugar de fórmulas mágicas y soberanas, una simple técnica política entre tantas. ¿Mitos nacionalistas?... Los nacionalismos siguen deslumbrando a las muchedumbres, dándoles razones para matar y morir, pero las viejas naciones despojadas de su soberanía por las solidaridades internacionales, se preguntan sobre su porvenir, y las nuevas que acaban de adquirir su independencia encuentran en ella un gusto amargo y se dan cuenta, con despecho; que no resuelve ninguna de sus dificultades interiores. ¿Mitos pacifistas? Sabe Dios cuánto se habla de paz, y cómo todas las políticas internacionales ingieren la idea de paz en sus servicios de propaganda, pero jamás en el curso de su historia; la especie humana no se ha encontrado nunca más próxima a una guerra en la que los medios de destrucción podrían aniquilarla. ¿Mitos socialistas?...

Desde hace cincuenta años el socialismo pasa del sueño a la realidad, pero, en la misma medida que se realiza, pierde su aureola; o bien, en sus realizaciones totalitarias toma el aspecto de una tiranía, capaz de edificar rápidamente al máximum de coste humano una industria pesada, pero incapaz de poner en ejecución sus promesas falaces; con sus formas moderadas experimenta y prueba sus límites, y, en el término de su desarrollo, ya no puede ni evocar nuevas perspectivas. ¿Mitos revolucionarios?... Se invoca por costumbre la revolución, pero, ¿se cree todavía en ella? Se da ya por descontado que las revoluciones, aún las necesarias, no crean ni el hombre nuevo, ni el mundo nuevo que soñaban sus promotores, y así, después de dos oleadas de revoluciones, la primera liberal, la otra socialista, que han barrido tres siglos, empieza una tercera revolución, cuyas oleadas precursoras han batido sucesivamente Budapest, Varsovia y Bandoeng. ¿Mitos de felicidad? La felicidad es una idea nueva en Europa, afirma Saint Just, al principio de la revolución francesa; nacida la idea en Europa, da la vuelta al mundo, pero se revela decepcionada, porque la experiencia enseña que la felicidad no es un traje hecho, fabricado en serie, que se distribuye en todas las tiendas porque si el Estado-providencia, el Welfare State, puede organizar las condiciones materiales y colectivas del bienestar, es impotente para realizar una obra de arte que sea fruto de las libertades personales y familiares. Los Polyeuctos de hoy no tienen ni que tomarse la molestia de derribar los ídolos: carcomidos se derrumban por sí mismos, bajo el peso de los años.

Se concibe que este desmoronamiento de los ídolos y este desvanecimiento de los mitos tengan a veces, como consecuencia, una desesperación generalizada, cuya voz filosófica y literaria, es un cierto existencialismo. El mal de la juventud que contamina al mundo entero, aún y tal vez más que en otras partes en las regiones donde reina la abundancia y el confort, ansía con avidez esta desesperanza. Las convulsiones del rock and roll agitan, como danza macabra millares de adolescentes; en los países escandinavos, los repentinos amotinamientos de jóvenes en blusas de cuero rompen los reflectores de la calle y chocan con los servicios del orden; las autoridades de Nueva York movilizan veinticuatro mil policías para luchar, sin resultado, contra las bandas de maleantes imberbes; Inglaterra se preocupa ante el aumento continuo de su criminalidad juvenil; en París, los zazons infestan, a la sombra de la venerable Abadía, las aceras de Saint Germain des Pres; que la URSS, después de haberse vanagloriado de haber puesto fin a toda delincuencia juvenil, tiene que reconocer el doble flagelo, de la juventud dorada y de la Houliganstvo popular; los hechos son demasiado numerosos, difundidos y patentes pa-

ra no significar una crisis de civilización. Con el candor y la imprudencia de su edad, los jóvenes muestran lo que esconden a medias las conciencias adultas.

Habiendo robado el fuego del cielo, Prometeo, se da cuenta de que aquel fuego no es un mito, sino una realidad que quema, incendia y lleva en sí la venganza misma del cielo desafiado. Los mitos se hunden, como las monedas alcanzadas por la universal enfermedad de la inflación.

El momento del Cristianismo.

He aquí el tiempo de la razón que puede ser el de la fe, porque la fe no se opone a la razón, como no se opone la gracia a la naturaleza; antes la completa, la fortifica y le franquea los paisajes eternos. Los ídolos se pulverizan en las manos que se aferran a ellos. He aquí el tiempo de todo o de nada, del paso o doblo, de la verdad desnuda. He aquí el tiempo de la Iglesia.

En las transformaciones aceleradoras, radicales, universales, que arruinan un pasado que ha llegado a ser arcaico, por no decir arqueológico en espacio de una o dos generaciones, y que por una mutación brusca de los grupos, por cambios a la vez cualitativos y cuantitativos, abren a la experiencia humana dimensiones desconocidas y parecen obligarla a acceder, como un cristal precipita de un solo golpe a un estado radicalmente nuevo, el mundo espera la presencia radiosa del cristianismo, como del nacimiento de Cristo, en otra época de renovación cuando la persona, emergiendo de las colectividades, concebía la necesidad de una salvación y cuando la constitución de grandes imperios correspondientes a unas culturas reclamaban religiones universales, con una ansiedad gozosa, el mensaje cristiano de liberación.

Ahora bien, ¿qué es lo que se espera de la Iglesia y de cada uno de nosotros, los católicos en la medida en que la representamos ante nuestro prójimo? Desde luego, nos parece que el mundo espera de nosotros el testimonio absoluto de la verdad divina, del Dios que es verdad subsistente; aquel testimonio que en el silencio de sus desiertos los monjes de la Cartuja llevan, si se puede emplear este término hasta su paroxismo, pero que todo cristiano tiene también que responder según sus medios y vocación, puesto que, abatido por el esplendor de un Dios celoso, ha renunciado para siempre a los ídolos.

¿Qué es la idolatría, sino la adoración de un relativo, hipostasiado y divinizado, sea el ídolo de oro, de madera, de conceptos o de palabras? Postrarse ante un fetiche o ante una abstracción supone una diferencia de grado, no de naturaleza, y el ídolo abstracto exige con frecuencia más sangre que el abominable Moloch. Desde el advenimiento del racionalismo y del naturalismo, se ha evolucionado hasta el idealismo o el materialismo, y el espíritu humano vive en la relatividad sin ver más allá de ella, es decir, vive en un barullo de relatividades que se entrecruzan, se entrelazan, se entremezclan sin que sea posible encontrar un orden entre tanto caos. Privado de otros guías que no sean sus vacilantes luces, el hombre de hoy hace pensar de un viajero perdido en la floresta, en medio de un macizo esculpido por la erosión de los glaciares, compuesto de mil cerros y de mil lagunas sin arquitectura geográfico. Imposible recobrar el camino; deberá sucumbir bajo el hambre y el frío. Como el corazón del hombre no pierde jamás totalmente ni el sentido de lo sagrado, ni la necesidad de lo absoluto, experimenta la tentación insuperable de exigir como ídolo a una de sus realidades relativas. Pero el ídolo no tarda en desengañar a su fiel. Espejismo en el desierto, fuego fatuo de un pantano, se desvanece abandonando al hombre a su soledad y a su miedo.

Nuestra afirmación de lo absoluto y de la trascendencia, como el rayo de un proyector, traspasará y ordenará las tinieblas de los relativos hacinados. Consolidará lo que oscila y titubea, como el viento salobre del norte arrastrando el hielo hace de los témpanos esparcidos, un bloque resistente; enseñará a los hombres que sin referencia a una Verdad absoluta, e t e r n a y subsistente, las verdades aprendidas por la razón resultan parciales y provisionales, sometidas al flujo y al reflujo de una dialéctica sin fin, y que no adquieren su valor sino en relación con esta verdad inteligencia creadora de Dios que garantiza a la inteligencia humana hecha a su imagen la inteligibilidad de la naturaleza. Nuestras palabras y nuestros actos mostrarán también que sin referencia a una ley absoluta, identificada con el absoluto divino, ya no hay para el hombre, acción recta y segura, sino que toda decisión moral parece sierva de los prejuicios, de las pasiones o intereses, entregada a la gratuidad arbitraria o a la utilidad sórdida. La vida humana se convierte entonces en un ciclo neutral donde se trabaja para comer, donde se come para trabajar y donde se introducen a los hombres en la sociedad para que giren, sin fin, en el mismo círculo; y que la sociedad, a su vez, no es más que una guarida de bandidos sin fe ni ley, o una colosal estafa colectiva, que exige el sacrificio de las generaciones actuales a cambio de una felicidad prometida para un mañana siempre aplazado y mendaz adornado con los colores de la trascendencia. Solo la afirmación de lo absoluto da consistencia y solidez, rectitud y eficacia a los actos humanos, nacidos de la conciencia moral; solo ella imprime un sentido a la vida, aun a las vidas más oscuras y más desgraciadas, porque obli-

ga al hombre, que levante los ojos al cielo, a huir de los determinismos de la relatividad y porque le aseguran que en lo infinito y en lo eterno, ni una sola gota de sus sudores o de su sangre, se perderá. Solo la afirmación de lo absoluto garantiza a las comunidades humanas una fe, es decir, la fidelidad a los pactos, y una ley, es decir, un orden jurídico aceptado por todos en atención a la existencia común; solo ella fundamente la estabilidad y seguridad de las relaciones sociales; solo ella defiende al ciudadano contra la tiranía de los poderes y al poder contra la anarquía de los ciudadanos; solo ella puede asentar sobre la justicia el orden de las ciudades temporales y la paz entre las ciudades. Lo absoluto garantiza lo relativo; lo que no pasa nunca es lo que responde de lo que pasa y muere.

Posición de la persona humana.

Al instante vemos cómo la Iglesia Católica responde a una de las aspiraciones fundamentales de nuestra época: la defensa y el desarrollo de la persona humana. La expansión del movimiento llamado de las relaciones humanas aporta una prueba de esta aspiración. Surgido de reflexiones harto pragmáticas sobre las relaciones industriales entre patrones y obreros, o las relaciones públicas entre negociantes y clientes, llega, con una lógica interna, a instruir el proceso crítico de todas las relaciones entre los hombres de una sociedad despersonalizada y más colectiva que comunitaria. Nace de un pesar y de una necesidad universales. Y las mismas convulsiones de los países, no ha mucho coloniales, que buscan su independencia, ¿no traducen acaso, por encima de todas las ideologías nacionalistas una necesidad más profunda como la del hombre que juzgándose afectados por una diminutio capitis aspiran a que se les trate como personas mayores? Pero no se protegerá, no se desarrollará la persona si no se tiene de ella una noción justa, y esta noción requiere la referencia a lo absoluto; de otra manera la estimación de la persona oscilará sin descanso entre el cero y el infinito, el cero de los colectivismos opresores, el infinito de los individualismos anárquicos. Lo absoluto adorna a la persona de la eminente dignidad de que hablaba León XIII puesto que lleva sobre la frente su reflejo luminoso; y la somete a los deberes y a la jerarquía que condicionan su integración dada la contingencia y la relatividad de la persona en su relación filial con el absoluto divino.

Seamos, por lo tanto, testigos de lo absoluto. Porque en el momento que el mundo exige de nosotros este testimonio, algunos cristianos se dejan todavía seducir con retraso por unos ídolos proscritos o unas mitologías crepusculares. Nosotros tenemos que mostrar mucho ánimo e intransigencia para negar nuestro grano de incienso a cualquier ídolo; mucha prudencia y caridad intelectual para discernir, la verdad relativa que oculta, detrás de la mentira del falso absoluto. Tendremos tanta más fuerza para afirmar estas verdades relativas, sacadas a la luz por nuestro tiempo cuanto más conozcamos sus límites; y tanto más seremos de nuestro tiempo cuanto más nos volvamos hacia lo eterno. La elección entre la actualidad y la eternidad es una falsa alternativa. Aunque el mundo nos persiga porque no nos arrodillamos ante sus divinidades efímeras, nos perdonaría todavía menos una traición a lo absoluto y tendría razón.

La respuesta cristiana.

¿Qué es por lo tanto lo que el mundo contemporáneo espera todavía de la Iglesia y de nosotros sus hijos? Espera que le transmitamos en su integridad y en su fuerza, el mensaje de Cristo; que le recordemos o le mostremos aquella agua viva de la que sus sedes tienen una fosca necesidad.

El mundo suspira en pos de una liberación, pero la concibe como un desencadenamiento de los instintos, exentos de toda regla, de suerte que, por las exigencias inevitables de la vida en sociedad, estos intentos de liberación, tras de momentos de licencia y anarquía, se saldan con redoblamientos de constricción, cuando no con una nueva esclavitud. Algunos escogidos llegan al ideal de la libertad de espíritu, pero demasiadas veces se la imaginan o como la disponibilidad perpetua de brazos siempre extendidos que jamás se repliegan sobre una presa, o como una posibilidad infinita de opiniones y de elecciones arbitrarias; en los dos casos el instinto toma su revancha. Y sin embargo este impulso hacia la libertad es el honor del hombre porque viene de una naturaleza hecha a semejanza de la libertad divina. El cristianismo enseña al hombre el secreto de la libertad, y que no hay libertad sin redención y que la libertad no se recibe sino que se conquista esforzadamente, y que el hombre solo, es impotente para conquistar esta libertad que vislumbra, pero que hace falta la ayuda de la gracia, injertando sobre el libre albedrío del hombre la libertad de Dios. Le enseña que la libertad, desde luego ante todo interior y espiritual, arranca al hombre de la esclavitud del pecado y de la tiranía del demonio y le libera de la triple concupiscencia, y que se logra aquella, con la sumisión de la carne y sus instintos a la razón y de la razón a la Verdad que es Dios.

Sin esta libertad profunda, las libertades externas no son sino fantasmas. En el siglo

pasado, ebrio de libertad, intoxicado de ideologías liberales, el catolicismo tomaba, a los ojos de muchos, el porte de una religión de sola autoridad, obstáculo para las liberaciones individuales o colectivas. En nuestra sociedad colectivista organizadora, planificadora, autoritaria, es decir, totalitaria, donde según una célebre expresión, el hombre que reclama más autoridad es un borracho que pide otra vez vino, el Catolicismo que resiste a las presiones de las masas como a los abusos de los estados invasores, aparece como el campeón de la libertad humana, de la libertad del espíritu y de las libertades particulares que son sus auxiliares indispensables. No ha cambiado de doctrina; continúa repitiendo incansable la naturaleza, las condiciones y el precio de la libertad.

Humanismo Cristiano.

En pos de su libertad, nuestro mundo busca un nuevo humanismo, una concepción y un estilo de la vida humana que, de acuerdo con las estructuras presentes, incorporados a las instituciones, a las costumbres, y las representaciones colectivas, permitan a los hombres verificar, en el equilibrio, las virtualidades de las personas y de la especie.

Pero, alucinados por una falsa imagen del hombre, nuestros contemporáneos o se vuelven hacia el pasado, hacia las nociones a la vez imperfectas y demasiado sistemáticas heredadas de los triunfos liberales, y entonces su humanismo se reduce a una especie de nostalgia ineficaz; o rompen con el pasado, se lanzan con todo el cuerpo a la aventura construyendo desde los cimientos sobre tablas rasas, y sus humanismos desarraigados zozobran en el exceso, cuyos castigos inevitables son el fracaso y la desilusión.

Y se llega a tanto que desesperados algunos de los pensadores más atrevidos de nuestros contemporáneos terminan por volverse con rabia no sólo contra las realizaciones decepcionantes, sino también contra la idea misma del humanismo, refugiándose en una indiferencia neoestoicista, de antemano resignada a la quiebra de todas las esperanzas. Las distorsiones y las descomposiciones infligidas por un cierto arte contemporáneo al género humano son la expresión de esta rebelión contra el humanismo inconsciente, pero que clama. El antihumanismo conquista incluso algunos cristianos demasiado llevados bajo pretexto de un espiritual puro y de un sobrenatural inconexo a renegar de una tradición que va desde Clemente de Alejandría a Jacques Maritain, pasando por las dos corrientes del Tomismo y del Franciscanismo, por St. Tomás Moro, San Francisco de Sales y el devoto humanismo, aquella gran tradición que afirma la belleza del Hijo del Hombre y de todos los hombres, sus hermanos segundogénitos, la hermandad del ser humano con la creación entera, la elevación al mismo tiempo ontológica e histórica, de la naturaleza hacia y sobre y, por la Encarnación redentora, la ascención de la humanidad hacia Dios, la trabazón indisoluble entre la Cruz y la resurrección, las tinieblas y lágrimas del Viernes Santo y la luz y la alegría pascuales. Pero la misma rebelión contra el humanismo no es, en el fondo, sino la vuelta de un amor frustrado. Es nuestro deber volver a enseñar a la humanidad el camino del verdadero humanismo, ruta que no se acaba en la tierra y que pasa por la colina donde se proclamaron las Bienaventuranzas como por la otra colina donde se levanta la Cruz. Tenemos que mostrar que todo humanismo si rehusa la abertura a Dios y a la gracia, para encerrarse en sí mismo mutila a la humanidad y que si rechaza el sufrimiento y blasfema contra la esperanza, condena a los hombres a una sobrecarga de dolores inútiles. Como la libertad es abnegación y despojamiento, así el verdadero humanismo exige la muerte del hombre a sí mismo y su nuevo nacimiento por una resurrección con el Cristo, Hijo del Hombre.

Este humanismo del hombre total, cuerpo y espíritu, naturaleza y gracia, puede en fin, dar su pleno sentido a expresiones que condensan algunas realidades y algunas esperanzas del presente. Sin él correrían peligro de no ser más que nuevas palabras, o ironías. Así respecto de la civilización del trabajo que, desde hace dos siglos se edifica en el Occidente y hace a veces, el efecto de una amarga ficción, en un humanismo cristiano, el trabajo, como el gesto augusto del sembrador, se prolonga hasta las estrellas y aún más allá de las estrellas por que el trabajador colabora a la obra creadora del Padre y al acto redentor del Hijo ya que hace volver hacia Dios la creación después de haberla perfeccionado.

Así también en la "Civilización del descanso" que preparan, sin duda alguna, la motorización, la mecanización, la automatización, la multiplicación maravillosa de la energía. Sin un humanismo cristiano los descansos tienen el peligro de no ser más que un ocio y la sustitución de la esclavitud industrial por la tiranía de la inercia. En un humanismo cristiano la civilización del recreo se levantaría a la dignidad de la contemplación.

Igualmente en el movimiento fuerte y continuo hacia lo que se llama la "promoción de la mujer". Fuera de un humanismo cristiano la promoción femenina corre el riesgo de no ser otra cosa que una abstracción engañosa, que conduce, bien a la masculinización de la mujer y por lo tanto a un empobrecimiento de la especie humana que no desarrolla sus virtualidades sino mediante la co-

operación de los sexos complementarios, o bien a una frustración de la mujer, privada del desarrollo propio de su persona femenina, engañada, escarnecida, reducida al estado de objeto de placer o de instrumento de trabajo, inevitablemente sublevado. En el humanismo cristiano la promoción de la mujer se lleva a cabo en el seno de familias fundadas sobre el respeto recíproco, donde, por la imitación de la familia de Nazareth, los esposos, bajo las jerarquías funcionales del ser familiar, experimentan con amor, su fundamental igualdad, como personas, y las diferencias que los hacen complementarios.

Aquí, además el catolicismo, viene otra vez en ayuda de la mujer, de la familia, y de nuestro tiempo, con la exaltación de la castidad que, según una lógica espiritual llega hasta la exaltación de la virginidad. Por el progreso de las ciencias y de las artes médicas, nuestra época se encuentra frente a un problema de población cuya novedad no tiene precedente. Es ya imposible abandonar la procreación al solo juego del instinto y de la costumbre. Una regulación de la natalidad, se impone: la obediencia del instinto a la razón. Pero los procedimientos antinaturales del control de la natalidad, lejos de subordinar las potencias instintivas a las facultades racionales, someten en definitiva, la razón al instinto, cuyo dominio será tanto más duro cuanto menos teman los individuos y los matrimonios las consecuencias naturales de sus actos. Estas prácticas llevarían al mundo a una prostitución legal y generalizada.

La única solución humana se encuentra en una disciplina del instinto que asegura la regulación de los nacimientos. A pesar de éstos, los extravíos de una civilización mercantil, publicitaria e individualista que un filósofo ha podido calificar de afrodisíaca —y nos preguntamos a veces si, como Sodoma y Gomorra, no atrae el fuego del cielo— hacen parecer como casi quimérica la eventualidad de un dominio del hombre sobre sus instintos. Oponiéndose a esta civilización degenerada, rehusando los procedimientos mecánicos del control de los nacimientos, invitando a todos los estados de la vida a la castidad, ponderando la grandeza de la virginidad consagrada, la Iglesia rinde a la especie humana, al Homo sapiens, cuya razón fundamenta la diferencia específica, uno de los más grandes servicios que se le pueda rendir en nuestros días.

Una vez más, la Iglesia es portadora de un humanismo verdadero.

Amor de Cristo.

La sangre que vivifica al humanismo cristiano, es la misma, que brotando de las llagas de Cristo, pasa por las venas de la Iglesia: la caridad. También aquí nuestro tiempo espera a la Iglesia. En primer lugar porque sufre de una espantosa falta de amor y porque la caridad es el amor llevado hasta la locura. En nuestros días, como escribía Georges Bernanos, la ira de los imbéciles se desborda. Es el tiempo del odio y del desprecio. Clase contra clase, oficio contra oficio, partido contra partido, raza contra raza, nación contra nación, todos se levantan unos contra otros, la injuria en la boca, las armas en la mano, el odio y el desprecio en el corazón, tantos más odiosos los unos a los otros cuanto más se parecen y cuanto que solo los separan sus intereses materiales o los instintos de agresión disimulados en ideologías. Entre estas masas de hombres coagulados, una despiadada competencia pone en contra los individuos y las familias. A quien viera en nuestras palabras una exageración pesimista no tendríamos más que recordar las hecatombes de las dos guerras mundiales, las carnicerías de la revolución rusa, el exterminio de millones de judíos en los hornos hitlerianos, la bomba atómica sobre Hiroshima, la sangrante represión de la Hungría insurrecta, el retorno de la tortura en los métodos de la policía, y sería demasiado largo hacer un catálogo de los horrores contemporáneos.

Y a pesar de todo, la necesidad de amor permanece anclada en el corazón de los hombres, de cada hombre, que quiere ser amado particularmente y nominalmente, como Cristo ha amado a cada uno de nosotros. Es esto lo que podemos, lo que debemos dar a todo hombre y a todos los hombres, este amor sin medida, hasta sin permuta, al que nada arredra ni nada desanima, al que nada agota y encuentra resortes infinitos de perdón — el amor loco de un Vicente de Paul, de un Juan Bosco, de un Juan de Dios, el amor loco de Cristo en la cruz.

Ser queridos en sí mismos, esto es lo que desean nuestros contemporáneos y lo que nuestro tiempo no les da. El siglo presente hace, hay que reconocerlo, un esfuerzo hermoso de justicia social —y los cristianos toman parte— algunos, ay, con retraso, y otros, afortunadamente, en primera línea, como lo invitan las recomendaciones de los Papas, y como lo prescribe la doctrina social de la Iglesia. No sabríamos pasar por alto lo que cada país y todos los países deben a los pioneros del catolicismo social. En la hora presente este esfuerzo de justicia prosigue y es nuestro deber el ser sus promotores y guías porque una caridad que no nos imprimiera un riguroso impulso, hacia la justicia, no sería más que una caricatura de caridad. Pero las realizaciones humanas adolecen siempre de algún defecto, debido a nuestros límites, a nuestras debilidades y a las mismas contingencias de la historia. Las instituciones inspiradas por la preocupación de la justicia social, faltan con demasiada frecuencia, sino de

corazón, por lo menos de entrañas, sobre todo porque nuestros contemporáneos no ven la justicia sino sobre el modelo conmutativo. En los hospitales modernos, por ejemplo, los enfermos encuentran las curas, la higiene y el confort conveniente; pero, ¿se les trata como a personas? Y hasta para su curación sería éste tan útil como los antibióticos tan caros. Los organismos de seguros sociales dan a los asalariados un mínimo de seguridad y contribuyen a desproletarizar las masas trabajadoras. Pero, entre los que hacen cola ante las ventanillas de las oficinas, ¿cuántos reciben una acogida distinta de la que se reservaría a un número de matrícula si éste pudiera encarnarse? Hemos mencionado el movimiento de las relaciones humanas: los que son prácticos en ellas han entendido que nada sustituye las relaciones entre hombres y hombres. Pero tales relaciones no se instaurarán sin caridad porque ella solo rompe las caparazones de la indiferencia, de la hostilidad o del desdén que el egoísmo forma en torno de cada individuo. El momento llega de una caridad ingeniosa inventiva, a suplir todo lo que falta, para dar vida de nuevo a todas las instituciones que caerían en la inercia o en el anquilosamiento.

Caridad mundial.

Al mismo tiempo que necesita aplicarse a cada persona en particular, la caridad tiene que extender su mirada ambiciosa a las dimensiones de los continentes y todavía más a las del mundo entero. Si, como lo hemos notado, nuestros tiempos llevan a cabo, alguna empresa de justicia social es en el círculo de ambientes industrialmente equipados y ya ricos. Todavía, más de la mitad del mundo se compone de aquellos países que los economistas llaman de bajo nivel medio de vida; más de una mitad de la población terrestre sufre todavía de baja alimentación y de mala nutrición, de hambre, hablando claramente. Los grandes problemas de la justicia social no se encuentran ya, tanto en las naciones industrializadas cuanto en las naciones que atraviesan por las distintas etapas de su desarrollo. No solamente la situación no mejora, sino que tiende a agravarse, por el hecho de que los pueblos afortunados no cesan de enriquecerse y la superpoblación acrecienta la miseria de los más pobres.

Esta situación no puede prolongarse sin graves peligros, como tal vez el de una nueva conflagración mundial que estableciera de nuevo la igualdad —en la nada—. La solución es teóricamente sencilla y Su Santidad Pío XII la ha propuesto muchas veces: es necesario que las colectividades bien provistas tomen de su superfluo para permitir a los desafortunados organizar su industria y su agricultura. Pero esta solución es de hecho ineficaz porque los privilegiados de la civilización industrial tienen tendencia a guardar celosamente su felicidad, a ostentar un despilfarro y un lujo que insulta la desgracia de los demás. En esta situación de la caridad, colectiva ya, e internacional, se afirma como necesaria y concuerda con la virtud evangélica, de la que fue heraldo S. Francisco de Asis: el espíritu de pobreza. Poco a poco, bajo la presión de los hechos y con la enseñanza de la experiencia, los teóricos de la economía abandonan las viejas concepciones que han probado su nocividad: la economía atomística de la ganancia y de la competencia que empujaba al capitalismo liberal, la economía pesada de la fuerza, inspiradora del capitalismo de monopolios, del imperialismo económico y del socialismo soviético; llegan a la idea de una economía de las necesidades y hasta del donativo. ¿No llegarán a la idea de una economía de la santa pobreza, de una economía evangélica, en la que las riquezas están hechas para el hombre, y no el hombre para las riquezas, y en que cada uno, individuo y grupos, se despojan de lo superfluo para que todos tengan lo necesario, el mínimo de bienestar y de seguridad que les permitan la vida del espíritu? El evangelio nos enseña el camino; y la Iglesia nos muestra el Evangelio.

¿Qué es en fin lo que el mundo espera de la Iglesia Católica? Espera que ella sea católica, es decir, universal, y que esta catolicidad impregne el pensamiento y los actos de cada uno de nosotros. A propósito de un escritor católico francés, un crítico decía de él que era católico en el sentido preciso en que esta palabra se opone al de universal. No sabemos si en este caso la malicia encerraba justicia; pero sabemos bien que, ahora menos que nunca, tenemos que merecer semejante sarcasmo.

Sentido de unidad.

Estamos en el tiempo de la catolicidad. Empujados por el progreso vertiginoso de los medios de transporte y de comunicación, llamados por las interdependencias de las economías y de las culturas, la unidad del mundo se busca a través de luchas y conflictos, a través de sangre y de lágrimas. Pero a la unidad de hecho no corresponden ni la unidad de derecho ni menos todavía la unidad de los espíritus. Y en cada instante una guerra inespiable puede volver todo atrás, paralizando durante siglos la caravana de la humanidad. A la unificación del mundo tiene que responder la universalidad de las conciencias. Independiente de naciones, de razas, de

civilizaciones, de culturas, universal de hecho y de derecho en la extensión y en el tiempo, la Iglesia Católica puede ella sola inspirar esta universalidad de las conciencias. Sin condenar nada de los rasgos originales que caracterizan a las naciones y a las civilizaciones, ella las sobrepasa y las une. El Catolicismo es la religión designada por un tiempo consagrado a lo universal.

Un mundo que se unifica tiene necesidad de una cultura nueva, universalmente repartida, que recoge, en una síntesis vital, todo lo adquirido de las culturas anteriores. Uno de los peligros más grandes que corre el mundo contemporáneo, es la extensión prematura de una seudo-cultura occidental que arrojaría a las culturas autóctonas sin aportar otra cosa que conocimientos y recetas, que difundiría las consecuencias extrínsecas de la cultura occidental sin transmitir el espíritu que le ha permitido alcanzar estos resultados. El triunfo de ésta seudo-cultura multiplicaría los desarraigados y, por decir así, a los proletarios de la inteligencia. La nueva cultura que debe edificarse supone el sentido agudo de la novedad y de la tradición, o mejor de las tradiciones, puesto que un sentido crítico permitiría la criba entre lo que procede de la pura contingencia y las adquisiciones que constituyen el patrimonio común de la humanidad. ¿Qué mejor guía podría encontrar que la Iglesia Católica, universal e implantada en todas partes, respetuosa con todas las culturas particulares, y enriquecida por una experiencia que le permite integrar los contributos de las culturas helénicas, latinas, orientales y los descubrimientos del pensamiento moderno? Cierto, que la misión de la Iglesia no es la de difundir la cultura, obra temporal. Pero, toda cultura descansa sobre un concepto de hombre y sobre una sabiduría: es lo que la Iglesia puede dar, dejando a los sabios, a los artistas y a los escritores la libertad de ponerlo en obra con los materiales y los instrumentos de su tiempo, con su propio genio y el de las comunidades que han contribuído a su formación humana.

En las sociedades de nuestro tiempo, desgarradas por los conflictos interiores, la universalidad del Catolicismo encuentra otro campo de aplicación. Una cierta igualdad de condiciones sociales se establece, poco a poco, en las naciones industrializadas y puede darse que la sociedad de mañana sea una reunión de clases medias, cuyo brote se ve ya en los Estados Unidos. Por el momento, los conflictos sociales encrudecen y las luchas de clases parecen tomar más virulencia ideológica y pasión a medida que las realidades de las clases se desvanecen y ofuscan. En algunos países, el mundo obrero, durante mucho tiempo tenido en una situación de inferioridad, cristaliza en una especie de nación obrera, cuerpo extraño en el seno de una nación. Otras categorías, que pierden algunas de sus ventajas económicas, se agarran desesperadamente al prestigio social que determina su distinción. De suerte que a veces se tiene la impresión de que las fronteras que separan a los hombres de hoy coinciden con los límites de las clases por lo menos tanto como con los de las patrias.

Puesta aun en peligro por las divisiones internacionales, la catolicidad puede encontrarse también, en nuestros días dividida por los antagonismos sociales. Pero precisamente el Catolicismo trasciende los límites humanos, y por una común presencia en las iglesias, por una común participación de la fe, de los sacramentos, al culto y a las obras de amor puede enseñar a los hombres el universalismo social. Cuando el movimiento obrero que constituye una de las características más notables de nuestra época, llega a las realizaciones y a las responsabilidades, el Catolicismo puede llamarle al sentido de lo universal, como puede preparar a las otras clases y ambientes a los sacrificios exigidos por la justicia social.

He aquí lo que nuestro tiempo espera de la Iglesia Católica y lo que tiene derecho a exigir de nosotros en nombre mismo del Catolicismo que profesamos. He aquí para nosotros la hora del Catolicismo total y pleno.

Conclusión.

Ya no vivimos en una época de compromisos y de medias tintas, donde según la expresión corriente, se puede "tomar y dejar" y, generalmente dejar más de lo que se toma. Ya no hay necesidad de correr a tierras lejanas para encontrar el martirio; hoy los verdugos sirven a domicilio y llaman a nuestras puertas desde el amanecer. No vivimos en una época de eclecticismo elegante, donde cada uno se hace una religión a su corte y medida. El mundo tiene sus ojos puestos en nosotros y el peso de estos millones de miradas nos obliga a ser lo que somos.

En este Congreso de Laicos, ¿es necesario precisar que muchas veces la Iglesia será juzgada por las imágenes que de Ella dará el laicado? ¿Cuántos de nuestros contemporáneos tienen contactos directos con la Jerarquía? Asimismo, ¿cuántos pueden acercarse suficientemente al sacerdote para regular con él sus juicios? Y en cambio, ¿cuántos entre ellos encontrarán todos los días a los laicos, sean parientes, amigos, vecinos, compañeros de trabajo y conciudadanos? Midamos nues-

* *

tras responsabilidades: ellas toman la medida de una estela que no tenemos derecho a decepcionar.

En ningún sitio mejor que en Roma podríamos adquirir conciencia de ello, en esta ciudad donde cada civilización ha dejado, a su paso, sedimentos que la azada del investigador ha sacado a luz.

En cada gran crisis de la humanidad, la historia ha propuesto a la Iglesia un juego de fuerzas que han llevado a cabo con la santidad de sus hijos, sacerdotes y laicos, jerarquía y pueblo cristiano. La contemplación de Roma, bajo el sol que dora sus cúpulas invita a la esperanza. En la inmensa crisis que atraviesa, la humanidad de hoy espera a la Iglesia, nos espera a nosotros; la meditación del pasado romano nos da fe en el presente y confianza en el porvenir. La Iglesia no callará ante la llamada de la humanidad. Amparados por el Soberano Pontífice y el Episcopado, unidos a sus sacerdotes, sus religiosos y religiosas, conscientes de sus responsabilidades históricas ante los hombres y ante Dios, testigos de lo absoluto divino, Cristianos hasta la locura de la Cruz, Católicos en la acepción más universal de esta palabra, los laicos, pueblo de Dios, cada uno en el puesto que le asignan sus aptitudes, sus atractivos y la llamada del espíritu, pero todos juntos formando —como la comunidad de Jerusalén— un cuerpo y un alma, llevarán ante la angustia del mundo contemporáneo, el testimonio de la verdad que hace libres y del amor que diviniza.

* * *

Nota Bene. — Según ya quedó anotado, el anterior trabajo de J. Folliet fue leído en el reciente "Congreso Internacional para el Apostolado de los Laicos" celebrado en Roma. Para tratar ahí dicho tema, pareció a sus eminentes organizadores —con las obvias aprobaciones— muy natural e indicado el designar a una persona de tan destacada y segura actuación católica. Era no sólo un reconocimiento público —que, dados los antecedentes, no hacía falta— sino la oportuna utilización romana de una competencia excepcional.

Por lo mismo, resulta aun más extraño algo que, poco después, sucedía acá en las márgenes del Mapocho, a propósito de unos párrafos de Folliet sobre "Izquierda y Derecha", que *"Mensaje"* reprodujo en noviembre, tomándolos de la revista argentina *"Criterio"*. Ciertos ataques que les dedicó algún periodista católico, llevaron la incomprensión y el desacierto hasta el extremo de estar encabezados por esta declaración: "El señor Folliet, cuyos antecedentes y autoridad doctrinaria desconocemos por completo"... (!).

No vale la pena comentar ésa ni las demás cosas que dicho periodista manifestó desconocer, entre las cuales se hallaba la lógica. Baste decir que incurrió en palmarias contradicciones, dedujo conclusiones arbitrarias, universalizó afirmaciones particulares, no entendió o atribuyó significados torcidos y errados a las expresiones, no sólo contra la norma de todo buen cristiano que recuerda "el presupuesto" de los Ejercicios, sino hasta contra el texto mismo. Así llegó a acusar de que se iba en contra de los principios católicos fundamentales..., cuando sólo se estaba tratando de otra cosa, que los presupone y los aplica: solamente se hablaba de la amplitud y relatividad de las posiciones políticas que caben para los católicos dentro del entero respeto de los principios absolutos, "ya que su programa —el de cualquier partido, dice la Carta del Emmo. Cardenal Pacelli, para Chile, de 1.º de junio de 1934— no podrá tener *nunca un valor absoluto* para todos". Esa es "la relatividad de su posición" de que hablaba Folliet. Se da siempre, se esté a la derecha o a la izquierda.

El recordarlo no implica, ni en el Cardenal Pacelli ni en Folliet ni en nadie que conozca estas cosas, "esceptimismo" ni olvido de los "principios absolutos". Precisamente por esto no son ellos quienes sostienen "que un cristiano tiene derecho a situarse en *cualquier posición*": no podrá hacerlo ni en la extrema izquierda ni en la extrema derecha —ni comunismo o socialismo, ni nacismo, para poner ejemplos bien conocidos—. Era claro que Folliet se refería sólo a *ciertas posiciones*, izquierdistas o derechistas, que quedan *dentro de lo que como católicos todos han de mantener*. Precisamente porque sólo tienen un valor relativo, no caben sino dentro de lo impuesto por los valores absolutos.

Pero, viceversa, el mantener los últimos no significa canonizar aquéllas. Hay que hacer esa distinción —indispensable, si no se pretende acaparar la religión dentro de un determinado partido político— entre los principios obligatorios, y las aplicaciones contingentes, contrapuestas y opinables, "las cuales —dice la misma Carta del Emmo. Cardenal Pacelli—, aunque no se aparten de la doctrina católica, pueden llegar a diferentes conclusiones".

En esto está su "relatividad", que todo católico ha de aceptar como tal.

J. J. B.

La Carne y el Espíritu

por HENRI CAFFAREL (1)

ES imposible negar que en el amor conyugal, ocupa la carne un sitio importante. No se debe exagerar; pero muchos esposos experimentan la fuerza de los lazos físicos, con riesgo, sobre todo, al principio de la vida del hogar, de dominar difícilmente esta invasora realidad. Por eso, los sacerdotes y educadores a menudo reciben consultas llenas de ansiedad: ¿Qué sitio debe darse a la carne? ¿Qué actitud nos dicta el cristianismo?

No son siempre iguales las respuestas; y las diversas corrientes que sobre ese punto, presenta la tradición cristiana, no simplifican un problema, por lo demás difícil. La célebre frase de François Mauriac: "El cristianismo no da lugar a la carne, la suprime" (Sufrimientos y felicidad del cristiano), traduce una actitud bastante difundida en algunos medios cristianos, bajo la influencia del jansenismo y también de ciertos pensamientos pesimistas de San Agustín. De ahí, a decir que la carne pervierta al espíritu, que siempre sea un peligro, una amenaza, hasta un principio de corrupción, no se está lejos.

¿Sería entonces, la carne un enemigo que se ha de ahogar? No piensa así, en su conjunto, la doctrina cristiana; antes bien, afirma que la carne, lejos de ser eliminada, necesita igual que el alma, ser evangelizada y salvada.

Es indispensable aquí, una sana filosofía. Recordemos que el hombre no está hecho de dos elementos contradictorios o hasta divergentes: el cuerpo y el espíritu. Es un cuerpo animado por un alma, estando esta alma encarnada. El hombre es un todo, una unidad. Toda forma dualista que pretenda que la creatura que Dios hizo a su imagen, esté compuesta de dos realidades yuxtapuestas (ni siquiera decimos opuestas) ha de rechazarse. Lo que hay de verdad, es que la jerarquía que normalmente debe existir para el equilibrio humano, en beneficio del espíritu es contradecida de hecho sin cesar por el pecado. Encuentran aquí toda su fuerza las palabras de San Pablo: la carne en vez de estar sometida al espíritu se rebela contra él y pone en constante peligro la armonía de la espléndida imagen de Dios.

Las rebeliones de la carne, sus exigencias que, en ciertos momentos, pueden parecer tiránicas, las dificultades que ella crea a la espiritualización del ser bajo el efecto de la gracia, no deben juzgarse sólo bajo el plano filosófico. La con-

(1) L'Anneau d'or, nº 69-70, pp. 205-211.

dición humana está determinada por dos acontecimientos históricos: el pecado y el rescate: el acuerdo entre la carne y el espíritu es una laboriosa conquista, dado que la condición humana (la del pecador rescatado) es una obra de largo aliento, en la que deben unirse los tesoros de la gracia y los generosos recursos de la naturaleza creada. San Pablo jamás lanzó condenación unilateral contra la carne. Lo que él llama "carne" es al hombre del pecado, es la humanidad dominada por el mal, mientras que el espíritu simboliza a sus ojos, la creatura nueva, cuerpo y alma, regenerada en la sangre redentora. El Cuerpo mismo, sobre el que, legítimamente podía pesar la desconfianza de los cristianos, a causa de los cultos idolátricos de los que en la antigüedad se le había rodeado, está magníficamente rehabilitado, ya que el orden de la redención, no solo le devuelve su dignidad de asociado del alma, sino que justamente con ella, lo considera como templo del Espíritu Santo. La frase de la epístola a los Corintios, extraña para los lectores del siglo I no lo es menos para nosotros: "¿No sabéis que el cuerpo es para el Señor y el Señor para el cuerpo?"

Por lo tanto el cristianismo no divide al ser. Uno de sus principios más formales es el respeto a la naturaleza y a las leyes de la creación. No mutila al hombre, lo restaura; pone al hombre completo en condiciones de vivir su vida de imagen de Dios. Tanto nos previene contra las desviaciones de la carne y sus impulsos desordenados, como contra el orgullo del espíritu y el angelismo; todo esto por fidelidad a los gestos creadores del Padre. Oponer lo que Dios ha unido, es pecar a la vez, contra esta creación y contra la obra de Cristo que nos redimió —cuerpo y alma— "con gran precio".

Así, todo depende, en definitiva, del sentido que el hombre consiente en conceder a la carne. Si él la juzga desde el punto de vista egoísta, en absoluta independencia de las leyes de un universo al cual él debe someterse, la desvía de su fin; no es ella la pecadora, es él quien hace de ella, instrumento del pecado. Si, por el contrario, él se inserta, libremente en el mundo querido por Dios, si acepta las bases del problema (creación, pecado, redención) y busca con ayuda de la gracia cristiana, la restauración de la humanidad caída, devuelve la carne a su vocación. La libera del mal que la ha herido y la pone al servicio de las obras supremas del amor.

El acto conyugal: sus intenciones y sus cualidades.

Con frecuencia, el acto conyugal es un pecado, con mayor frecuencia todavía es un acto dudoso y mediocre, porque el hombre lo priva de su significado. Considerado como debe ser, según los designios de Dios, puede llegar a ser grande y meritorio. Entonces es más que un acto: es una obra.

Se justifica por los fines mismos del matrimonio, a saber, la propagación de la especie, el perfeccionamiento total de los esposos, la paz del cuerpo y del alma. Por lo tanto, no es una acción reprensible en sí, a la cual el sacramento aportaría del exterior, una especie de legitimación para permitir a los esposos, usar de ella lo menos mal posible. La teología cristiana representada aquí, por textos formales de Sto. Tomás de Aquino, afirma que el acto del matrimonio es honesto, que es un acto moral, y que esta honestidad y moralidad la encuentra en sí mismo en su finalidad intrínseca.

San Agustín no ha pretendido otra cosa. Si la concupiscencia es un mal, dice el Obispo de Hipona, puesto que es "poena et stimulus peccati", el acto conyugal pone al servicio del bien la concupiscencia misma. El Papa Inocencio XI ratificó esas afirmaciones doctrinales.

Más aún, si la procreación es imposible, debido a esterilidad involuntaria, los otros dos fines del matrimonio son suficientes para justificar las relaciones físicas del matrimonio. En fin, no olvidemos que el consentimiento matrimonial prestado el día de las bodas y que tiene por

objeto el derecho que cada esposo confiere al otro sobre su propio cuerpo, es un verdadero derecho. La fórmula empleada con frecuencia: el débito conyugal es exacta.

No está en causa solamente el amor, sino también la justicia. Empero, es menester recordar que si el derecho existe, su uso no es indispensable a la esencia del matrimonio. Si de común acuerdo, deciden los esposos guardar perpetua continencia, su unión es perfectamente válida. No debe, pues, pretenderse que las relaciones conyugales sean de absoluta necesidad.

Aquí también el espíritu domina a la carne y da a la sexualidad la parte que él escoge.

Recordados estos principios, insistamos en la cualidad que debe tener el acto conyugal. Aunque no sea malo en sí, no quiere decir que siempre sea bueno. Tampoco puede ser ni bueno ni malo. Es gran principio de la moral cristiana que no hay acto alguno indiferente. Los esposos han de saber que las disposiciones de alma en que ellos se encuentren, confieren a sus relaciones físicas una cierta cualidad, que servirá a su amor o lo perjudicará. Como cristianos, pueden encontrar allí ocasión de un acrecentamiento de gracia o bien, por el contrario, traicionar su vitalidad sobrenatural.

* * *

Como todos los actos de la vida conyugal, efectuados con fidelidad a los fines generales del sacramento, son buenos, y por consiguiente meritorios, velarán los esposos, de realizar el acto conyugal en estado de gracia; que jamás sea un acto de animalidad, sino un acto humano. Lo que quiere decir:

Acto espiritual, por lo tanto libre. No ha de ser sólo el instinto el que se exprese según su capricho. El alma debe también darse por el cuerpo. En este caso, la persona humana habla a otra persona humana el lenguaje de la adhesión total y trata (según el lenguaje de la escritura) de conocer a la otra, por intermedio de los sentidos. Por consiguiente, si no hay comunicación espiritual de los seres, si la tiranía sensual se ejerce y se satisface, si una delectación legítima en sí, se busca únicamente en el egoísmo recíproco, ya no podemos calificar de acto humano, lo que es sólo un acto mutilado.

Además, semejante ejercicio de la libertad, necesita educación. El acto conyugal puede ser al comienzo un acto libre; pero, puede cesar de serlo. A veces el instinto oscurece al espíritu que se creía amo de la carne. Aunque no haya lugar a inquietarse en demasía por las tentaciones desordenadas que inspira el instinto sexual, tampoco se debe ceder a éste. Es menester proseguir sin cesar, la obra de educación y pedir a la gracia, con humilde y constante oración que asegure el virtuoso dominio del alma sobre los sentidos.

No olvidemos tampoco, que las realidades aquí empeñadas, son muy complejas. La carne permanece un misterio. Aunque el acto conyugal se haya realizado con plena libertad, a veces sólo después de largos meses o años de vida común podrá contribuir visiblemente al perfeccionamiento real de los esposos. Uno de los méritos del libro del doctor Jouvenrouse, "Témoignage sur l'amour humain", es haber insistido sobre la paciencia que requiere el amor. Un atento respeto, un cierto olvido de sí mismo, una gran preocupación por la perfección del otro, son indispensables a los dos esposos: la naturaleza les pide esa paciencia. Muchos hogares no conocen, en ese dominio carnal, el acuerdo deseado, por egoísmo o por precipitación.

Acto de amor La armonía de que hablamos no sólo supone libertad y paciencia; es obra de amor. El acto conyugal es a veces la coronación de la unión de los corazones y, otras, el medio de promoverla y profundizarla. La naturaleza ha hecho de él, el lugar excepcional de encuentro, de los tres fines del matrimonio; pero, sin amor, ¿cómo será posible imaginarse que sea el gesto magnífico de intimidad y de fecundidad, querido por el Creador? Como expresión del amor y

al servicio del amor, tal unión se convierte verdaderamente en alabanza de Dios. La intimidad es buena, la fecundidad es buena, puesto que Dios dio al amor esa vocación y quiso esos dos seres inseparables. Pero esa unión sin amor, será caricatura del amor.

El respeto mutuo y la atención, por los que hemos abogado hace un momento, no tienen mejor apoyo que un amor delicado que quiere estar en perpetua relación con el amor mismo. Por esto la gracia de la redención se muestra indispensable. Comprendemos la intransigencia de la Iglesia que sólo quiere tomar sobre sí, la responsabilidad de las uniones bendecidas por ella. La gracia del matrimonio, gracia de un sacramento permanente no sólo sana la naturaleza herida, ayudándola contra sus impulsos anárquicos, sino que también salva al amor, multiplicando sus fuerzas, profundizando su pureza, mediante todos los recursos de la caridad .

Acto meritorio. Ya lo hemos dado a entender. Ciertamente todos los actos de la vida conyugal son portadores de la vida divina, si se efectúan según el orden de la gracia y sería un error ver en la unión física una especie de instante privilegiado del "oficio" conyugal. Los consentimientos del alma, aún cuando estén limitados al alma, pueden tener más valor todavía, y los que practican la continencia pasajera que les imponen las circunstancias de la vida, saben que su amor se hace más profundo, mediante la virtud del sacrificio cristianamente consentido. Pero resulta, que si las perspectivas espirituales dan al acto conyugal todos sus horizontes, éste se pone al servicio de la vida cristiana total. Insistimos en que no hay acto indiferente. Allí, donde tantos esposos encuentran ocasión de engolfarse en los sentidos, otros, penetrados de caridad y solícitos por vivir en fidelidad su amor consagrado, encuentran un nuevo motivo, al mismo tiempo que una ocasión de progreso espiritual y de amor de Dios.

No se obtiene inmediatamente, una mirada tan purificada, una voluntad tan despojada de egoísmo, un sentido tal, de la más alta vocación del amor. El ambiente del mundo es tan opuesto a semejante estado de alma, el pobre cuerpo humano es presa de tales solicitaciones y excitaciones en el medio paganizado en que vivimos, que se precisa también en esto, una lenta educación, una progresiva conquista de lo humano por la gracia. Produce gran consuelo saber que la aplicación del espíritu y la rectificación de las voluntades no están solas en causa; más que en su propio esfuerzo, deben confiar los esposos en el esfuerzo de la vida divina. Insensiblemente, bajo el efecto de los sacramentos y de los méritos generales de la vida cristiana, se operará la evangelización de la carne y los desalientos y decepciones darán lugar al gozo de verse ayudado por Dios. Es Dios quien sana y quien salva.

La Continencia.

Al lado de la unión física, hay sitio en la vida conyugal para la continencia ya sea en virtud del ritmo humano del amor, sea porque las circunstancias exteriores la imponen. Desde hace cierto número de años, la gravedad de esas condiciones ha aumentado sin cesar: la salud se ha menoscabado duramente, las dificultades de orden material o pecuniario obligan a innumerables hogares a proponerse seriamente, el problema de la "regulación de los nacimientos".

Sería de desear una cierta política familiar, en beneficio de la vida del hogar, del equilibrio de la esposa y de la madre y de la educación de los hijos.

Pero para que ésta no conduzca directamente a los esposos al pecado y finalmente, a un pecado en estado de hábito, es indispensable mucha generosidad y un sentido cristiano nutrido constantemente en las fuentes de la gracia.

En efecto, hay tres actitudes posibles: o bien se rechazan las leyes de la castidad conyugal; la sociedad actual profundamente corrompida escoge casi siempre esta solución; o bien, la continencia es ob-

servada con corazón servil, pasajeramente, porque uno de los dos esposos siente la oposición del otro a un fraude conyugal; en este caso, la prueba no produce todos sus frutos de fecundidad; o bien, el sacrificio más o menos prolongado toma un carácter positivo y encuentra su justificación y su fin en las amplias perspectivas espirituales ofrecidas por la doctrina cristiana del matrimonio. La continencia puede ser más que una pura abstención. De toda renuncia hace el cristiano una cruz, y quien dice cruz, habla también de progreso y de vida.

Consideremos, en efecto, cómo la continencia, aceptada y no impuesta, puede servir al amor, lejos de contradecirlo o ahogarlo.

No vacilamos en decirlo que sus beneficiados serán, en primer lugar, los hijos. Participando en la obra de la creación, cuando la unión física es posible y deseable, también los esposos cristianos participarán en la obra de la Redención. Los períodos de sacrificio soportados y ofrecidos por el rescate de esos pequeños seres que Dios ha dado a su unión, permitirán a los esposos engendrar en cierto modo, las almas que les han sido confiadas. ¿Por qué no pensar en las palabras de San Pablo: "completo en mi carne lo que falta a la Pasión de Cristo, para su cuerpo que es la Iglesia"? Vuestros hijos son vuestros, pero también son de la Iglesia. Tenéis poder para tomar parte en su redención, gracias a la disciplina que impondréis a la carne. El hijo no debe ser sólo el fruto del amor cumplido: por tener cuerpo y alma, solicita la paternidad y la maternidad de un amor libremente sacrificado.

También los esposos mismos serán beneficiados. Nada hay más nocivo que la costumbre, si se da a esta palabra su peso de rutina. Se encuentra en el amor un sabor que la facilidad y el impulso instintivo hacen perder, sin que ni siquiera uno se dé cuenta. Hay sobre todo una cierta integridad cuyo fervor y gusto corre riesgo de borrar la unión física. Si la experiencia prueba que los esposos ponen pocas riquezas en común, es porque la unión de los espíritus y de las almas —que es el supremo modo de unión— muy rara vez se propone a ellos. Conviene que la naturaleza, mediante las circunstancias de la vida o las exigencias de la gracia, imponga a aquellos que se aman, la obligación de encontrarse en el plano del espíritu. Conviene que al amor mismo se imponga la obligación de buscar en el alma nuevas maneras de expresión y profundidad.

Muchos esposos han experimentado así, que la separación lejos de aislarlos puede unirlos más íntimamente. Resulta que, para ser positiva, la continencia ha de ser aceptada; ya lo hemos dicho e insistimos en ello. Por esta razón, las fuerzas del amor invocan aquí —como por doquiera— a los misteriosos e inagotables recursos de la gracia. Lo que puede parecer humanamente insuperable, llega a ser, si no fácil, por lo menos posible, a aquellos que recuerdan las palabras del Señor: "sin Mí, nada podéis hacer". La experiencia es concluyente: privado del socorro frecuente de los sacramentos, de la oración, de la vida apostólica, del don de sí mismo, bajo todas sus formas, con mucha frecuencia, será inoperante el esfuerzo de los esposos. Si toda la vida cristiana no va en ayuda de la buena voluntad humana, ésta no podrá menos que desfallecer bajo el impulso de los instintos y la provocación de un medio disoluto.

En efecto, es menester que los esposos no olviden que viven en un siglo determinado: en el siglo XX y que los consejos dados a los casados por la tradición cristiana, sólo en parte, pueden tener en consideración este nuevo estado de cosas. Las solicitaciones no vienen solamente de la carne y de la sangre, el sacrificio no sólo tiene que vencer las reivindicaciones anárquicas del instinto: el mundo de hoy decía Henri Bergson, ha llegado a ser afrodisíaco. Sin el poderoso y permanente contrapeso de la vida divina, sin energías continuamente renovadas en las fuentes de la penitencia y de la Eucaristía, será vencido el amor cristiano por los enemigos de afuera y escuchará con docili-

dad las voces que suben de un mundo descristianizado. La fe es una victoria, proclamaba San Juan, ¿qué diremos hoy nosotros del amor?

Por consiguiente, si la continencia se muestra útil y hasta necesaria, en toda vida conyugal, nadie negará que es menester prepararse a ella. Las terribles angustias de conciencia que hacen estragos en tanto hogares, deseosos de respetar la ley de Dios se explican, en parte, por la falta de preparación al sacrificio y a la generosidad. En la Edad Media, la Iglesia advertía a los esposos sobre este punto, desde el mismo día de las bodas; el texto de ciertos rituales lo atestigua. La célebre fórmula según la cual, "todo se permite en el matrimonio", ha influído fuertemente sobre la educación de muchos novios. Todo estado de vida conoce sus renuncias; todo estado de vida ha de practicar una ascésis; todo estado de vida que conduzca a un pecador rescatado a la vida eterna, debe estar marcado con el signo de la cruz.

Si la continencia aparece a los jóvenes esposos como una de las condiciones positivas de la fecundidad de su amor, sabrán no esperar el imperioso consejo de los acontecimientos. Ellos de común acuerdo, se impondrán las generosidades que el sentido cristiano les dicta. Y no llamarán odiosas exigencias de una moral inhumana, lo que, visiblemente habrá profundizado y dilatado su amor más humano.

Suscriptores de Mensaje

Muy a pesar nuestro nos vemos en la imperiosa necesidad de alzar el precio de la Revista a $ 100 el ejemplar.

Por tanto, el precio de la suscripción anual (10 ejemplares) será de $ 1.000 desde el 1.º de febrero 1958.

Hacia una Teología del Trabajo

por el Pbro. JORGE HOURTON P. (1)

DESDE hace algún tiempo los teólogos europeos están preocupados por "las realidades terrenas". Si es cierto que la teología, como ciencia de lo revelado, ha recibido a lo largo de los siglos una sistematización bastante avanzada, no hay que pensar que está completada. No lo estará nunca. El sello de vitalidad de una ciencia está en su capacidad de progresar, y aunque, por su objeto, la teología pareciera gozar de una cierta inmutabilidad, sin embargo, por su condición histórica, por su destinación, esto es, por lo que los hombres tienen derecho a esperar de ella, debe desarrollarse en conformidad con los tiempos. Hay una verdadera investigación teológica, como hay una investigación física, que no es mera exploración histórica en el pasado. El teólogo, hoy como ayer, debe ser el "sabio", poseer y vivir de la "sabiduría" (en el sentido bíblico). Pero si se reduce a ser un especialista de un saber particular, su ciencia no podrá tener proyecciones para los otros saberes particulares ni para la visión del mundo de los mismos cristianos. La ciencia de Dios hecho hombre, del hombre redimido, no puede contentarse con quedar en un humanismo abstracto. La historia del hombre, su situación concreta en las nuevas coyunturas en que lo coloca su evolución, deben interesar al teólogo y proporcionarle fuentes de investigaciones para una mayor inteligencia de la "edificación del cuerpo de Cristo hasta la edad de un varón perfecto."

* * *

Una realidad terrena cuya dramática actualidad no puede dejar de impresionar al teólogo del siglo XX, es la del trabajo. Nuestro humanismo contemporáneo es, ante todo, humanismo del trabajo. No discutamos si en teoría el hombre es o no primeramente un trabajador. En realidad, la vida moderna hace de él, antes que nada, un trabajador. Necesita ganar su pan. Debe contribuir con su esfuerzo a la construcción de un "mundo mejor". Eso es lo que tiene valor para el humanismo actual.

Más aún, el trabajo se presenta hoy como el eje fundamental de un inmenso movimiento de asociación. En torno al trabajo giran los ideales humanos por los cuales el hombre busca hoy una mejor convivencia. El trabajo se ha revelado ca-

(1) El autor es profesor de filosofía en el Seminario Pontificio de Santiago de Chile.

* * *

paz de crear una vastísima y profunda conciencia de clase, de comunidad de situación, dignidad y destino. El llamado de Lenin: "¡Proletarios del mundo, uníos!", antes que una consigna revolucionaria es el eco de una nueva toma de conciencia de resonancia mundial, que se efectúa naturalmente, querámoslo o no.

¿Y qué es el trabajo para la teología y la predicación católica? ¿Podría ella rechazarlo como un seudo-valor, una mistificación o un ídolo moderno? ¿O puede, volviendo a sus principios y abriendo los ojos a la realidad económico-social, fundamentarlo e integrarlo en una visión del mundo teocéntrica? Si puede esto último, tiene algo que decir al hombre trabajador de hoy. Y debiera decírselo, en vez de repetir floridos y azucarados sermones intrascendentes.

* * *

1 — Puede decirle, ante todo, que el trabajo, lejos de ser una condenación, es la vocación sublime que Dios hizo al rey de la creación, a quien entregó el mundo no para contemplarlo sino para *completarlo.* El homo artifex es un instrumento inteligente y libre llamado a sumar su actividad a la del Creador. "Los cielos cantan la gloria de Dios" y la tierra canta la gloria del hombre, el cual, respondiendo al llamado de Dios, puede hacer tantas maravillas que redundan también en gloria de Dios. Los seres del cielo cantan la gloria de Dios simplemente siendo. Los de la tierra y la materia entera, la cantan con nuevas tonalidades al pasar por las manos activas del hombre, que las llena de intención y orienta hacia una nueva utilidad.

2 — Debe decirle, en seguida, que la penalidad del trabajo ha sido redimida, como todo el mal que introdujo el pecado. Ahora tiene un sentido de expiación y de redención. Pero no por eso el trabajador está condenado, ni debe resignarse, a alienarse en un trabajo infra-humano ni convertirse en un engranaje de la gran máquina industrial y capitalista. Aún cuando la racionalización haya parecido aplastarlo (la materia salía ennoblecido de la industria mientras los hombres salían disminuídos": Pío XI), el trabajador tiene derecho a redimirse de esa esclavitud e imponer su orden a la máquina. La disminución de horas de trabajo en beneficio de un mayor tiempo disponible para su esparcimiento y cultura aparece así como una posibilidad que un maquinismo bien dirigido puede asegurar y como una legítima aspiración cristiana, no de flojos sino de seres humanos. La experiencia actual muestra la inexactitud de la teoría de Marx, que pretendía liberar al trabajador de sus alienaciones sólo en el trabajo mismo y su remuneración científica. El hombre busca y necesita otra cosa que trabajar, so pena de desequilibrarse fatalmente. Cuando sabe que al fin de los seis días Dios descansó e hizo del cese del trabajo una institución religiosa, comprende que ese paréntesis acusa la presencia del Amo Supremo, con quien, después del trabajo, es bueno conversar.

3 — Frente al movimiento de asociación que la nueva conciencia de las masas trabajadoras ha originado, el teólogo o el predicador católico no debe fruncir las cejas. Que los hombres se unan es un bien; que sea con los vínculos naturales que el trabajo engendra, para inevitable. Los sindicatos son en sí mismos legítimos y constituyen verdaderos valores humanos. Los siervos del siglo XII, al estructurarse las corporaciones de oficios y al impulsarse otros trabajos fuera del agrícola (que era hasta entonces casi el único), vieron quebrarse el vínculo vertical que los unía a un señor feudal y establecerse un estrecho vínculo horizontal con sus semejantes. Sólo los miopes y los retardatarios pudieron oponerse a ello y ver allí una amenaza para el sentido religioso y cristiano. De manera semejante hoy, una nueva conciencia de asociación que acentúa los valores comunitarios, está llamada a tener en la vida religiosa cristiana una resonancia excepcional.

4 — Y frente al ateísmo, o más bien al antiteísmo que esta nueva conciencia

proletaria implica generalmente ¿qué dirá el teólogo? El ideal de la construcción de este mundo parece llevar aparejado el olvido del otro. Un film soviético presenta arteramente el contraste entre los antiguos mujiks que hacían procesiones para pedir al cielo la lluvia sobre sus campos, mientras el campesino moderno de los kolkoses construye represas y tranques. Nada impide que el mujik tenga razón y ría último y mejor, si ve el tranque inutilizado por una inundación o una sequía. El ateísmo es una falsa consecuencia del ideal de construir este mundo. "Es necesario mostrar, dice el P. Chenu, que el análisis económico no nos obliga a hacer de la religión una ideología de superestructura. Es necesario sobre todo, hacer vano el móvil marxista del materialismo y establecer, en doctrina como en acción, que la religión no es una mera alienación de la humanidad." Hay que mostrar que la verdadera alienación está en suponer, por un acto de fe harto menos racional que el religioso, que el cielo está vacío de Dios. Sin embargo, el cristiano debe aprovechar la lección histórica que le da la realidad, junto a él del ateísmo militante. "Si es verdad que el ateísmo absoluto es fundamentalmente fruto y condenación del ateísmo práctico y su imagen reflejada en el espejo de la cólera divina, habrá que decir en consecuencia que el único medio de librarse del ateísmo absoluto es librarse del ateísmo práctico (del que acepta a Dios, sin vivir según esta fe). Un cristianismo decorativo no basta en adelante; el mundo necesita un cristianismo viviente. La fe debe ser una fe real, práctica, existencial. Creer en Dios debe significar vivir de tal manera que no sería posible vivir así si Dios no existiera. Para el creyente práctico, una justicia evangélica, una atención evangélica a todas las cosas humanas debe inspirar no sólo las acciones de los santos, sino las estructuras y las instituciones de la vida común, y penetrar en las profundidades de la existencia social-terrestre" (1).

La religiosidad burguesa que busca principalmente "consuelos" en la religión, está desacreditada. Nuestro tiempo busca valores y razones para vivir y trabajar. El liberalismo no proponía al hombre otro objetivo que "hacer fortuna". El marxismo persigue un enigmático paraíso en la tierra. Sólo el cristianismo puede mostrar al hombre que su trabajo es un acto religioso de comunión con el Creador, por el cual se eleva a sí mismo y hace sagrado (sacri-fica) el mundo material que Dios le ha entregado.

---

(1) Jacques Maritain: "Razón y Razones", p. 170-171.

"He recorrido ciertos países en los cuales, habían hecho sistemáticamente todo lo necesario para evitar el desarrollo de la instrucción pública, porque no querían encontrarse con una evolución en la psicología de las masas, que habría suscitado, en ellas, exigencias, que habría significado un reajuste de la distribución de las riquezas, y que habría modificado las condiciones de vida de los privilegiados. Y naturalmente, allí fue donde estalló la tempestad, con todos los horrores que la acompañaron, y que la acompañan todavía."

Abbé Pierre.

Perspectivas históricas del Movimiento Obrero

por WILLIAM THAYER A.

EN todas las épocas de la historia, se advierte la solidaridad de los trabajadores, y, en general, de todos aquellos que ejercen actividades comunes, con miras a protegerse, auxiliarse y promover actividades de progreso gremial.

Así, en la *gens*, el clan, los nomos y demás formas de asociaciones o comunidades de sangre o domicilio, los intereses económicos comunes constituían elementos fundamentales de unidad. Más tarde, los colegios romanos que parecen haber tenido su origen en una ley de Solón, fueron reconocidos por la ley de las Doce Tablas y reglamentados en la Constitución de Servio Tulio, que rigió hasta el año 241 A. C. y tenían una organización de inspiración corporativa, integrada por funcionarios, asociados simples y magistrados, llegando a constituir una importante organización del trabajo. Hubo colegios públicos y privados. Los primeros comprendieron las profesiones de importancia a la seguridad del Estado (boteros, panaderos, herreros, trompeteros, etc.) y los segundos, diversos oficios como ser: banqueros, prestamistas, trabajadores del mármol, de la madera, comerciantes de vino, médicos, sastres, aguadores, borriqueros, etc.

Análogas a los colegios "Collegia" fueron las "guildas" germanas y anglosajonas, desarrolladas en el resto de la Europa, no sometida al Imperio de Roma.

Con la caída del Imperio Romano, pereció el mundo social a que éste había dado origen, pero en medio de las circunstancias de una era netamente agrícola, como fue el primer período de la Edad Media (siglo V al XI más o menos) en el cual las grandes diferencias sociales estaban marcadas por los reyes y los señores feudales, por un lado; y los vasallos, colonos o siervos, por el otro, se mantuvo latente siempre el anhelo de solidaridad entre todos aquellos a quienes unía una misma condición económica o de trabajo. Éste se concretó de manera especial en la clase intermedia entre el señor feudal y sus vasallos o siervos, o sea, entre los artesanos y comerciantes, hombres libres que, al menos económicamente, no dependían del señor y que fueron desarrollando su importancia y poderío, con miras a realizar lo que se llamó "revolución comunal" tendiente a constituir las ciudades como entidades libres, regidas por un poder comunal y arrancadas al poder omnímodo del señor feudal.

Alrededor del siglo XII se desarrolla fuertemente la vida urbana y la actividad industrial y comercial, entendiendo

la palabra industrial, en sentido de industria artesanal y doméstica y no de gran industria o industria fabril. Junto a ello prenden con fuerza las asociaciones gremiales de aquellos que ejercen actividades similares, primero con carácter de asociaciones voluntarias —a la manera de nuestros sindicatos profesionales— y, más tarde, como entidades de carácter obligatorio, monopolistas y educativas, semejantes a nuestros colegios profesionales (de Arquitectos, Abogados, etc.), a los cuales había que incorporarse para poder ejercer la respectiva profesión. Estos gremios constituídos así en forma corporativa, debían organizarse llenando formalidades notariales, obteniendo su aprobación municipal, o a veces, permiso del rey, y tenían una compleja estructura interna; compuesta de aprendices, oficiales y maestros, funcionarios rentados, jueces o magistrados, etc. Los miembros de estas corporaciones solían vivir en un lugar vecino y de ahí que muchas calles de antiguas ciudades europeas conservan nombres profesionales, como ser "Plateros", "Alfareros", etc.

Demás está recordar que en el mundo de profunda y unida fe religiosa, los motivos de formación espiritual, de solidaridad cristiana y educación moral inspiraban fuertemente las asociaciones corporativas y muchas veces predominaban sobre los intereses puramente económicos. Ejemplo de ello constituyen las maravillosas catedrales medioevales levantadas al impulso de la fe religiosa, por generaciones de trabajadores inspirados del alto propósito de rendir a Dios el tributo de su esfuerzo en obras que expresaran grandeza, armonía, permanencia y elevación, atributos desprendidos de la perfección divina. El anonimato del trabajo individual, era, al mismo tiempo, expresión del profundo sentido de la comunidad cristiana y de la conciencia vivida de que era Dios, quien todo lo sabe, el verdadero Señor para quien se trabajaba.

La quiebra de la unidad de fe con la Reforma; la quiebra de la confianza en la Verdad objetiva, con la Revolución física, que significó el descubrimiento del sistema heliocéntrico, por Copérnico y Galileo; el desarrollo del cartesianismo, del criticismo y del idealismo filosófico, condujeron al apogeo del Individualismo político, que encontró especialmente en J. J. Rousseau, su más destacado defensor. El renacimiento, puso su acento en la Materia, el Hombre y el Tiempo, más que en el Alma, Dios y la Eternidad. Los descubrimientos geográficos (América) y los científicos (el vapor, la maquinaria industrial, etc.) exigían por otra parte, desarrollar al máximo las iniciativas humanas, alentadas por el natural deseo de experimentar e investigar en tantos nuevos caminos.

Las corporaciones, por otra parte, despojadas de su aliento interior, de su sentido de hermandad y espiritualidad, se habían ido transformando en centros de verdadera explotación del monopolio. Los maestros y los jurados se aprovechaban del trabajo de los oficiales y aprendices; la competencia oscurecía los límites de cada actividad; la restricción en el derecho a ingresar a cada corporación y la prohibición de ejercer una actividad para aquellos que no formaban parte de la misma, importaba una limitación al derecho y a la necesidad de trabajo, que se transformaba en irritante e insoportable ante el espectáculo de venalidad y abusos que habían comercializado y desvirtuado lo que nació con el sano propósito de ennoblecer y fortalecer el trabajo profesional.

La Revolución Francesa, puede señalarse como el hecho histórico que concretó de la manera más efectiva y trascendental, la liquidación del sistema corporativo medieval, llegando, en sus propósitos de defender la libertad de trabajo, a prohibir el derecho de reunión y asociación para la defensa de los "pretendidos derechos profesionales". El Edicto de Turgot, en 1776, abolió las Corporaciones, la Monarquía las restableció, pero la Asamblea Constituyente las suprimió por decreto de marzo de 1791, y proclamó la libertad de trabajo. Más tarde, en junio del mismo año, en ley de la que fuera informante Le Chapellier, se dis-

puso el aniquilamiento de toda clase de corporaciones de un mismo estado y profesión, principio que de una u otra manera se difundió por toda Europa, generando la total indefensión del trabajador individual, frente a la naciente fuerza del capital asociado al poder de la maquinaria moderna.

Los orígenes del Capitalismo.

Sobre este cielo histórico nació el capitalismo. Y no podía menos que acontecer así. Veamos:

1 — El trabajo, como factor de la producción estaba debilitado, por la quiebra y desprestigio de las asociaciones de trabajadores y su posterior prohibición de existencia;

2 — La invención de la maquinaria, accionada por el vapor y más tarde por la electricidad, multiplicaba la fecundidad del capital, ponía en manos de quienes podían adquirirlas, posibilidades desconocidas hasta entonces de dominio de las fuerzas de la naturaleza y, por lo mismo, de enriquecimiento;

3 — El gran descubrimiento jurídico: la Sociedad Anónima, o sea, la sociedad de capitales, permitió concentrar y aprovechar los aportes grandes o pequeños, de muchas personas en muy pocas manos y bajo una sola dirección administrativa. Nació así la gran Empresa Capitalista, que es como el corazón del régimen, única capaz de disponer de los medios económicos para afrontar la gran producción, mediante la adquisición de la costosa maquinaria de fabricación en serie. En ella trabajaba un proletariado desunido, inerme, aplastado por "su derecho a la libertad", que le impedía asociarse, y enfrentado a una forma de producción, donde su patrón no era propiamente un hombre, una persona, sino una asociación anónima de capitales, dominada por la persona o el grupo que ocasionalmente controlara la mitad más uno de las acciones;

4 — La caída del absolutismo, había puesto en boga el Estado gendarme, cuya función era dejar plena libertad a la iniciativa individual, con lo cual no jugaban como factores del orden económico, ninguno de los fines de planeamiento, intervención o política económica estatal, que caracteriza la economía de nuestros días, miradas entonces como atentatorias contra las leyes naturales de la economía;

5 — Por último, conjugados todos los elementos hacia la máxima libertad del individuo; la mínima intervención del Estado, de la Moral, de la Religión, de las comunidades humanas; deslumbrado el hombre por el poder de las fuerzas naturales, multiplicadas en la máquina, expresión del valor práctico y utilitario de la ciencia, que sólo poseían los dueños o administradores de grandes capitales, el mundo económico encontró su filosofía adecuada: el liberalismo individualista; y la actividad económica, una meta: el lucro, la ganancia, la utilidad que permitiera formar nuevos capitales, incrementar las fuerzas productivas, dominar en la libre competencia y llegar, por su intermedio al monopolio de hecho por la ruina de los competidores.

Así nació con el siglo XIX el Capitalismo, el régimen caracterizado por la división de los hombres en grupos separados; los que poseen, administran y aportan los capitales, llamados capitalistas; y los que sólo poseen y aportan su fuerza de trabajo, llamados trabajadores, y en el cual, ostensiblemente tienen el control de la vida económica, y predominan social, cultural y políticamente, aquellos otros sobre éstos.

Nacimiento de la Asociación Sindical Moderna.

Pero, el capitalismo, así iniciado, llevaba en sus entrañas mismas, debilidades intrínsecas que forzosamente impondrían o su desaparición o su transformación substancial, o, en todo caso, pugnas vio-

lentas cuyo desenlace histórico aún estamos presenciando.

La aglomeración de grandes masas en torno a las grandes fábricas, y el afianzamiento del sistema democrático liberal, que asignaba a cada hombre un voto, fueron dando progresivamente a los "más", vale decir, a los trabajadores, un poder creciente sobre los "menos" en la esfera política. Nació el Socialismo, que propugnaba un acrecentamiento constante de las facultades del Estado. Asimismo, las masas oprimidas, impulsadas por la necesidad de asociarse, fueron constituyendo asociaciones sindicales "de hecho", inspiradas en los ideales socialistas o revolucionarios. Por otra parte, la prohibición de asociarse no pudo resistir los embates doctrinarios e históricos, apoyados por el impulso incoercible de la naturaleza y defendido con fines de redención proletaria por León XIII y el catolicismo social (Gibbons, Latour du Pin, el Conde de Mun, etc.) y con fines revolucionarios por Marx y Engels y todas las escuelas de inspiración socialista.

El nuevo sindicalismo emergió así, influído por:

a) Una necesidad de poner término a los abusos del capitalismo liberal e individualista organizado, sobre el trabajo desorganizado;

b) Una explicable e impostergable necesidad histórica de hacer valer los derechos e importancia del Trabajo, como factor de la producción, frente a los fines y derechos del Capital;

c) Una presión por extender hacia las grandes masas, concentradas en las fábricas, la ideología socialista, que otorgaba al Estado intervención en la vida económica, y permitía al trabajo influir a través de la herramienta del sufragio hacia una elevación de sus condiciones económicas y sociales (social-democracia);

d) Un romanticismo o aún misticismo revolucionario, que esperaba con fe de la revolución social el remedio de todos los males y que se contraponía en los propios medios obreros a la social democracia, considerándola como debilitadora del esfuerzo revolucionario (comunismo, leninismo y demás escuelas en pugna con el socialismo democrático);

e) La orientación social católica que afirmaba los derechos del Capital, del Trabajo y de la Colectividad en el proceso de la producción económica, subordinados todos a las exigencias de la Moral, cuyas normas señalan el orden en las relaciones de los hombres, la jerarquía en los fines y el supremo destino sobrenatural, que debe facilitarse mediante una organización social que opere en Paz, fundada en la Justicia y el Amor.

El sindicalismo vino a significar un resumen y completa síntesis de todas estas tendencias, una fuerza social que multiplicó la influencia del Trabajo, como hecho sociológico y Económico y lo elevó a niveles de equilibrio frente al Capital. En forma que un mundo que se denominó "Capitalismo" por la primacía de fines, interés, fuerza e influencia del Capital sobre el Trabajo, está cada vez soportando con mayor intensidad la tensión producida por la organización del Trabajo y la extensión de los fines del Estado, en cuanto a la planificación de la Economía, fruto inevitable de la conciencia científica de ser limitados los bienes para atender las múltiples y crecientes necesidades de la población.

¿Habrá posibilidad de armonizar los fines del Capital, del Trabajo, del Estado? ¿Se impondrá la "reacción capitalista" a la "revolución" social de los trabajadores, o el "estatismo" absoluto, o se conseguirá encontrar la ecuación y jerarquización de los respectivos fines del Capital, el Trabajo y el Estado, representante de la Colectividad y el Consumo?

En esta encrucijada histórica nos encontramos. De ahí, a nuestro juicio, una buena parte de la inquietud social de nuestra hora. Esa es la raíz histórica que fundamenta la importancia creciente de la Ciencia de las Relaciones Humanas en la Industria.

Causas y remedios del sub-desarrollo de América Latina

por MARIO ZAÑARTU U., S. I.

LAS deficiencias enumeradas (1) son las de mayor influjo en la vida del poblador latinoamericano; son por eso las que causan los descontentos y tensiones más graves y más urgentes de remediar. Al comienzo de nuestro trabajo señalábamos que nos limitaríamos a los problemas económico sociales (2). No se trata pues de establecer una receta completa de bienestar para América Latina, sino de estudiar algunos de sus problemas (los económico-sociales), cuya solución; aunque no suficiente, es necesaria condición de posibilidad de este bienestar.

Estudiadas las diversas crisis y sus incidencias económico-sociales, hay que establecer un catálogo de sus causas principales; catálogo que deberá luego ser ordenado para posibilitar un estudio sistemático de los remedios. Crisis de la *vivienda. Causas:* a)—la escasez de viviendas disponibles, resulta de un elevado incremento de la población acompañado de un bajo ritmo de contrucción, y b)—la escasez del mercado comprador de viviendas, es el efecto de un elevado costo de producción frente a un bajo nivel de ingresos del consumidor.

La escasa producción y su elevado costo encuentran su explicación en la penuria de materias primas, deficiencia de los transportes, baja productividad del trabajador, pequeña dimensión de las industrias y ausencia de políticas fiscales o crediticias que impulsen a la inversión.

Crisis *alimenticia. Causas:* a)—la escasez de alimentos resulta del bajo aumento de la producción alimenticia frente al elevado incremento de la población. b)—la escasez de mercado, que proviene del bajo nivel de los ingresos frente a un elevado costo de producción.

La escasa producción de alimentos y su elevado costo encuentran su explicación no en la falta de elementos naturales (suelos y climas) sino casi exclusivamente en la baja productividad de las tierras, resultante de la ausencia de inversiones para mejorar las técnicas de explotación y de la baja productividad del obrero agrícola. La ausencia de progreso técnico obedece tanto a la escasez de capitales como a la falta de interés del propietario latifundista en la explotación científica, resultante de la anormal estructura de la propiedad agrícola latinoamericana.

Bajo *ingreso medio. Causas:* a)—la escasez de producción de bienes y servicios frente a un elevado incremento de la población. b)—la escasez de mercado para los productos, resultante de un elevado costo de producción frente a un exiguo poder de compra de la masa consumidora.

El bajo ritmo y elevado costo de la producción proviene de: la escasez de materias primas nacionales, de fuentes de energía en explotación y del escaso poder de pago para importarlas; la escasa inversión, producto a su vez de la penuria de capitales; la baja productividad de la empresa, en general de reducidas dimensiones (falta de capitales y de mercado); la escasa productividad de la ma-

---

(1) Vivienda (cfr. *Mensaje*, agosto, 1957, pág. 241 ss.), Alimentación, Ingreso Medio, Instrucción, Salud e Higiene (cfr. *Mensaje*, diciembre, 1957, pp. 443 ss.).

(2) Se refiere el autor a su artículo publicado en *Mensaje* bajo el título "Realidad Latinoamericana" (julio, 1957, pág. 196 ss.).

no de obra.

La mala distribución del ya escaso ingreso proviene por una parte de la indiferencia o impotencia de los legisladores (que, faltos de clase media poderosa son dominados por la casta terrateniente o la casta militar) y por otra de la ineficacia de los organismos obreros, los sindicatos.

Las crisis de *salud* y de *cultura* en países como los latinoamericanos, que no poseen un suficiente patrimonio nacional acumulado a través de los años, dependen de lo que permita realizar el ingreso nacional, y pueden por tanto ser reducidas a él.

Pasemos ahora al estudio de los posibles remedios, que nada tiene de recetario. Se trata simplemente de señalar una que otra medida sin la cual no se puede hacer obra de saneamiento económico-social. Estas condiciones de saneamientos están ya implícitamente contenidas en el catálogo de las causas de la crisis latinoamericana. Pero hay que agruparlas, sintetizarlas y explicitarlas en conclusiones.

La existencia de bienes y servicios en cantidad suficiente para satisfacer las necesidades de la creciente población latinoamericana depende en resumen de tres factores principales: la producción en el propio país, la importación del extranjero y la existencia de mercado comprador interno.

I *La Producción Nacional* depende a su vez de:

a) la existencia de materias primas y estructuras económicas de base,
b) la inversión de los capitales necesarios para explotarlas,
c) la productividad de estas fuentes productoras.

II *La Importación de Bienes* depende de:

d) la capacidad de pagos de Latinoamérica,
e) los términos del intercambio.

III *El Mercado Comprador Interno* depende de:

f) el poder de compra de las grandes masas de población.

Antes de iniciar el examen de estos factores, repetimos que no se trata de una enumeración exhaustiva, sino sólo de las principales condiciones "sine quibus non" del saneamiento económico.

a) *materias primas y estructuras económicas de base.*

Que América Latina contenga aun riquezas minerales y agrícolas no explotadas es evidente. Sin embargo existe un sub-desarrollo de toda la estructura económica de base, que dificulta la explotación de esas riquezas. Cada mineral descubierto requiere no sólo las maquinarias, sino la construcción de verdaderas ciudades en lo que antes era tal vez un desierto, la construcción de ferrocarriles y rutas y el aprovisionamiento de la población, desde centros a veces lejanos, en todos los bienes de consumo. A Chuquicamata, ciudad de 30.000 habitantes, exclusivamente construída para la explotación del cobre, se debe traer el agua potable desde la Cordillera de los Andes, la carne desde Argentina, los productos agrícolas desde el centro de Chile (a 1.000 kms. de distancia) y la electricidad desde la costa, a 200 kms.

Faltan en América Latina los transportes, las bodegas, las fuentes de energía explotadas, las carreteras y las obras de regadíos, estructuras todas necesarias para cualquier incremento de la producción de bienes y servicios. Y toda esta estructura de base exige una fuerte inversión y una baja rentabilidad para el inversionista.

Por ser de más fácil comparación daremos las estadísticas que muestran el subdesarrollo del transporte, como ejemplo de esta carencia de bases.

mercaderías transportadas en ferrocarril: (para el índice, 1948=100; el total en mil millones de tons. por km.)

	1938		1952	
Región	*total:*	*índice:*	*total:*	*índice*
América del N.	471	46	1.008	98
Europa	217	96	280	124
Asia	73,7	94	149,1	190
Africa	18,3	60	39,8	130
América Latina	18,6	73	27	106

(fuente: S. S. = Rapport preliminaire sur la situation social dans le monde)

b) *inversión necesaria para el desarrollo.*

Los países desarrollados tienen la impresión de que la inversión efectuada en otros continentes está actualmente constituída en su mayor porcentaje por los capitales que ellos han aportado. En el caso de América Latina esto no es cierto. El 90% de las inversiones que se efectúan anualmente en América Latina provienen del esfuerzo de los propios países (3).

Pero el actual esfuerzo global de inversiones no es suficiente. El informe de la CEPAL señala que en 1954 la tasa bruta de inversión de Latinoamérica alcanza solamente a un 14,9% y la tasa neta apenas a un 8,7%; en 1952 la tasa de inversión fue de 17,5%; se nota pues una tendencia a la baja. Habida cuenta del crecimiento demográfico, la tasa de inversión actual permitiría un crecimien-

(3) Conferencia de Río de Janeiro, discurso del Ministro Prat, de Chile, "Panorama Económico", Stgo. de Chile, nº 114.

to de aproximadamente 1,5% anual en el producto bruto por habitante (el Plan Vanoni exige para Italia, país relativamente desarrollado, un crecimiento de un 5% anual). Aunque un crecimiento de 1,5% anual no es en sí despreciable, es insignificante para una masa de población de ingreso medio tan reducido. Con tal incremento la distancia con los países desarrollados tiende no a reducirse, sino a incrementarse.

La CEPAL (Comisión Económica para América Latina) ha señalado como meta deseable el mantenimiento del ritmo de la postguerra, que permitió un crecimiento anual de 3,3% del producto bruto por habitante. Este ritmo exigiría de cada país una inversión equivalente al 20% del ingreso nacional (comparar con el 14,9% actual). Pero no se puede exigir de un nivel de consumo miserable que sacrifique una parte aun mayor del ingreso para aumentar la inversión.

Si la inversión es necesaria y los capitales no pueden obtenerse en el interior del país, debe recurrirse al capital extranjero. Examinaremos pues la forma actual de su aporte y deduciremos las condiciones en que este aporte debe efectuarse. Aun a riesgo de una simplificación grosera, distinguiremos las fuentes de inversión extranjera en: capitales privados, capitales estatales y capitales internacionales (4).

Características actuales de la inversión en Latinoamérica son:

1.º) la insuficiencia de los capitales totales hasta ahora aportados, puesto que no permiten un crecimiento suficiente del ingreso bruto por habitante.

2.º) los capitales privados temen la inseguridad política causada por el subdesarrollo, exigen una rentabilidad que los países no soportan, explotan sólo materias primas, no se interesan por el desarrollo del país y crean una peligrosa intromisión en los asuntos internos (cfr. United Fruit en Centroamérica).

3.º) los capitales estatales o van generalmente seguidos de una colonización económica abierta o disimulada, o persiguen fines políticos, generalmente de poca visión (para elegir el país beneficiario de un empréstito o inversión se aprecia más el orden, aunque sea dictatorial, que la libertad, aunque sea democrática).

4.º) los capitales internacionales hasta ahora tienden a exigir seguridades o condiciones tales, que sólo los países ricos pueden recibir préstamos.

(4) Para un estudio más detallado de este asunto recomendamos los trabajos e informes preparados por la CEPAL y la O.E.A. para la Conferencia Interamericana de Ministros de Economía y Finanzas de Río de Janeiro en noviembre de 1954 y los documentos de las NN. UU. sobre la urgencia de constituir un fondo para desarrollar las regiones sub-desarrolladas, en especial los estudios del diputado Raymond Scheyven, delegado belga al COSOC.

Los medios financieron norteamericanos han sido desagradablemente sorprendidos por los estudios de la CEPAL y los informes de economistas latinoamericanos en los que se ha dado a conocer a la opinión pública el efecto de drenaje de dólares latinoamericanos hacia USA producido por las inversiones americanas en Latinoamérica: "Entre 1945 y 1952 las remesas de utilidades e intereses que salieron de América Latina hacia los mercados de capitales llegaron a 5.773 millones de dólares; en cambio la afluencia de capitales ha sido de 3.992 millones de dólares, de los cuales corresponden 2.598 millones a readquisiciones de inversiones extranjeras, quedando solo como afluencia neta la cantidad de 1.394 millones de dólares. En consecuencia, la diferencia desfavorable a la América Latina ha alcanzado a 4.379 millones de dólares, lo que significa que toda esta región no ha dispuesto de una afluencia neta favorable de capital extranjero, y que por el contrario, parte importante de su esfuerzo nacional ha tenido que distraerse en el cumplimiento de compromisos o en el servicio de inversiones" (5).

En Chile, por ejemplo, entre 1945 y 1952 el servicio de capitales alcanzó a 426,8 millones, mientras los aportes de capital extranjero llegaron a solo 155 millones de dólares ("Balances Anuales de Pagos" del Banco Central de Chile).

Examinemos más en detalle la cantidad y condiciones de inversión y préstamo de los diferentes tipos de capital extranjero:

Privado: mientras la inversión latinoamericana de capitales propios alcanzó en 1953 a 6.460 millones de dólares, el promedio anual del flujo neto de capital privado (americano, el único disponible en la época considerada) entre 1950 y 1953 llegó apenas a 342 millones de dólares. Sin embargo, los dirigentes norteamericanos insisten en que la solución del problema de las inversiones para Latinoamérica depende de los inversionistas particulares, atraídos por las condiciones favorables de tranquilidad interna (léase "dictadura militar") y de rentabilidad adecuada (en el párrafo anterior vimos a qué precio).

Estatal USA: América Latina, tan unida política y económicamente a USA se siente postergada en la ayuda que este país concede tan generosamente al extranjero. Así por ejemplo, en 1954-55 el Congreso americano acordó una ayuda técnica de 30 millones y otra militar de 13 millones para toda América Latina. Ese mismo año la ayuda total al exterior alcanzó a 2.781 millones de dólares. En la discusión del Senado americano el senador demócrata Smather recordó a sus colegas que de los 34.500 millones con que el gobierno norteamericano ayudó al mundo li-

(5) Conferencia Interamericana de Caracas, discurso del Ministro chileno, Sr. Prat ("Panorama Económico", nº 96).

bre desde 1946 hasta 1953, menos del 1% había favorecido a América Latina. El mantenimiento de la lucha librada durante 7 años en Indochina, con los brillantes resultados que se conoce, costó a los contribuyentes americanos alrededor de 2.500 millones de dólares. Y ni los franceses ni los indochinos tienen nada que agradecerles a estas alturas.

La política americana respecto a América Latina parece sentirse plenamente satisfecha después de haber arrancado el "acuerdo de Caracas", según el cual la instalación del comunismo en cualquier país del hemisferio debería ser considerado como agresión exterior y obliga por tanto a la intervención armada de todas las naciones americanas. De USA como nación no se puede esperar otra actitud; pasó el tiempo de los gobernantes de visión económico-social (aunque no estratégica-internacional) de la estatura de un Roosevelt. Los actuales gobernantes no pueden ir más allá de lo que el hombre de la calle americano, el pobre "contribuyente" s i e m p r e explotado, acepte. Y para este hombre no hay un problema de justicia internacional en juego, no hay problemas de piratería económica hacia los países productores de materias primas, ninguna injusticia se comete en los precios del mercado internacional; para él se trata sólo de limosnas, que estará dispuesto a ceder cuando no le signifiquen gran sacrificio y cuando su gesto generoso pueda ser debidamente agradecido. Y en tales condiciones estará más dispuesto a regalar que a prestar.

Internacional: Llamaremos así a los préstamos otorgados por el Eximport Bank de USA y por el Banco Internacional. Desde su fundación hasta el 30 de junio de 1953 habían prestado en conjunto un total de sólo 337 millones de dólares a América Latina (6). En 1954 ampliaron sus operaciones aprobando créditos por 186 millones de dólares (informe CEPAL, 1954), cantidad aun insignificante si se la compara con las necesidades o con el esfuerzo propio de inversión de América Latina. Sin embargo, es este tipo de capital extranjero el que reduce los inconvenientes (dependencia política o económica de un determinado país) y presenta el máximo de ventajas. Es el único que puede ofrecer condiciones de reembolso que permitan su utilización en las poco rentables pero absolutamente indispensables estructuras básicas de la economía latinoamericana. Falta que sea acordado en las cantidades necesarias.

c) *Productividad:*

A propósito del problema de la alimentación, Josue de Castro afirma que América Latina es un conjunto de islas separadas. En la estructura del desarrollo económico esta tendencia se traduce en un nacionalismo a outrance, que desea a toda costa autoabastecerse en todos los productos, a no importa qué precio; es un complejo de defensa contra la excesiva dependencia del extranjero; pero la CECA ha demostrado que una cierta interdependencia presenta no pocas ventajas, aun para el desarrollo de la productividad, y libera de la angustia de la competencia de mercados.

La baja productividad latinoamericana está también en función de la penuria de personal técnico. Escasez que se nota no tanto en los grados superiores del ingeniero o del economista, como en el del obrero especializado; es tarea ardua convertir un analfabeto en obrero especializado. La enseñanza profesional se encuentra poco desarrollada en América Latina. En Chile, por ejemplo, sobre 30.000 jóvenes que comienzan cada año su vida de trabajadores, hay solo 1.500 que han recibido alguna enseñanza profesional; el resto pasa a engrosar la masa de los obreros no calificados.

Aun con sus escasos recursos los gobiernos latinoamericanos podrían hacer mucho más en esta materia, sacrificando algunos gastos actuales de menos utilidad (rangos de representantes diplomáticos, fuerzas armadas, etc.) para invertirlos en formación profesional, o simplemente en alfabetización. Costa Rica dio el ejemplo al suprimir su ejército (pese a la belicosidad de sus vecinos del norte) y dedicar su presupuesto a la construcción de escuelas y formación de maestros.

Otro factor que interviene en la baja productividad obrera es el escaso interés del trabajador en el esfuerzo productivo, ya que el aumento no le beneficia personalmente. Aunque éste es un problema mundial, alcanza proporciones extraordinarias entre los trabajadores agrícolas de América Latina debido al anormal sistema de tenencia de la tierra, en mano de un pequeño grupo de grandes hacendados que hacen trabajar en su provecho a una enorme y miserable masa proletaria, excluída de los beneficios de la expansión económica.

"En el conjunto de América Latina alrededor del 1,5% de las propiedades territoriales sobrepasan las 6.000 hás. y ocupan, en total, alrededor del 50% de toda la tierra agrícola. En su mayor parte estas tierras no son aptas para el cultivo intensivo; abarcan grandes superficies que sus propietarios tienen sin cultivar durante varias generaciones" (S. S., pág. 159-160).

Que este sea un fenómeno típicamente latinoamericano se deduce de la comparación de las personas activas en la agricultura que figuran como empleadores y el número de los que figuran como empleados u obreros en los países latinoamericanos y en los de otros continentes que poseen estadísticas al respecto:

(6) ibidem.

Personas activas en la Agricultura: país:	*empleadores*	*asalariados*
USA	4.385.794	1.868.349
Francia	3.974.114	3.509.692
Filipinas	1.847.047	1.389.045
Brasil	332.849	3.551.510
México	68.402	3.831.143
Argentina	466.171	957.551
Chile	16.316	438.971
Venezuela	32.342	248.091

(fuente: A. D. de la ONU, 1955; tabla 16).

Salta a la vista que todos los países latino americanos poseen entre 5 y 25 asalariados agrícolas por cada empleador agrícola. En los demás continentes (hasta donde sus estadísticas permitan estudiarlos) no llega a 1 el número de asalariados por empleador. El aumento de la productividad agrícola exige una modificación de tales estructuras.

Como resumen de este estudio sobre la producción nacional, se pueden establecer como indispensables para una política económica las medidas siguientes:

1.º *Constitución de capitales internacionales en cantidad suficiente y adecuadas condiciones para hacer posible el desarrollo de las estructuras básicas de la economía latinoamericana.*

2.º *Integración económica regional que haga posible la instalación de industrias de mayores dimensiones y el aprovechamiento más racional de los recursos de los diversos países.*

3.º *Reordenamiento de los Presupuestos Nacionales, destinando a la preparación técnica de la mano de obra el exceso de gastos de representación o de mantenimiento de fuerzas armadas.*

4.º *Participación de una mayor masa de población en los beneficios de la producción, especialmente en la agricultura, que necesita reformar la actual estructura de su propiedad.*

Pasemos ahora a estudiar los factores de los cuales depende la importación de bienes y servicios:

d) *Capacidad de pagos de Latinoamérica.*

La capacidad de pagos de América Latina depende de su exportación, cuyas características son: a)—estar constituída casi exclusivamente por materias primas. b)—de precios excesivamente fluctuantes. c)—vendidas en su mayor parte a USA.

El siguiente cuadro nos muestra en la columna primera el número de productos esenciales necesarios para constituir el 60% de las exportaciones durante 1953; la segunda columna indica la variación anual media de los ingresos provenientes de las exportaciones, durante el período 1946-1954:

país:	Brasil	México	Perú	Chile	Cuba	Urug.	R. Domin.	Ecuad.	Bolv.
número de produc.:	1	6	4	1	1	3	2	2	1
% variación	14,0	11,3	11,6	16,2	16,2	13,8	14,7	26,8	20,8

(fuente: "Latin American Bussiness Highlights". Junio, 1955)

Chile ha visto en el primer semestre de 1956 subir el precio del cobre hasta 55 ctvs. de dólar la libra, y luego descender hasta 35 ctvs. (el cobre constituye para Chile más del 50% de sus exportaciones), ¿qué política económica se puede desarrollar con cambios tan bruscos, en los que el país no tiene ninguna ingerencia?

Si se excluyen el café y el petróleo, el precio de los otros 14 productos básicos de la exportación latinoamericana (1948=100) alcanzó a 123 como índice de 1951, bajó a 101,4 en 1952 y a 89,1 en 1953 (7).

Los trece principales productos de la exportación latinoamericana son: café, petróleo, azúcar, lanas, cobre, cacao, plomo, bananas, henequen, quebracho, nitratos, cueros y ciertas semillas oleaginosas. Estos productos han representado antes de 1914 el 75 a 80% de las exportaciones latinoamericanas; en 1920 el 85 por ciento, y en los últimos años no han bajado de un 73,7%" (8).

A estas variaciones de precio de un comercio llamado libre, hay que agregar los perjuicios causados a Latinoamérica durante la última guerra por la política aliada de los "Combined Boards", que ponía de acuerdo a los países compradores para pagar un precio arbitrariamente bajo, en cuya fijación no intervenía para nada el país vendedor. El precio del cobre fue fijado, por ejemplo, en 11 centavos de dólar la libra, en tiempo de guerra, cuando la demanda alcanzaba su máximo. Liberado el comercio, en tiempo de paz, con menor demanda, el precio subió hasta 400 por ciento. Los precios han sido, en el mercado de Nueva York, en 1951: 24,2 ctvs.; en 1954: 29,7 ctvs.; en 1955: 37,5 ctvs., y en marzo 1956: 46,7 ctvs. (fuente: Bulletin Statistique des NN. UU., Junio 1956, pág. 138).

Otra debilidad del comercio exterior es su dependencia casi absoluta de USA a partir de la última guerra. La exportación e importación se reparte como sigue:

(7) "Panorama Económico", nº 102, declaraciones del delegado chileno a la ONU.

(8) Conferencia Interamericana de Caracas, discurso del Ministro chileno Sr. Prat ("Panorama Económico", nº 96).

Porcentaje de Comercio Exterior según las regiones:

	% de la export. latin.:		% de la import. latin.:	
hacia o desde:	*1er. trim. 54:*	*1er. trim. 55:*	*1er. trim. 54:*	*1er. trim. 55:*
USA	58,1	57,4	58	58,1
Europa Occidental	32,7	34,7	34,9	36,2
Canadá	4,6	4,6	3,5	3,0
Japón	4,6	3,4	3,6	2,7
	100,0	100,0	100,0	100,0

(fuente: "Economic Review of Latin America". Agosto 1955, pág. 21 y 24).

El comercio entre USA y América Latina aumentó en 500% en 20 años y alcanza ahora a 7.000 millones de dólares al año. Es aproximadamente igual al comercio americano con Europa y casi el doble del comercio co nAsia. América Latina está comprando el 25% de las exportaciones americanas no militares y proporcionando el 30% del total de las importaciones americanas (9).

Como se ve, la dependencia es mutua, pero no en las mismas proporciones. Por eso, cualquier depresión o reajuste de la economía americana, encuentra en América Latina una caja de resonancia multiplicadora de sus efectos. La recesión americana de 1907-8 hizo disminuir en 16% las importaciones provenientes de Latinoamérica; la de 1920-1, en 64 por ciento; la de 1929-32 en 68%; la de 1937-8 en 30%. La disminución del ritmo de crecimiento que padeció la economía americana en 1948-9 repercutió disminuyendo en 46% las importaciones desde Argentina, 15% las de Chile, y 7% las de México y Uruguay (10).

e) *Los términos del intercambio.*

Otro handicap de la exportación de materias primas lo constituye el conocido hecho del empeoramiento de los términos del intercambio entre materias primas y productos manufacturados; es decir, que la misma cantidad de materia prima es cambiada por una cantidad cada vez menor de productos manufacturados.

De este somero examen de la exportación latinoamericana se desprenden, como medidas indispensables para aumentar la capacidad de importación:

5.º *Aumento cuantitativo de las exportaciones, diferenciación de los artículos exportados y una mayor elaboración de los items destinados a la exportación.*

6.º *Intensificación del comercio con otras zonas: Europa Occidental, Oriental y Asia.*

7.º *Exigir una política uniforme de precios del mercado internacional de materias primas: o siempre mercado libre o siempre precios fijos, pero no mercado libre sólo cuando la demanda disminuye y precios topes cuando aumenta. Participación de los exportadores cuando el mercado es intervenido.*

Queda por examinar las condiciones de existencia de un mercado comprador, es decir, las posibilidades de aumento del:

f) *el poder de compra de las grandes masas de población.*

Producción y poder de compra están en dependencia recíproca: aumento de la producción sin poder de compra de la masa desemboca en la producción suntuaria; el aumento del poder de compra no acompañado de aumento de la producción desemboca en la inflación.

Hemos visto que hay dos clases de medidas que se revelan las más eficaces para redistribuir el ingreso (y aumentar por tanto el poder de compra de masa): las medidas legislativas y las presiones sindicales. En la actual situación latinoamericana hay poco que esperar de las medidas legislativas, pues los grupos terratenientes o militares que las controlan tienden a la conservación de las estructuras actuales, que los favorecen.

Los organismos sindicales deben vencer dificultades enormes para llegar a una labor constructiva. En muchos países no puede organizarse el movimiento sindical a causa de la persecución gubernamental o patronal, a causa de las enormes distancias o a causa de la falta de dirigentes y militantes preparados. Cuando estas dificultades de organi-

(PASA A LA PAG. 38)

(9) "U. S. News and World Report", 27 de julio de 1956, pág. 37.

(10) Conferencia Interamericana de Caracas, discurso del Ministro chileno Sr. Prat ("Panorama Económico", nº 96, pág. 114).

Rusia futura libre del comunismo, una gran fuerza espiritual

UN Obispo católico norteamericano predijo que Rusia tendrá en menos de un siglo "una gran fuerza espiritual y moral."

Mons. Fulton J. Sheen, Obispo Auxiliar de Nueva York, habló en Washington a miembros del Comité de la Cámara de Representantes encargado de vigilar las actividades antiamericanas. El y otros dos clérigos fueron consultados por el Comité acerca de "los sofismas ideológicos del Comunismo."

Los otros dos clérigos fueron el Dr. S. Andhil Fineberg, del Comité Judío Americano, y el Dr. Daniel A. Poling, editor del Christian Herald.

Consultaron a Mons. Sheen, el director del Comité Parlamentario, Richard Arens, y el Coronel William F. Heimlinch, consejero de dicho Comité para asuntos relativos al Comunismo Internacional.

Mons. Sheen anunció la desintegración del Comunismo Ruso y dijo que cuando tal cosa suceda, "Rusia surgirá como un líder moral y espiritual del mundo."

A ello, lleva, continuó, el hecho de que el Comunismo ha logrado en Rusia restaurar la disciplina y el sentido de dedicación, mientras en el mundo occidental declinan esas cualidades.

Nuestro mundo moderno, dijo más adelante, se aparta de la Cruz de Cristo y en cierto modo toma al Redentor sin su Cruz, a manera de pantalla.

"El Comunismo, en cambio, abraza la cruz, pero sin Cristo, lo que supone tiranía y campos de concentración". Esta es, explicó Mons. Sheen, la situación religiosa del mundo.

¿Cuál de los dos sistemas está más cerca de la reconciliación final?, preguntó. "No, ciertamente, Occidente, con su Cristo de relumbrón, sentimental y barato. Es Rusia quien está más cerca porque lleva la cruz. Ella puede ser dentro de cincuenta o cien años una de las más grandes fuerzas espirituales y morales del mundo."

Mons. Sheen explicó también que la filosofía comunista niega la existencia de Dios y el derecho de propiedad, dos negaciones que suponen esclavitud.

Motivos tales como el caso de Hungría aconsejan la expulsión de la Unión Soviética de las Naciones Unidas, lo que serviría para contrarrestar el ataque ideológico del comunismo, dijo el Prelado norteamericano. Sugirió también una reorganización completa de la ONU, de forma que el Consejo de Seguridad cumpla las decisiones de las pequeñas potencias.

Nuestro país, añadió refiriéndose a Norteamérica, "debe insistir en la ONU sobre el caso de los pueblos oprimidos y especialmente de Polonia. Todo está pendiente del fin de la opresión en Polonia, Hungría y las demás naciones tras el telón de acero", concluyó.

(Noticias Católicas — Washington).

Berlín, Capital de Alemania

"Wiederaufbau der deutschen Hauptstadt im blickpunkt der Welt". "La reconstrucción de la capital alemana centro de las miradas del mundo". Así titulaba el "Berliner Stimme" uno de sus números extraordinarios dedicados a la reconstrucción de Berlín. *Hauptstadt*, palabra que con insistencia mezclada de ilusión, de esperanza y de prusiano coraje repiten ya todos los alemanes. Berlín *capital* de Alemania. Lo fue antes de la guerra mundial, y debe volver a serlo. Berlín que era el símbolo de la Alemania dividida, lo es ya de la futura reunificada.

El contraste existente entre los dos sectores de Berlín es exacto reflejo del que reina entre las dos actuales alemanias. Riqueza, bienestar, libertad en el sector occidental; ruinas, pobreza, ambiente de reserva y recelo en el oriental. Esto se ha dicho y escrito infinidad de veces, pero resulta inexpresivo comparado con la realidad. Hay que vivirlo "existencialmente" para comprender toda la verdad que encierra esta comparación.

Pero Berlín ha pasado ahora a ser también el símbolo de la futura reunificación. Si se habla de Berlín como capital de Alemania, no se piensa en la actual Bundesrepublick sino en la futura Alemania única y libre del dominio soviético. Trabajar en pro de un nuevo y gran Berlín es trabajar por Alemania. Así lo entiende el pueblo alemán. Esta idea que puede parecer tan natural es relativamente reciente. Al terminar la guerra las 500.000 viviendas aniquiladas y los más de 80 millones de metros cúbicos de escombros amontonados parecían ser la prueba más eficiente de que la "reconstrucción" de la capital era puro "romanticismo". Se pensó en edificar una nueva.

Y creemos que la idea no era fruto de un superficial pesimismo. Basta para ello recordar lo que fue la antigua capital del Reich. Pocas ciudades en el mundo alcanzan la extensión de Berlín. No eran sólo sus 4 millones de habitantes, sino los inmensos jardines y lagos que enmarcaban este "habitat". Si comparamos los planos de las grandes ciudades alemanas podremos comprobar, con estupor, que la extensión conjunta de Hamburgo (con Altona y Harburg incluídos) München, Frankfurt a. Main, Köln (Colonia) Essen, Wuppertal y Kiel sólo llegan a dos terceras partes de la de Berlín. Entre sus barrios extremos de Spandau y Ecken existe la misma distancia que entre las ciudades de Düsseldorf y Köln.

¿Quién podía pensar, pues, en desescombrar tan enorme superficie, desarticulada, además, por el hundimiento de 120 puentes; sin agua, sin electricidad, sin maquinaria (robada por los rusos), sin posibilidad de circulación por sus avenidas, sin más medios que los brazos famélicos de la población superviviente? Y para imposibilitar más la tarea, aislada del mundo occidental, sin más medios de comunicación que el aire, y escasísimos trenes...

Pensar en que los salones de sus desmoronados palacios volvieran a convertirse en el "rendez-vous" de las cancillerías europeas, y que en sus calles volviera a sonreír el húmedo verdor de los jardines, era más que una "utopía".

Y pasaron los años...

Las restantes ciudades alemanas iniciaron rápidamente su reconstrucción. Berlín seguía abandonado. Pero un día lo que parecía imposible se realizó. Con débiles manos feme-

ninas primero, con la más moderna maquinaria después, se comenzó el desescombro de la capital prusiana. ¡Naturalmente, en su sector occidental! De los 50 millones de metros cúbicos de escombros de este sector se han retirado hasta el presente 36 millones. La abundancia de ruinas que parecía ser la mayor dificultad para la reedificación ha sido la que en verdad la ha posibilitado. Con los escombros se han amasado nuevos ladrillos, se ha producido cemento armado, y con lo totalmente inaprovechable se han levantado pequeñas colinas que han modificado la topografía de la capital. Así han surgido la "Insulaner", la "Marienhöhe", la "Rixdorfer Höhe"... y ahora en Teufelssee en Grünewald se está "edificando" la colina más alta de Berlín. 120 metros sobre el nivel del mar y unos 50 sobre el de la ciudad. De 650 a 700 camiones descargan diariamente allí sus detritos. En ella se ha proyectado la erección de dos restaurantes, pistas de salto y de entrenamiento de esquí. Todas estas colinas son hoy ya espléndidos parques naturales con sus lagos y cascadas.

En 8 años se han edificado más de 100 mil viviendas nuevas, y para deshacer posibles equívocos, sólo añadimos que todas ellas poseen cuarto de baño. Su edificación ha importado la total reorganización del servicio de agua, gas y electricidad, con una perfección técnica sólo valorable por el que haya visitado la exposición que con motivo de la "Interbau" el servicio municipal de la ciudad montó en el palacio de Charlottenburg.

Y no fueron sólo las viviendas. Sesenta y tres nuevos puentes terminados y 16 en construcción vienen a sustituir casi totalmente los destruídos en el sector occidental.

Centenares de modernos autobuses de dos pisos, nuevos tranvías, y millares de automóviles recorren los 17 millones de metros cuadrados de reciente pavimentación. Para dar una idea de lo que representa esta cifra, piénsese que con el cemento invertido se hubiera podido construir una avenida de 10 metros de anchura que uniera Berlín con Constantinopla. El volumen de coches que circulan ya por la ciudad corresponde a uno por cada 16 habitantes, pero se piensa que pronto llegará a la cifra de 1 por cada cinco.

Añádase a esto la planificación e iniciado tendido de las llamadas vías de "circulación rápida", en parte subterráneas en parte aéreas, con un conjunto de 190 km. de los que 100 se extenderán por el centro de la ciudad. Para su realización se necesita la suma —para nosotros astronómica— de mil millones de marcos (178 mil millones de pesos aproximadamente).

El retraso en iniciar la reconstrucción ha permitido a Berlín aprovecharse de la experiencia de las restantes ciudades hermanas. Así se ha visto la necesidad de multiplicar todavía más sus jardines interiores, y de no construir según el tipo —totalmente superado— de manzanas cerradas. Hasta el presente se han creado 530 nuevos jardines de infancia, y en otros 350 lugares de la ciudad han brotado otras tantas manchas verdes. Su realización ha importado hasta el presente más de 100 millones de marcos. En esta suma quedan incluídos los 50 km. de jardincillos en las riberas de los ríos berlineses: Havel y Spree.

Finalmente se ha convocado un concurso internacional para la planificación de 1.000 hectáreas del centro de la ciudad. Han tomado parte los arquitectos alemanes esparcidos por el mundo, y los mejores de otros países especialmente invitados para ello. El primer resultado ha sido el Hansaviertel del que hablaremos en próximo artículo. Si se llega a realizar totalmente este proyecto, Berlín se convertirá en la ciudad más moderna, mejor planeada, y más bella del mundo.

Las metas prefijadas se han alcanzado. Falta todavía mucho que hacer. Prueba de ello son las 100.000 peticiones registradas de nuevas viviendas, y en algunos sectores todavía se pueden ver escombros y casas desmoronadas... pero lo realizado supera en mucho lo previsible.

Para valorarlo exactamente recomendaríamos un paseo por el sector ruso. Si se prescinde de la "avenida Stalin", construída —con fines propagandistas— según el moderno estilo ruso (¡que de moderno sólo tiene el nombre!), con abundancia de columnas y pilastras, balconadas y frisos renacentistas... son rarísimas las construcciones de nueva planta. Ruinas y más ruinas cubren los espacios en que antes se levantaran los suntuosos y novecentistas palacios y museos, que por una hábil manipulación rusa quedaron casi totalmente en su sector.

La mundialmente famosa avenida "Unter den Linden", que correspondía exactamente a los Campos Elíseos parisinos, es hoy sólo un vacío enmarcado por ruinas. Sólo la Opera, el mausoleo al soldado desconocido y algún que otro edificio público ha sido reconstruído según el modelo antiguo. Por sus amplias calzadas, poquísima gente, mal vestida, y apresuradamente recelosa. De vez en cuando un anticuado coche, o de reciente fabricación rusa, rompe el impresionante silencio... Y cuando llegamos a su final, en lugar de hallarnos el palacio imperial, constatamos la existencia de una gran plaza, con amplia tribuna para las paradas militares soviéticas.

Pero como buen estado totalitario no ha olvida el gobierno rojo de cuidar de la erección de grandes monumentos como el enorme dedicado a los 7.000 soldados rusos muertos en la conquista de la ciudad, o el levantado en honor de Stalin, y el conmemorativo

de la entrada de las tropas rusas en la ciudad. Este último, aunque ubicado en territorio occidental se halla vigilado constantemente por tropas rusas. En él pueden verse los dos primeros tanques rusos que entraron en la ciudad. Junto a ellos figuran dos cañones: símbolo de la actual mentalidad rusa.

El año pasado se abrió en el sector occidental el Dahlem Museum, que encierra una riquísima pinacoteca y entre otras piezas de Tell el Amarna, la mundialmente famosa cabeza de Nofertete. Una de sus salas está dedicada a grabados de Goya, entre los que pudimos ver algún ejemplar único.

El gobierno rojo, para no ser tildado de inculto, procedió rápidamente a la reconstrucción de algunos de los Museos y los abrió al público. La riqueza que antes de la guerra atesoraban, era imán suficiente para que me atreviera a arrostrar todas las dificultades. Pero cual no sería mi desengaño al comprobar que las piezas más importantes no habían sido devueltas por el gobierno soviético. Así en el "Pergamon Museum" falta el famoso altar que le diera su nombre; en la Galería Nacional sólo figuran cuadros de segunda categoría, mientras en el antiguo "Kaiser Friedrich Museum" (hoy Museum am Kuppergraben) sólo figuran parte de sus riquísimas colecciones.

A este sector hermano mira hoy la administración occidental. Se han levantado planos de lo que será el día de mañana. Y en vistas a su posible realización se aceleran las obras del sector occidental, a fin de poder destinar todas las fuerzas existentes a él, el día que vuelva a existir un sólo Berlín, capital de una única Alemania.

Antonio Borrás, S. I.

Berlín, septiembre, 1957.

Los manuscritos del Mar Muerto

LOS famosos documentos encontrados en el desierto de Judea atañen tan de cerca al texto bíblico y a la liturgia religiosa de Palestina en la época de Jesucristo, que este maravilloso descubrimiento suscitó con justa razón el más vivo interés, no sólo entre los especialistas del asunto, sino también en un público más vasto. Daremos a conocer el estado actual de las investigaciones y pondremos de relieve la contribución que S. S. Pío XII ha prestado a esos trabajos y por lo mismo, a las ciencias históricas bíbliacs.

El descubrimiento.

Conocida es la historia del descubrimiento de los primeros documentos, que remonta a la primavera de 1947, en una gruta situada a menos de dos kilómetros de la ribera noroeste del Mar Muerto y a menos de un kilómetro al norte de las ruinas llamadas Chirbet Qumram, las que después de los nuevos descubrimientos, fueron designadas bajo el nombre de "Gruta I de Qumram". Igualmente se sabe, cual fue el estupor de los sabios, cuando los estudios arqueológicos y paleográficos permitieron comprobar, de manera cada vez más evidente, que se trataba de manuscritos del siglo I antes de Jesucristo, puesto que hasta entonces no se había encontrado en Palestina, ningún texto tan antiguo, ni sobre cuero, ni sobre papiro. Según decían, el clima es demasiado húmedo para conservar documentos escritos sobre una materia tan perecedera. Y he ahí, que se han descubierto no sólo fragmentos, sino rollos enteros.

Todo cuanto se descubrió en la Gruta I de Qumram se ha publicado hoy, en magníficas ediciones, ilustradas con fotografías y reproducciones de textos que se hacen así accesibles a todos los investigaciones: 1) un rollo que contiene todo el libro de Isaías y otro que contiene todo un comentario del libro de Habacuc (New Haven 1950); 2) la regla de una comunidad monástica judía (New Haven 1951); 3) un rollo que contiene una gran parte del libro de Isaías; otro, una colección de himnos y un tercero una descripción de la guerra escatológica (Jerusalén 1954); 4) centenares de fragmentos bíblicos y extra-bíblicos (Oxford 1955). Un último rollo de la gruta I estaba en tan malas condiciones que parecía imposible desenrollarlo; empero, en febrero último anunciaron en Jerusalén que habían logrado abrirlo; contiene, no el libro apócrifo de Lamech, como se había creído, sino una versión aramea del Génesis, con interesantes desarrollos, hasta ahora desconocidos. Próximamente se publicarán las cinco columnas perfectamente legibles. Todos estos rollos pertenecen ahora al Estado de Israel,

mientras que los fragmentos antes mencionados descubiertos en la misma gruta I de Qumram, se encuentran en Jordania, en el Museo Arqueológico de Jerusalén.

El Monasterio Esenio.

Serias razones permiten considerar que esos documentos fueron escritos por hombres que pertenecían a la secta de los Esenios, descrita por Plinio, por Filón y sobre todo por Flavio Josefo, secta que se había distinguido por su alta espiritualidad y su culto a los libros sagrados. El Monasterio o Centro de esa comunidad fue encontrado en las ruinas de Chirbet Qumram y las excavaciones efectuadas desde 1951 a 1955 sacaron a luz un interesante conjunto de construcciones que constituirá en adelante, para aquellos que visitan Palestina, un centro de atracción fácilmente accesible desde Jericó. Es ésa una de las muy escasas construcciones que remontan a los tiempos evangélicos, ya que fue el centro de la comunidad esenia, desde el año 100 antes de Jesucristo, hasta más o menos el año 68 después de Jesucristo, con una interrupción durante el reinado de Herodes (37–4 antes de Jesucristo).

¿Quién sabe si Juan Bautista y hasta Jesús y los Apóstoles detuvieron sus miradas sobre esos edificios, situados sobre una altura, a 90 metros sobre el Mar Muerto y por consiguiente visibles desde lejos?

En el "scriptorium" de Chirbet Qumram fueron escritos sin duda, la mayoría de los documentos encontrados. En el Museo Arqueológico de Jerusalén se pueden ver al lado de una gran mesa de cinco metros de longitud, algunos tinteros de ese "scriptorium". Durante la primera guerra judaica, en el 68 después de Cristo, al acercarse la X Legión, los miembros de la comunidad ocultaron su biblioteca y huyeron para no volver más.

Chirbet Qumram presenta igualmente otro interés bíblico, porque ese punto estratégico que domina el camino a lo largo del "Mar Salado" (que así es llamado el Mar Muerto en el Antiguo Testamento) y donde los Romanos instalaron un puesto militar, parece haber sido fortificado ya, por Osías, rey de Judea (783–742 antes de Cristo), y haber tomado el nombre de "Ciudad de la Sal".

Los nuevos descubrimientos.

El descubrimiento de los manuscritos de la Gruta I de Qumram constituía ya por sí solo, un extraordinario acontecimiento. Pero debía seguirle otro. Los beduínos, estimulados por esta fuente inesperada de ganancias, se pusieron a buscar por todos los rincones de esa región montañosa y accidentada, que les es familiar; y a fines del verano de 1951, descubrieron en Murabba'at, a quince kilómetros al sur de Qumram, algunas grutas que contenían manuscritos que remontaban a la época de la II guerra Judaica (132–135 después de Cristo). Entre esos documentos figura un manuscrito que todo permite considerar como una carta autógrafa del célebre jefe de esa insurrección, Simón Ben Koseba, a quien sus discípulos consideraban como el Mesías y por eso le llamaron Ben Koseba, que significa "hijo de la estrella".

Pero más fructífero aún, fue el año 1952. En el mes de febrero, cerca de la Gruta I de Qumram, los beduínos encontraron otra Gruta, que llamaron la Gruta II y donde descubrieron cierto número de fragmentos manuscritos. Inmediatamente, se organizó una expedición arqueológica. Esta, en el mes de marzo en el mismo año examinó la pendiente áspera y rocosa que se extiende hacia el norte y hacia el sur de Qumram, sobre una longitud de 8 kilómetros, y descubrió así la Gruta III, que contenía una gran inscripción en letras inmensas del siglo I antes de Cristo, grabada sobre una hoja de bronce de 2.50 metros por 0.30 cmts. Al huir la quebraron y enrollaron. A causa de su estado de oxidación no pudieron abrirse los dos rollos y no quedaba otro recurso que cortarlos pedazo por pedazo. Esta operación efectuada en el Colegio de Tecnología de Manchester tuvo buen resultado según se anunció en febrero último. A fin de que ninguna letra se destruyese, hicieron las cortaduras por medio de una sierra circular de 0,0042 mm. de grueso, empleada habitualmente para hender el extremo de las plumas. Los 23 pedazos que así se obtuvieron fueron enviados a Jordania, con sus fotografías y pronto conoceremos, sin duda, su secreto bimilenario.

Pero, por una vez más, tuvieron los beduínos más éxito que los arqueólogos, ya que en julio de 1952 descubrieron el escondrijo de Chirbet Mird, más o menos a 9 kilómetros al sudoeste de Qumram, el que contenía manuscritos del V al VIII siglo después de Jesucristo, luego una gruta desconocida aún por los investigadores, en la que había manuscritos de los años 132-135 después de Cristo, y finalmente en septiembre, las Grutas IV y VI de Qumram, con manuscritos de los primeros siglos, antes y después de Jesucristo. Empero, correspondió a los arqueólogos descubrir en Qumram, durante ese mismo mes, la Gruta V y en la primavera del 1955, durante la cuarta campaña de excavaciones de Chirbet Qumram las grutas VII-X, por desgracia, completamente derrumbadas.

Las grutas II-III y V-X proporcionaron un número relativamente modesto de documentos, pero el material de la Gruta IV fue extraordinariamente rico: decenas de milla-

res de fragmentos se encontraron allí. Aunque situada a poca distancia de las excavaciones, no fue descubierta por los obreros, porque se halla en un sitio extrañísimo, suspendida al flanco vertical de una altura del Wadi Qumram, casi frente a las excavaciones. Sabemos ahora, que contenía toda una biblioteca, ya que se han podido identificar los restos de más o menos 330 manuscritos diferentes. Justamente a eso se debe que mientras que los rollos de la gruta I presentan un interés particular por estar casi enteros, los fragmentos de la gruta IV tienen mayor interés y valor. Por desgracia, los beduínos saquearon una gran parte, pero los arqueólogos llegaron a tiempo para salvar lo que aún quedaba en la gruta y que era suficiente para determinar con certeza la proveniencia de los manuscritos pasados a manos de los beduínos a los cuales los arqueólogos hubieron de comprarlos.

La colaboración de la Santa Sede.

Es evidente que era indispensable recuperar lo más pronto posible esos inestimables fragmentos, a fin de evitar que fuesen vendidos ocultamente, transportados al extrangero y dispersados por los cuatro rincones del mundo lo que habría hecho imposible el trabajo preparatorio necesario para que conservasen su correspondiente valor. Igualmente se comprende que la compra de semejante masa de documentos, exigía mucha prudencia, tiempo y dinero. El gobierno de Jordania compró la mitad de ellos, concedió a las instituciones científicas extranjeras la autorización para comprar el resto y dio las garantías necesarias para su exportación, después que hayan sido estudiados en Jerusalén.

En 1952, tres meses después del descubrimiento de la gruta IV, la Santa Sede, por intermedio de la Biblioteca Apostólica Vaticana, se puso en contacto con los exploradores y procedió a la compra de una parte de los manuscritos. En octubre de 1955, el Santo Padre Pío XII, informado por S. E. Mons. Silvio Oddi, Delegado Apostólico en Palestina, de que numerosos manuscritos estaban todavía en manos de los beduínos, lo que impedía su publicación definitiva, ordenó la compra de un lote importante de manuscritos de la gruta IV. Han llegado así, a ser propiedad de la Santa Sede y serán incorporados a la Biblioteca Vaticana, una vez que hayan sido limpiados, ordenados y estudiados en Jerusalén.

Sin lugar a duda, era necesario, en interés de la ciencia, reunir primero todos los fragmentos, a fin de ponerlos en orden, trabajo indispensable para agruparlos en forma significativa y permitir la publicación de ellos, con diferencia de tantos otros documentos encontrados en otras partes en Oriente y que, durante largo tiempo durmieron en los subterráneos de Museos, si es que aún se encuentra allí. El R. P. R. de Vaux, O. P., y el Profesor G. L. Harding, que dirigen esos trabajos, tomaron con una rapidez digna de alabanza las medidas necesarias a fin de que algunos manuscritos fuesen publicados sin tardanza. Constituyeron así, una comisión internacional de investigadores que se dedicaron a la preparación de los fragmentos; los de la gruta IV fueron confiados á Mons. P. W. Skehan, de la Universidad Católica de Washington, al R. P. J. T. Milik y al Abate J. Stareky, de París, a los profesores F. M. Cross, de Chicago, J. Strugnell, de Oxford, J. M. Allegro, de Manchester, y C. H. Hunzinger, de Göttingen.

El trabajo científico.

Antes de poder proceder a la interpretación de los documentos y arrancarles todos sus secretos y todas las posibilidades que ofrecen de ilustrar la historia religiosa de esa época, es necesario un trabajo penoso y delicado. Es menester desdoblar con una paciencia sin igual y mediante una técnica especial, las hojas dobladas, pegadas, arrugadas y quebradizas, que a veces se presentan como una masa informe y que de manera enteramente distinta a los manuscritos de la gruta I ha habido que tratarlos, despojándolos del material que sobre ellos se había acumulado durante siglos, compuesto de tierras e incrustaciones calcáreas. Una vez desdobladas y limpias, son colocadas entre dos capas de vidrio y expuestas sobre largas mesas. Comienza en seguida el trabajo de reagrupación. Para ello, es menester descifrar las letras, ya sea por lectura directa, o por transparencia, o por fotografía a los rayos infrarojos; confrontar el contenido, el material, los colores (esta parte del trabajo no puede hacerse por fotografías); es necesario examinar los pliegues, el carácter de la escritura, la lengua, compararlos con las decenas de millares de otros fragmentos, para encontrar los que pertenecen a la misma hoja, al mismo rollo. Y así, poco a poco, pedazo por pedazo, se reconstituyen las páginas.

Hasta hace algunos meses, ese trabajo se había visto entorpecido por el hecho de que numerosos fragmentos se encontraban aún, en manos de los beduínos. Pero desde que, prácticamente, todos los documentos han sido rescatados, gracias sobre todo, a la generosidad del Santo Padre, el trabajo ha podido progresar con nuevo impulso. Hasta tal punto, que, por ejemplo, de un manuscrito de Samuel, del I siglo, sólo se poseían dos columnas y actualmente se ha logrado tener pasajes de más de 40 columnas. Los resultados de los trabajos se anuncian ya, muy prome-

tedores; pero el material es de tal manera vasto, que la publicación exigirá años de trabajo intenso y serán necesarios 6 ó 7 volúmenes, además del ya publicado sobre fragmentos de la Gruta I.

Comparaciones y confirmaciones.

Aquí podemos hablar sólo muy brevemente del contenido de esos fragmentos que son en parte, muy pequeños, y en parte, de un formato bastante grande. Los más interesantes son ante todo, los textos bíblicos que constituyen más o menos un tercio de ellos, alrededor de 90 manuscritos. Se han descubierto restos de todos los libros de la Biblia hebraica, excepto del de Ester, que probablemente falta por pura casualidad. Los libros deutero-canónicos sólo están representados en Qumram por fragmentos griegos de Eclesiastés (de la gruta II) y por fragmentos hebraicos de Tobías, del que hasta ahora no se conocían sino algunas versiones; ellos nos confirman, por ejemplo, que el padre se llamaba Tobías y el hijo Tobías. Igualmente, se han encontrado, trozos de un rollo de Samuel, particularmente preciosos, porque hay serias razones para creer que fueron escritos en el siglo III antes de Jesucristo y, por consiguiente, antes de la época de los Macabeos y la composición del Ecclesiastés. Esos antiguos manuscritos bíblicos son importantes, no sólo porque nos prueban la fidelidad del texto sagrado que nos ha sido transmitido, sino también, porque nos ayudan a restituir acá y allá, la forma original, a ciertas palabras corrompidas por los antiguos copistas. Y sobre todo, nos abren nuevos horizontes sobre la historia del texto del Antiguo Testamento; en efecto, esta historia, deberá ahora rehacerse. La antigüedad de la tradición de donde deriva el texto masorético, aparece, de aquí en adelante claramente, lo mismo que el hecho de que la versión griega de los Setenta, es en gran parte, la traducción fiel de otra edición hebraica y desde cierto punto de vista, más cercana al texto original. Es igualmente notable que el autor inspirado de los libros de los paralipómenos haya utilizado un texto de los libros de Samuel más próximo a un texto encontrado en Qumram y de los setenta, que del texto masorético. Se observa igualmente que en la comunidad de Qumram, los libros de Isaías, los Salmos y el Deuteronomio se contaron entre los más populares de los Libros Bíblicos; lo mismo que en el Nuevo Testamento, Isaías y los Salmos son los que, con más frecuencia se citan.

Los textos esenios.

Junto a los textos bíblicos, figuran igualmente, numerosos textos apócrifos y textos propios de la comunidad monástica de Qumram. Estos ilustran de manera particular, el medio religioso de una parte importante del pueblo palestino en la época de Jesucristo y en los tiempos que inmediatamente le precedieron o siguieron, sobre todo de los Esenios, corriente muy importante, al lado de la de los Fariseos y Saduceos. En el Nuevo Testamento, se menciona generalmente a estos dos últimos en textos polémicos. No ocurre así, con los Esenios.

Puede atribuirse esto, a su vida retirada; pero también, tal vez, a una cierta simpatía de los discípulos de Cristo hacia ellos, porque podían ofrecer un terreno favorable. En efecto, pueden notarse ciertas semejanzas en el lenguaje, en algunas costumbres y concepciones religiosas.

Por lo mismo, no podía dejar de haber algún escritor aislado para que de eso sacase inmediatamente conclusiones inverosímiles y subjetivas sobre el origen del cristianismo. Estas, difundidas apresuradamente por algunos vulgarizadores, suscitaron inquietudes en muchas personas; pero muy luego fueron rechazadas y quedó demostrada su falta de fundamento. Aún, el año pasado, un periodista lleno de imaginación, insinuó que los sabios que preparan la edición de los manuscritos proceden con toda intención con lentitud, temiendo encontrar algo que sea contrario a su fe. En realidad, nada hay de verdad en eso, porque tienen inmenso interés por publicar lo más pronto posible todo el material, hasta los más pequeños fragmentos. Tanto la Iglesia como ellos nada tienen que temer de los documentos ni de la ciencia; por eso, el Santo Padre concedió dos veces su preciosa ayuda para la recuperación y pronta publicación de los inapreciables documentos que desde hacía 1900 años yacían en las grutas, contribuyendo así a valorar lo que, con justísima razón, es considerado como el mayor descubrimiento del siglo.

Los manuscritos editados hasta aquí, han abierto ya un vasto horizonte de investigaciones; han aparecido ya numerosos estudios sobre esta materia; pero se hacen necesarios otros, para que esos textos revelen todo su secreto. Enriquecerán a las ciencias históricas y bíblicas con numerosos conocimientos y nos harán comprender mejor el medio concreto y humano en que vivieron Jesús y los Apóstoles. Veremos cuanto contacto tenían con él y aparecerá así, más claramente, cuán nueva era la doctrina cristiana; y la persona de Jesucristo, centro y esencia de la religión revelada por Él, resplandecerá con mayor brillo.

Ernest Vogt, S. J.

"Un traje blanco", de Rafael Gil

EL público de Santiago fue gratamente sorprendido con la inauguración de una sala de cine, que estrenó el film español "Un traje blanco", con censura para adultos y menores.

La reacción de los asistentes fue favorable al film; pero junto con analizar esas impresiones, estudiaremos también las razones objetivas que hacen de esta película una de tantas de la actual producción comercial.

"Un traje blanco" es el típico ejemplo de las películas populares hechas sin mayor arte, pero destinadas a un público que sin duda se entretiene y hasta logra extraer lecciones de humanidad. ¿Por qué gusta a la gran mayoría? La respuesta no requiere mayores investigaciones: se trata de un argumento sencillo, sin sofismas, que transcurre en un ambiente de pequeños problemas humanos, sin insinuaciones de ninguna especie y que, por lo mismo, está al alcance de cualquier espectador. La fotografía es clara; la música llena, pintoresca; los actores trabajan suficientemente bien y se expresan en castellano, lo que facilita la comprensión de los espectadores infantiles.

No dudamos que el público encantado por la película sentirá la molestia de una crítica demasiado estricta, pero consideramos también necesario el hacer notar ciertos defectos de este film, mirando siempre a una cultura más alta del espectador.

"Un traje blanco", como la mayoría de las producciones españolas, está construído a base de un diálogo. Casi no existen escenas silenciosas donde la expresión del rostro y un delicado trabajo de los ademanes, lleve al espectador a entender en toda su hondura aquel pensamiento que expresa la imagen cinematográfica por sí misma.

Cuando los personajes pronuncian frases superfluas, es decir, palabras que no tienen más conexión con el contenido de la escena que la de un relleno, la expresión visual se empobrece y el espectador atento puede llegar a la conclusión cierta de que el diálogo es una defensa del director incapaz de visualizar sus ideas.

Otro defecto, de carácter psicológico, es el desconocimiento del libretista Vicente Escrivá de las expresiones propias de un niño. Es cierto que el diálogo debe estar artísticamente idealizado, pero en ningún momento esta selección de palabras debe romper un carácter dramático. Un niño posee como elemento esencial de su expresión un desorden espontáneo e ingenuo, tropiezos y repeticiones. Los dos pequeños de esta película conversan en lenguaje de adultos; en algún momento esto se hace simpático y puede responder a la realidad, como a diario comprobamos con sorpresa, pero si esto se mantiene constante, el niño deja de ser niño y su carácter se convierte en un contrasentido.

Recordemos además que la expresión literaria no es precisamente la expresión cinematográfica y que cuando en el cine interviene el diálogo éste debe estar siempre en función de la imagen.

Como ejemplo de esto valga la escena del film en que aparecen los dos niños tocando el tambor y la flauta, después que han pedido a los Reyes Magos un traje blanco y una bicicleta. El público celebró entusiasmado la expresión de indiferencia de los niños, porque la imagen estaba enriquecida con el breve diálogo anterior en que piden sus juguetes. Esta risa espontánea fue la respuesta

de más auténtica alegría del público porque respondió a un estímulo puramente cinematográfico.

La música, que el espectador encuentra llena y pintoresca, adolece de algunos defectos: por momentos sobresale y distrae, no sólo por el volumen sino por la masa instrumental sinfónica usada. La música cinematográfica es uno de los complementos más delicados de un film; se cuentan con los dedos los compositores que han logrado equilibrar dos fuerzas contrarias: sus conocimientos de composición e instrumentación y las exigencias y límites que le impone el montaje cinematográfico.

La tendencia de los mejores músicos cinematográficos, desde Jaubert en el año 1935, es convertir la música en un fondo tenue y de gran unidad temática, que aparezca sólo de vez en cuando, dejando importante sitio a los efectos sonoros o ruidos cotidianos.

De estos problemas expuestos podemos llegar fácilmente a la explicación de la simplicidad en la construcción dramática del film. La falta de lenguaje cinematográfico hace impersonal la realización de Rafael Gil, por eso sus personajes son simples, sin matices, como estructurados sin calor ni profundidad.

No podemos dejar de mencionar el film italiano "Primera Comunión", que con el mismo tema realizara Alessandro Blassetti y que mediante un penetrante estudio de los personajes y ambiente pueblerino logró visualizar lo cómico y trágico de una primera comunión. Aquellas imágenes expresan el mundo de Blassetti y su capacidad de creación artística. En cambio, el director español no se interesa por el ambiente, se limita a poner imágenes a un diálogo, sin jamás desmenuzar en más y más imágenes la complejidad de cada acción. Además no utiliza la expresividad del montaje, se satisface con la narración cronológica de los acontecimientos, método que de por sí resta ritmo y agilidad a cualquier tema.

Es nuestro deseo que la producción moralmente positiva corresponda a una expresión cinematográfica de valor, por ello hemos calificado este film como una realización sencilla, para todo espectador, que de ningún modo es una obra madura, representativa de un director cinematográfico.

Rafael Cristóbal Sánchez, S. J.
Director.

Alicia Vega Durán
Redactora del programa radial
del Instituto Fílmico de Chile.

(VIENE DE LA PAG. 29)

zación han sido vencidas, la organización sindical corre el peligro de sucumbir a la presión gubernamental, o comunista o de otros partidos o corrientes de opinión que tratan de someterla para convertirla en instrumento de su política, lo que sucede en no pocos países. Por último, en los escasos países en que la fuerza sindical ha podido constituirse y escapar a tutelas ajenas, cae generalmente en una acción meramente reivindicativa, que por no ir unida a una aumento de la producción y por no estar la clase poseyente dispuesta a una redistribución de bienes, conduce fatalmente o a una revolución social o a una inflación desenfrenada, como ha sucedido en Chile.

Por eso parece indispensable para obtener este poder de compra de la masa trabajadora:

8.º *Un sindicalismo técnico y constructivo que exija reformas de estructuras paralelamente y en proporción al aumento de la producción.*

Desgraciadamente la realidad latinoamericana está muy alejada de estas metas, y sus dirigentes muy poco convencidos de la necesidad de alcanzarlas.

Orientación Bibliográfica

Jules Bertaut. — MADAME TALLIEN. "NUESTRA SEÑORA DE TERMIDOR".— Ed. Ercilla.

Esta biografía histórica nos conduce a los turbios tiempos de la Revolución Francesa. A través de la vida de la mujer de un aristócrata, que en la Revolución no había hecho más que cambiar la categoría de sus amantes, se descubren las grandezas y sobre todo las miserias de una época decisiva de la humanidad.

Esposa del marqués Fontenay, Teresa Cabarrus a duras penas escapa a la guillotina, ofreciéndose al todopoderoso comisario de Burdeos, Tallien. A nadie se le ocurre escandalizarse del hecho; en esa época de transición, Francia, rompiendo con las costumbres hipócritas del antiguo régimen, busca sus instituciones burguesas, mucho más hipócritas aún. Nuestra heroína se aprovecha de la situación de su nuevo amante para salvar innumerables vidas inocentes... y llenar su bolsa con la plata de los que salvaba.

Su gran día llegó cuando, encarcelada por el "Incorruptible" Robespierre, unas horas antes de su ejecución, instigó con una carta a su amante a derrocar el régimen del "Terror". Tallien vence en el duelo de la sala de la Convención, Robespierre cae, y Teresa será para todos los parisinos, librados del Terror, "Nuestra Señora de Termidor".

Rica, bella, Teresa se hace sucesivamente y a veces juntamente la favorita de los amos de la República. Desdichadamente estos amos no duran mucho en el poder ,a excepción de Napoleón. Pero éste desprecia a Teresa. Así nuestra heroína habrá que contentarse con la mano del marqués Chimay, cerrando su asombrosa carrera con el título de marquesa. Tal comienzo, tal fin.

El libro, pese a su carácter exclusivamente histórico, despierta el interés de nuestro tiempo, también lleno de tensiones revolucionarias. ¿Por qué no aprender algo de la historia?

Ladislao Juhász, S. I.

Ernesto Silva Román. — JRISTOS. — Ed. Cultura. —Santiago, 1957. 150 págs.

A lo largo de doce capítulos de escaso interés, el autor expone lo que se imagina haber sido la Vida Oculta de Jesús, es decir, el período que va desde su nacimiento hasta el comienzo de su ministerio público.

Jristós (para hablar como el autor, aunque ése no haya sido nunca un nombre propio) es el hijo ilegítimo del digno patriarca de una comunidad de esenios y de una mujer llamada Vinah que, cuando el padre arrepentido se va a hacer penitencia a la India, es confiada, junto con su hijo, al viudo carpintero José.

Puesto que el niño es a todas luces extraordinario, la comunidad lo coloca, más adelante, bajo la tutela de Simón Mago que, mediante una serie de iniciaciones, hace de él la síntesis de cuanta experiencia religiosa ha habido en la humanidad.

La conclusión es, se entiende, que la doctrina y milagros de Jesús tienen su explicación en esas iniciaciones y en el contacto con Simón Mago.

Llama la atención la prescindencia absoluta de los datos evangélicos, única base firme para un estudio de Jesús, y la utilización de fuentes carentes de todo valor histórico (cuando no inventa simplemente). Es evidente la falta de criterio científico, por ejemplo, en el caso de los esenios. Ni su presunto origen en tiempos de Moisés ni el retrato que de ellos nos hace tienen nada que ver con lo que los datos histórico-arqueológicos manifiestan.

El libro es presentado como el trabajo de un "estudioso e investigador" destinado a "informar" acerca de "hechos y experiencias" que se refieren a la vida de Jesús. Para ser tomado en serio un trabajo de esa clase debe estar edificado sobre un método científico que no aparece en ninguna parte del libro.

A. Moreno C.

Jean Lefeuvre.—SHANGHAI: LES ENFANTS DANS LA VILLE. — Col. "Eglise vivante".— París, Casterman, 4e. Edition, 1957, 366 págs.

"Les enfants dans la villa" nos dan "la crónica de la vida cristiana en Shanghai de 1949 a 1955". Presentan, en unas páginas llenas de vida y colorido, una visión muy concreta de la lucha encarnizada dirigida por las autoridades comunistas chinas contra la Iglesia católica.

El régimen de Mao no quería, al principio, aniquilar la Iglesia sino someterla totalmente, tanto en su doctrina como en su Jerarquía y, por consiguiente, cortar cualquier dependencia de Roma. Era conocer mal nuestra religión, el esperar que iba a aceptar tal esclavitud. Apenas se consiguió la adhesión de unos pocos, renegados o débiles, que nunca lograron representar a la comunidad de los fieles. Al contrario, éstos les trataron como excomulgados, como en verdad lo eran.

En vista de la inutilidad de sus esfuerzos para subyugar a la comunidad católica, decidió el gobierno atacar de frente a los grupos católicos más destacados, empezando por la Legión de María.

Entonces se dio comienzo a los encarcelamientos y murió el P. Beda Tsang, cuyo último mensaje conmovió a la cristiandad entera. El efecto de espanto y de desconcierto que se esperaba de tales medidas apenas se produjo superficialmente. En seguida las cristiandades formaron un solo bloque alrededor de sus sacerdotes y se unieron entre sí por su veneración hacia su obispo, verdadero paladín que matizaba su

heroísmo con la proverbial prudencia china. La vida espiritual se intensificó en un ambiente cada vez más parecido al dé las catacumbas.

De a poco, descubrían los comunistas la verdadera naturaleza del catolicismo, y al caer en la cuenta de que no lograrían reducirlo, se resolvieron a exterminarlo. Miles de encarcelamientos y desapariciones, devastaron las cristiandades, casi todas privadas de sacerdotes.

Pero el Espíritu sostiene maravillosa y milagrosamente a sus "Hijos". Es "Su" gesta heroica, la que podemos leer en esta "crónica" cuya traducción deseamos vivamente.

H. Daubechies.

James L. Vizzard, S. J. — QUIENES POSEERAN LA TIERRA. UN ESTUDIO SOBRE LA PROPIEDAD RURAL.—Santiago, 1957.

El P. James Vizzard, S. J., Vice-Presidente de la National Catholic Rural Life Conference, nos presenta en este trabajo un interesante estudio sobre la propiedad rural basado en las enseñanzas de Santo Tomás y de los últimos Papas.La brevedad de estas páginas no disminuye en nada su importancia. Sin pretender señalar soluciones prácticas, el P. Vizzard demuestra la necesidad de una mayor distribución de la tierra cultivable y el derecho que tienen todos los hombres a poseerla.

"No es materia de libre elección, escribe, que la tierra sea o no ampliamente distribuída. Es una exigencia de la ley moral. La dignidad de la persona humana y las necesidades de la familia establecen clara y firmemente el derecho de cada hombre a poseer una propiedad productiva y la necesidad de que todos los que lo deseen y estén capacitados, posean una propiedad en la medida que la cantidad de tierra existente lo permita."

La lectura de este folleto servirá para esclarecer varios puntos fundamentales del pensamiento católico acerca de la propiedad privada y su aplicación a la posesión de la tierra. Es un aporte muy oportuno a la solución de uno de los problemas que se está reconociendo como de los más urgentes de nuestro tiempo: la necesidad de una reforma agraria.

M. S. A., S. J.

Pius Parsch. —EL AÑO LITURGICO. — Barcelona, Herder, 1957, 992 págs. (pequeño formato).

Traducción de una edición compendiada, en un volumen, de la obra alemana "Das Jahr des Heiles". La obra extensa fue traducida y publicada en 5 vol. por Desclée de Br., Buenos Aires, con el simple título de "El Año Litúrgico". Esta obra es universalmente reconocida como uno de los mejores guías litúrgicos para uso de clero y fieles. Lleva ya trece ediciones en alemán y múltiples traducciones.

El compendio está llamado a extender a círculos más amplios la educación litúrgica. La presente traducción es más fluída que la de la obra completa. Se han suprimido las secciones que se refieren a las Horas Canónicas y Lección Escritura del Breviario. Más sensible es la supresión de multitud de observaciones y comentarios complementarios sobre diversos temas y trozos litúrgico. Todo ha sido necesario en obsequio de la brevedad. Quedan los comentarios litúrgicos del texto de las misas dominicales y festivas y la segunda mitad de la obra dedicada al propio y común de los Santos, con cortas reseñas biográficas como en la obra extensa.

Recomendamos este manual de liturgia como un complemento necesario para todos los que siguen la misa con un misal, como se debe. Nada mejor para prepararse la noche anterior a asistir y comprender y hacer nuestra la gran oblación litúrgica del Santo Sacrificio.

J. A.

Gaston Fessard, S. J. — LA DIALECTIQUE DES EXERCICES SPIRITUELS DE SAINT IGNACE DE LOYOLA.— Paris, Aubier, 1956, 368 págs.

El P. Gaston Fessard, S. J., es una inteligencia brillante, se podría decir deslumbradora. Lo han llamado "uno de los teólogos más poderosos de nuestro tiempo".

La publicación que tenemos delante es típica del Padre, fruto de intuiciones que datan de 1923 y de un largo contacto con el pensamiento hegeliano y posthegeliano.

Demuestra que las cuatro Semanas de S. Ignacio desarrollan la estructura de nuestro acto de libertad en presencia de la Libertad divina. Más aun, contienen implícitamente un "análisis existencial del Tiempo y de la Historia", que el autor ha logrado desentrañar "gracias a la familiaridad con los obras de Hegel, Marx y Kierkegaard." (p. 231)

Así queda de manifiesto el dinamismo interno, dialéctico de los Ejercicios.

Basándose además en el simbolismo natural de las dimensiones espaciales y en las imágenes y visiones místicas de S. Ignacio, el P. Fessard representa en figuras geométricas el esquema de los Ejercicios, el movimiento del alma en ellos, la acción de Dios, la división de las cuatro Semanas y su correspondencia con las tres etapas de la vida espiritual, las relaciones de tiempo e historia. Las aplicaciones son múltiples, e incluyen problemas suscitados por sabios como el P. Teilhard de Chardin, S. J., filósofos como Jaspers y Heidegger, exégetas protestantes como Bultmann y Culmann.

Las nuevas relaciones descubiertas en el libro de S. Ignacio no son fantasía del autor. Existen realmente ya que se fundan en la riqueza existencial del ejercitante que recoge todo su ser ante Dios para "ordenar su vida sin determinarse por afección alguna que desordenada sea" (Ejerc. n.º 21).

La representación geométrica, con su forma mandálica, interesará a todo el que haya estudiado la psicología de Jung, y en "Perspectives" se indica cómo puede el mismo esquema "guiar una interpretación crítica de la dialéctrica... del sistema hegeliano, ...de su inversión en el materialismo histórico y dialéctico, y en fin de la dialéctica de la existencia" de Kierkegaard. (p. 220)

Un comentario de las reglas de "Discreción de espíritus" y del famoso principio ignaciano del esfuerzo humano con la confianza en Dios, confirma los esquemos anteriores.

En resumen, la obra del P. Fessard ofrece material precioso de reflexión al psicólogo y al filósofo de la espiritualidad y de la filosofía moderna.

C. Aldunate, S. J.

Romanos le Mélode. —LE CHRIST REDEMPTEUR. —Célébrations liturgiques. Traduit du Grec par René R. Khawam.—Paris, Beauchesne, 1956, 181 págs

El éxito actual de las paraliturgias, tan provechosas para una más profunda convivencia con los misterios litúrgicos, es un buen índice del renacimiento de nuestra fe.

En estas perspectivas el librito del Sr. Khawam puede encontrar gran acogida entre la élite religiosa y cultural de Chile, como lo halló en Francia.

Romanos, diácono bizantino del siglo VI (?), es el príncipe de los poetas religiosas del Oriente cristiano. De su innumerable producción, estimada en unos 1000 poemas, cerca de 80 llegaron hasta nosotros. Se nos ofrece aquí la traducción de seis de sus mejores "celebraciones litúrgicas".

Un pensamiento sólidamente fundado en el dogma, una psicología delicadamente matizada, el uso constante y como espontáneo de la Sagrada Escritura, una gran sobriedad en la expresión, confieren a esos autosacramentales una belleza clásica a la cual cierta ingenuidad añade su encanto. El carácter hierático de los poemas y la misma intervención de un coro al estilo griego les adaptan perfectamente a una representación en el presbiterio de las iglesias .

Algunas "celebraciones" como "La Natividad" o "La lamentación de la Madre de Dios" podrían ser presentadas tal cual en su traducción.

H. D.

P. Emilio de Ascoli. — EL ALMA DE SAN FRANCISCO.— Bilbao, Desclée de Brouwer, 1955, 344 págs.

Sitúa el momento franciscano dentro de la historia de la espiritualidad cristiana y trata luego en distintos capítulos de las virtudes que caracterizan el espíritu de San Francisco: la pobreza, el amor a la Cruz, la alegría, el amor a la naturaleza, la fraternidad universal.

Una obra de valor inspirada en las mismas fuentes y a la vez muy bien escrita, interesante y atrayente.

J. A.

Frank Duff. — BAUTISMO DE FUEGO. — Bilbao, Desclée de Br., 1956, 310 págs.

"Dónde y cómo nació la Legión de María" reza el subtítulo. La Legión de María es un movimiento mariano de acción católica que nació en Irlanda y en poco tiempo se ha extendido por todo el mundo. Ha sido distinguido en China por el odio y la guerra que le han declarados los comunistas, y cuenta ya con numerosos mártires.

El fundador y actual Presidente de la Legión nos narra con todo detalle, en forma sencllia y casi ingenua, los comienzos del movimiento en Dublín, y su bautismo de fuego que fue la conquista para Cristo de Bentley Place, famoso barrio entregado al vicio y a la prostitución. La narración de esta asombrosa hazaña constituye una sencilla epopeya a la acción invisible, pero poderosa, de la gracia de Dios y al esfuerzo humilde de un grupo de legionarios, hombres y mujeres.

J. A.

Joseph Spicht. — PRIÈRES MARIALES.— Collection "La Prière des Hommes".—Les Éditions Ouvrières. Paris, 1956. 140 págs.

Libro agradable, de fácil lectura o fácil meditación. Sin hablar de la devoción a la Virgen, la hace nacer o la aviva en el lector. Su forma es original: son pequeñas conversaciones con nuestra Madre la Virgen, a propósito de todas las circunstancias de la diaria y de los diferentes problemas del corazón humano. A través de sus páginas, y sin decirlo, el autor va inspirando una espiritualidad optimista, sincera y sencilla. En delicados análisis psicológicos de las complejas situaciones humanas va sembrando una visión positiva de la vida.

Pone nuestra vida bajo la mirada de la Virgen y hace sentir un cariño materno a nuestro huérfano corazón humano.

José Correa, S. J.

Alfhonse de Parvillez, S. J. —LA PLUME AU SERVICE DE DIEU.—Paris, Fayard, 1957, 118 págs.

LE LIVRE SA PLACE DANS L'APOSTOLAT. — Paris, Editions de l'Hirondelle, 1955, 115 págs.

"El mundo católico no ha caído en cuenta del valor de uno de los mayores medios de influencia en el mundo moderno: el libro", nos dice el R. P. de Parvillez. Durante largos años redactor de "Etudes", secretario del "Comité d'A. C. du livre", el Padre, que es un apóstol, lanza llamados para que no sigamos desperdiciando esta fuerza.

"La plume au service de Dieu" se dirige principalmente a todos los escritores profesionales u ocasionales. Muchos problemas candentes para un escritor católico de hoy día encuentran allí una solución matizada y apoyada en tal vez muy abundantes citas de autores de toda tendencia. En la famosa disputa entre los partidarios del arte por el arte y los del arte "engagé", el autor prueba, con valentía y sólido sentido común, la ineludible conexión entre arte y moral y, sobre este fundamento, plantea los siguientes problemas: la introducción de una tesis de moral o de religión ¿condena una obra a la asfixia?, le quita la espontaneidad y la reduce a la mediocridad? ¿Una literatura moral está condenada a mutilar la realidad?

Entre otros temas más particulares destacaremos: la crítica literaria y las leyes del combate entre cristianos.

Unos datos concretos para orientar en la literatura católica de habla francesa ponen fin a esta "clarinada" en pro de la literatura católica "engagée".

"Le livre, sa place dans l'apostolat" tiene a la vez un público más amplio y un alcance más restringido.

La primera parte, basada en una abundante documentación, recalca el enorme poder del libro, tanto para el bien como para el mal. La segunda examina el sitio que ocupa el libro en la vida católica francesa actual. La tercera propone, delante de la urgente necesidad de fundamentar sólidamente nuestra cultura humana y cristiana, los medios más aptos para aprovechar al máximum, la poderosa influencia del libro: formación a la lectura, orientación en el "mare magnum" de libros, cooperación de los escritores católicos, mayor auge dado a las bibliotecas, etc.

H. D.

ENCICLOPEDIA DEL SACERDOCIO, dirigida por el P. *J. Cacciatore*, C. SS. R. — Traducción y adaptación castellana.— Madrid, Ed. Taurus, vol. I, 1956, pp. 352; vol. II/I, 1957, pp. 544.

Esta "Enciclopedia del Sacerdocio", redactada por más de cincuenta escogidos maestros de ambos cleros, de diversas órdenes y naciones, apareció en 1954 en italiano, formando un solo enorme tomo de 1.700 páginas. Al traducirla al castellano, adaptándola, se ha preferido repartirla en cinco volúmenes, conforme a las divisiones mismas de las materias. De ellos, ya están publicados los dos primeros.

No se trata de un diccionario enciclopédico alfabético. Esa disposición de la materia, junto a algunas ventajas, tiene el inconveniente de fragmentar los temas y mezclar esos fragmentos según la tiranía del orden de las letras, sin atender a las conexiones naturales de los conceptos. Salvo el caso de los grandes diccionarios, cada uno de cuyos artículos forma un verdadero tratado, resulta poco apropiada para adquirir conocimientos claros y equilibrados de las diversas materias. Sirve para encontrar lo que se busca, mucho más que para comprender lo así hallado y su situación dentro del conjunto.

Por eso, muy atinadamente, se ha preferido ordenar esta "Enciclopedia del Sacerdocio", a la manera de una "Summa" medieval, siguiendo un bien estudiado plan sistemático de la materia. Se tiene así, cada uno en su sitio, los diversos temas, distribuídos dentro de grandes secciones homogéneas, cada una de cuyas divisiones o subdivisiones ha sido encomendada a algún especialista, que firma la parte redactada por él.

Las partes hasta ahora publicadas comprenden primero una "introducción a la vida sacerdotal", donde se estudia la vocación al sacerdocio, considerándola teológica, psicológica y jurídicamente; y la formación del sacerdote en sus diferentes y complementarios aspectos —general, espiritual, moral, intelectual—. Después se trata directamente del ser mismo constitutivo del sacerdocio, examinándolo aquí desde un punto de vista teológico —las diversas formas históricas, particularmente en el Antiguo y en el Nuevo Testamento; el Sacerdocio del propio Cristo, el de sus ministros, y el de los demás miembros de la Iglesia, con un capítulo especial para la Santísima Virgen.

En las partes siguientes, cuya traducción castellana aparecerá pronto, se prosigue ese estudio desde los puntos de vista ascético y litúrgico; se pasa después a la acción del sacerdote, con las diferentes formas de enseñanza y ministerio sacramental y pastoral; y, por último, se da una amplia información de "testimonios" sobre el sacerdocio, con historia de las relativas opiniones, y una completísima bibliografía general, que se suma a las otras especiales para cada capítulo.

Naturalmente, en una obra tan extensa, donde han intervenido numerosos autores, es inevitable el que haya partes más débiles o menos bien tratadas que otras. Y aun el que parezca necesario hacer ciertos pequeños reparos sobre determinados puntos o redacciones; o, al menos, el que uno prefiera legítimamente alguna opinión diversa de la que presenta el respectivo colaborador. A veces esto se ha subsanado muy atinadamente exponiendo, una en pos de otra, las opuestas posiciones admitidas entre los teólogos —por ejemplo, acerca de la obligación de corresponder a la vocación sacerdotal: hay una amplia presentación y defensa de la negativa, por el Obispo Mons. Jeremías de S. Pablo de la Cruz, y de la afirmativa, por el P. Eduardo Wuenschel.

En general, sin embargo, la obra resulta altamente satisfactoria. Los competentes redactores reúnen solidez y claridad de doctrina, seguridad de documentación, y actualidad y amplitud respecto a los problemas y aplicaciones prácticas. En conjunto, se halla aquí una exposición muy completa de todas las principales cuestiones tocantes a la vida y acción del sacerdote, iluminadas doctrinalmente por el debido recurso a las diversas "fuentes" de la teología y por la proximidad de unas con otras dentro de la obra.

Por lo mismo, esta "Enciclopedia" es de grandísima utilidad para todo sacerdote, principalmente para quienes más directamente han de ocuparse de suscitar y de dar la debida formación a los llamados al sacerdocio. Pero, además, es obra que interesará también a los laicos. No sólo cuando se pregunten acerca de qué libro podrá ser apropiado para hacer algún regalo, por ejemplo, a su párroco; sino incluso para sí mismos, para su propia formación cristiana, pues todo católico culto y preocupado de conocer mejor su fe ha de interesarse por algo tan esencial a la vida cristiana como es el ministerio de los sacerdotes propiamente dichos, y la unión con ellos basada en ese otro sacerdocio amplio propio de todos los fieles: de todo lo cual hay en esta obra copiosas y útiles enseñanzas.

Julio Jiménez B., S. J.

"Cuando los cristianos dicen a los hombres que son hermanos, no lo hacen por proferir una frase, sino para significar que les ayudaremos realmente; si tienen hambre, a alimentarse; si no tienen techo, a lograr un alojamiento donde ya no vivirán como bestias en un establo; si no tienen trabajo, a poder gozar de la dignidad de ganarse el pan que comen; si carecen de escuelas y de hospitales, a poder enseñar y cuidar a sus hijos y a sus enfermos. Entonces sí, habrá, quizá, una esperanza de paz menos envenenada."

Abbé Pierre.

ULTIMAS NOVELAS

EL CREPUSCULO DEL DRAGON, por Peter Bourne. —Zig-Zag.

Novela. Sucede en China en 1900. Tiene por fondo la guerra de los boxers, provocada por la insaciable codicia de Occidente.

Nos muestra la China con todas sus contradicciones; su exagerada cortesía y su terrible crueldad, el refinamiento de sus clases elevadas y la miseria del pueblo, la delicadeza de su arte, la belleza de sus jardines y la suciedad de sus calles.

Vemos a la última Emperatriz, figura macabra en su paganismo y poderío.

El libro, ameno, bien escrito, es terriblemente crudo y reservado para personas de criterio bien formado.

T. E. E.

BREGA INFECUNDA, por *Kamala Markandaya*.—Zig-Zag.

Novela. La autora, una hindú, describe la vida de los labriegos de su tierra; gente de mucha tradición familiar, pero de valores espirituales poco refinados: sólo invocan a sus dioses para que les salve las cosechas, su único recurso. Esto dura hasta que llegan las "tenerías" o fábricas y con ellas la miseria y la rebelión; los hijos parten buscando mejores medios de vida, dejando a sus ancianos padres en la miseria.

Es la misma triste historia de todos los labriegos del mundo que trabajan tierra ajena... pero agravada en la India por el paganismo.

Estilo muy bueno y delicado a pesar de la crudeza, del fatalismo y de la naturalidad con que baja a ciertos detalles.

T. E. E.

MARGEN DE ERROR, por *Mary Borden*.—Zig-Zag.

Novela semipolicial. El accidente de un avión inglés en Africa, que cuesta la vida a 5 personas, soluciona por completo los líos en que se ha metido el protagonista. Este es un funcionario colonial inglés que volvía en el avión a su puesto, después de recibir una severa amonestación de su gobierno.

El libro es ameno, los personajes bien caracterizados, la trama algo ridícula e inmoral, sin crudeza.

T. E. E.

ARCO IRIS EN EL CAMINO, por *Esther Forbes*.—Zig-Zag.

Novela. Está escrita en primera persona, como los recuerdos de un niño que acompaña a un buhonero en sus correrías por Nueva Inglaterra en tiempos antiguos. Nos hace captar la vida de esa gente sencilla que creía en los ladrones buenos y contaba baladas para celebrar sus hazañas; pero ellos se mantenían honrados y se ayudaban entre sí.

T. E. E.

EL JEFE DE LA FAMILIA, por *Alberto Blest Gana*.—Zig-Zag.

Es difícil encontrar amenidad e interés en artículos de costumbres, más o menos superficiales de hace un siglo. Pero se leen con agrado por estar escritos en un estilo elegante y preciso, aunque un poco alargado para el gusto de hoy. El viaje al Niágara resulta curioso; en cuanto a la pieza de teatro que le da nombre al libro, es mala.

T. E. E.

LIBROS RECIBIDOS

(Su inclusión en esta lista no excluye una posible recensión, ni implica un juicio sobre el valor del libro.)

Ricardo V. Feliú Ph. D.— Lutero en España y América Latina. Fisonomía moral del fundador del protestantismo.— New York, Protestant Founders, 1956, 809 págs.

James L. Vizzard, S. J. —Quienes poseerán la tierra. Un estudio sobre la propiedad rural.— Santiago, 1957, 32 págs.

M. Delbrêl. —Ville marxiste, terre de mission.— Coll. "Rencontres", nº 50.—Paris, Cerf, 1957, 235 págs.

Carlos Pezoa Véliz. —Antología (Poesía y Prosa).—Santiago, Zig-Zag, 1957, 173 págs.

Alicia Santaella. — En tierras de la Quintrala.—Santiago, 1957, 186 págs.

Rafael Frontaura. — Trasnochadas. Anecdotario del teatro y de la noche santiaguina.— Santiago, Zig-Zag, 1957; 222 págs.

Juan Tejeda. — Cuentos de la selva.— Bibl. Infantil. —Santiago, Zig-Zag, 1957, 98 págs.

Juan Tejeda. — Cuentos de mi escritorio.—Bibl. Infantil.— Santiago, Zig-Zag, 1957, 117 págs.

La Moda

(discurso del Papa Pío XII — 8 Nov. 1957).

I — Aspectos generales.

SIGUIENDO el consejo de la antigua sabiduría, que indica en la finalidad de las cosas el criterio supremo para cualquier valoración teórica y la seguridad de las normas morales, será útil recordar los fines que el hombre se propuso siempre al recurrir al vestido. Indudablemente, obedece a las tres muy conocidas exigencias de la higiene, del pudor y del decoro. Se trata de tres necesidades, tan profundamente arraigadas en la naturaleza, que no pueden desconocerse, ni contrariarse, sin provocar repulsión y perjuicio. Conservan su carácter de necesidad hoy como ayer; se encuentran en casi todas las razas; se distinguen bajo todas las formas de la vasta gama en que la necesidad natural del vestido se ha concretado histórica y etnológicamente. Es importante observar la estrecha y solidaria interdependencia entre las tres exigencias, no obstante que broten de fuentes diversas: una del lado físico, otra del espiritual y la tercera del complejo psicológico-artístico.

La *exigencia higiénica* del vestido se halla en relación principalmente con el clima, sus variaciones y otros agentes externos, como posibles causas de malestar o de enfermedad. De la antes aludida interdependencia deriva que la razón o, mejor, el pretexto higiénico no vale para justificar la deplorable licencia, especialmente en público y fuera de los casos excepcionales de probada necesidad, también en los cuales, por otra parte, todo espíritu bien nacido no sabrá substraerse a la angustia de una espontánea turbación, manifestada externamente por el natural rubor. Del mismo modo, una manera de vestir nociva a la sanidad, de la que no pocos ejemplos se citan en la historia de la moda, no puede ser letigimada con el pretexto estético; y del mismo modo, las normas comunes del pudor tienen que ceder ante la necesidad de una cura médica, que si bien puede parecer que las rompe, las respeta en cambio adoptando las debidas cautelas morales.

Igualmente evidente, como origen y finalidad del vestido, es la *exigencia natural del pudor,* entendido tanto en el significado más vasto, que comprende también la debida consideración de la sensibilidad de los demás ante objetos que repugnan a la vista; como, sobre todo, cual tutela de la honestidad moral y escudo de la desordenada sensualidad. La opinión singular que atribuye a la relatividad de ésta o de la otra educación el sentido del pudor; es más, que lo considera casi como una deformación conceptual de la inocente realidad, un falso producto de la civilización e incluso un estímulo a la falta de honestidad y una fuente de hipocresía, no se encuentra sufragada por ninguna razón seria; por el contrario, halla una condena explícita en la repugnancia que se produce en los que, a veces, se atrevieron a adoptarla como sistema de vida, confirmando de este modo la rectitud del sentido común, que se manifiesta en las costumbres universales. El pudor, teniendo en cuenta su significado estrictamente moral, cualquiera que sea su origen, se basa en la innata y más o menos consciente tendencia de cada uno a defender de la indiscriminada avidez de los demás el bien físico propio, con el fin de reservarlo, con

prudente elección de circunstancias, a los sabios fines del Creador, por El mismo puestos bajo la protección de la castidad y del pudor. Esta segunda virtud, el pudor, cuyo sinónimo "modestia" (de *modus*, medida, límite), expresa tal vez mejor la función de gobernar y dominar las pasiones, especialmente sensuales; es el baluarte natural de la castidad, su eficaz muralla, ya que modera los actos en relación cercana con el objeto propio de la castidad. Como su escolta avanzada, el pudor hace sentir al hombre su advertencia desde que adquiere uso de razón, incluso antes de que aprenda la noción de castidad y de su objeto, y le acompaña durante toda la vida, exigiendo que determinados actos, en sí mismos honestos, por tener una disposición divina, estén protegidos por el discreto velo de la sombra y de la reserva del silencio, casi como para conciliarles el respeto debido a la dignidad de su gran finalidad.

Es, pues, justo que el pudor, casi como depositario de bienes tan preciosos, reivindique para sí una autoridad prevalente sobre cualquier otra tendencia o capricho, presidiendo la determinación de los modos de vestir.

Y he aquí la tercera finalidad del vestido, de la que más directamente se deriva el origen de la moda, y que responde a la exigencia innata, que la mujer siente mayormente, de dar relieve a la *belleza y dignidad de la persona*, con los mismos medios que proveen a satisfacer las otras dos. Para evitar restringir la amplitud de esta tercera exigencia a la belleza física únicamente, y mucho más para substraer el fenómeno de la moda al afán de seducción como primera y única causa suya, el término "decoro" es preferible al de "embellecimiento". La inclinación al decoro de la propia persona procede evidentemente de la naturaleza y, por lo tanto, es legítima.

Prescindiendo del recurso al vestido para ocultar las imperfecciones físicas, al vestido pide la juventud ese resalto de esplendor, que canta el alegre tema de la primavera de la vida y facilita, en armonía con los dictados del pudor, las premisas psicológicas necesarias para la formación de nuevas familias; mientras que la edad madura con un vestido apropiado aspira a obtener un aura de dignidad, de seriedad y de serena alegría. En todos los casos en que se tienda a acentuar la belleza moral de la persona, la forma del vestido será tal que casi eclipse la forma física en la sombra austera de la ocultación, para alejarla de la atención de los sentidos, y concentrar en cambio la reflexión sobre el espíritu.

El vestido, considerado desde este punto más vasto, tiene su propio lenguaje multiforme y eficaz, a veces espontáneo, y, por consiguiente, fiel intérprete de sentimientos y de costumbres, y a veces convencional y artificioso, y, por lo tanto, escasamente sincero. De todos modos, al vestido le es dado expresar la alegría y el luto, la autoridad y la potencia, el orgullo y la simplicidad, la riqueza y la pobreza, lo sagrado y lo profano. La concreción de las formas expresivas depende de las tradiciones y de la cultura de éste o del otro pueblo, mientras que su carácter mudable es tanto más lento cuanto más estables son las instituciones, los caracteres y los sentimientos, que los modos de vestir interpretan.

Contribuye la moda expresamente a dar relieve a la belleza física; arte antiguo, de orígenes inciertos, compleja por los factores psicológicos y sociales que en ella se mezclan, y que en la actualidad ha alcanzado una importancia indiscutible en la vida pública, ya sea como expresión estética de la costumbre, o bien como deseo del público y convergencia de relevantes intereses económicos. De la observación a fondo del fenómeno resulta que la moda no es solamente bizarría de formas, sino punto de encuentro de diversos factores psicológicos y morales, como el gusto de la belleza, la sed de novedad, la afirmación de la personalidad, la no soportación de la monotonía, así como del lujo, la ambición y la vanidad. La moda es más bien elegancia, condicionada sin embargo por un cambio continuo, de tal modo que su misma inestabilidad le confiere la característica más evidente. La razón de su perpetuo cambio, más lento en las líneas fundamentales, rapidísimo, en cambio, en las variaciones secundarias, que en la actualidad han llegado a ser de temporada, parece debe buscarse en el afán de superación del pasado, facilitado por la índole frenética de la época contemporánea, que tiene el tremendo poder de quemar en poco tiempo todo lo que está destinado a la satisfacción de la fantasía y de los sentidos. Es comprensible que las nuevas generaciones, que tienden a su propio futuro, soñando diversas y mejores formas no tan sólo de vestidos, sino de objetos y de decoración doméstica, que más evidentemente recuerdan un modo de vivir que se desea ver superado. Pero la extrema inestabilidad de la moda actual está determinada sobre todo por la voluntad de sus artífices y guías, que cuentan por su parte con medios desconocidos en el pasado, como la enorme y variada producción textil, la fecunda inventiva de los "figurines", la facilidad de los medios de información y de "lanzamiento" en la prensa, en el cine, en la televisión y en las exposiciones y "desfiles". La rapidez de los cambios se ve favorecida además por una especie de competición, en verdad no nueva, entre las "élites", deseosas de afirmar su propia personalidad con formas originales del vestir, y el público, que inme-

diatamente se apropia de ellas, con imitaciones más o menos felices. No debe olvidarse el otro sutil y decadente motivo: el estudio de los "modelistas" que, para garantizar éxito a sus "creaciones", apuntan al factor de la seducción, conscientes del efecto que provocan la sorpresa y el capricho continuamente renovados.

Otra característica de la moda actual es que, aun siendo siempre y principalmente un factor estético, ha llegado a tener además las propiedades de un elemento económico de grandes proporciones. A las pocas antiguas sastrerías de alta moda, que desde ésta o la otra metrópoli dictaban sin ser contrastadas las leyes de la elegancia al mundo de cultura europea, se han substituído numerosas organizaciones, poderosas por sus medios financieros, que al mismo tiempo que satisfacen la necesidad del vestido, forman el gusto de las poblaciones y estimulan sus deseos con el fin de crearse mercados cada vez más vastos. Las causas de esa transformación hay que buscarlas, por una parte, en la llamada "democratización" de la moda, en virtud de la cual un número cada vez mayor de individuos se somete a la atracción de la elegancia, y por otra, en el progreso técnico, que consiente la producción que ahora son de fácil adquisición en el mercado de las llamadas "confecciones". De este modo ha surgido el mundo de la moda, que comprende a artesanos, industriales y comerciantes, editores y críticos, y, además, toda una clase de humildes trabajadores y trabapadoras, que de la moda sacan sus ingresos para vivir.

Aun cuando el factor económico es la fuerza motriz de esta actividad, su espíritu es siempre el "modelista", es decir, el que con genial elección de tejidos, colores, corte, línea y ornamentos accesorios, da vida a un nuevo modelo expresivo y bien acogido por el gran público. No es necesario decir cuán difícil es este arte, fruto de genialidad y de pericia, y mucho más de sensibilidad en relación con el gusto del momento. Un modelo de cuyo éxito feliz se esté ciertos, adquiere la importancia de una invención; se circunda de secreto, en espera de ser "lanzado"; luego, ya puesto a la venta, alcanza precios elevados, mientras los medios de información le prestan gran difusión, hablando de él como si se tratara de un acontecimiento de interés nacional. El influjo de los "modelistas" es tan resolutivo que la misma industria textil se deja guiar por ellos en la determinación de su propia producción, tanto por lo que se refiere a la calidad como a la cantidad. Igualmente grande es su influjo social en la parte que a ellos toca de interpretar el gusto del público; ya que si la moda ha sido siempre la expresión exterior de las costumbres de un pueblo, hoy lo es más que cuando el fenómeno se desarrollaba como fruto de reflexión y de estudio.

Pero la formación del gusto y las preferencias del pueblo y la dirección misma de la sociedad hacia costumbres serias o bien decadentes, no dependen solamente de los modelistas, sino de todo el conjunto organizado de la moda, especialmente de las casas productoras y de la crítica, en ese sector más refinado que tiene por clientes a las clases sociales más altas, adoptando el nombre de "Alta Moda" casi como para designar las fuentes de las corrientes que luego el pueblo seguirá, casi ciegamente y como por mágica imposición.

Pues bien, frente a tantos y tan elevados valores, llamados en causa por la moda y a veces puestos en peligro, como los que hemos enumerado aquí con rápidas alusiones, resulta providencial la labor de personas, técnica y cristianamente preparadas, que se proponen contribuir a la liberación de la moda de tendencias no loables; de personas que ven en ella ante todo el arte del saber vestir, cuya finalidad es, ciertamente, aunque parcialmente, la de poner en moderado relieve la belleza del cuerpo humano, obra maestra de la creación divina, aunque en forma que no quede ofuscado sino, por el contrario, sea exaltado — como se expresa el Príncipe de los Apóstoles— "el ornato incorruptible de un espíritu tranquilo y modesto, tan precioso ante los ojos de Dios". (1 Pedro 3, 4).

II — Problema moral de la moda y sus soluciones.

Ahora bien, el conciliar en equilibrada armonía el ornato exterior de la persona con el interior de "un espíritu tranquilo y modesto" constituye el problema de la moda. Pero ¿existe en verdad —se preguntan algunos— un problema moral en torno a un hecho tan exterior, tan contingente y relativo, como es la moda? Y, concedido esto, ¿en qué términos se plantea el problema y con qué principios debe ser resuelto?

No es el caso de deplorar aquí extensamente la insistencia de no pocos contemporáneos en el esfuerzo de substraer al dominio moral las actividades exteriores del hombre, como si pertenecieran a otro universo, y como si el hombre mismo no fuera su sujeto, su fin, y, por consiguiente, el responsable ante el Sumo Ordenador de todas las cosas. Bien es verdad que la moda, como el arte, la ciencia, la política y actividades semejantes, llamadas profanas, tienen normas propias para alcanzar las finalidades a que están lla-

madas; sin embargo, su sujeto es invariablemente el hombre, que no puede prescindir de orientar esas actividades al fin último y supremo, hacia el que él mismo se halla esencial y totalmente ordenado. Existe, pues, el problema moral de la moda, no solamente en cuanto actividad genéricamente humana, sino más específicamente en cuanto ésta se desarrolla en un campo común o por lo menos muy próximo a evidentes valores morales y, aún más, en cuanto las finalidades de la moda, en sí mismas honestas, se hallan más expuestas a ser confundidas por las perversas inclinaciones de la naturaleza humana, decaída por la culpa original, y convertidas en ocasiones de pecado y de escándalo. Esa propensión de la naturaleza corrompida a abusar de la moda llevó a la tradición eclesiástica a tratarla a menudo con recelo y con severo juicio, expresados por insignes oradores con viva firmeza, y por celosos misioneros, incluso con las "quemas de vanidades" que, conforme a las costumbres y austeridad de aquellos tiempos, eran estimadas de eficaz elocuencia entre el pueblo. De esas manifestaciones de severidad, que en el fondo demostraban la maternal solicitud de la Iglesia por el bien de las almas y los valores morales de la civilización, no es lícito argüir, sin embargo, que el cristianismo exija casi una abjuración absoluta del culto o del cuidado de la persona física y de su decoro exterior. Quien llegara a una conclusión en ese sentido, demostraría haber olvidado cuanto escribía el Apóstol de las Gentes: "Adórnense las mujeres con hábito honesto, con verecundia y modestia" (1 Timoteo 2, 9).

La Iglesia, por lo tanto, no censura ni condena la moda, cuando está destinada al justo decoro y ornamento del cuerpo; sin embargo, no deja nunca de poner en guardia a los fieles sobre sus fáciles descarríos.

Esta actitud positiva de la Iglesia se deriva de motivos mucho más altos que los meramente estéticos y edonísticos propios de un reverdecido paganismo. Sabe y enseña que el cuerpo humano, obra maestra de Dios en el mundo visible al servicio del alma, fue elevado por el divino Redentor a la condición de templo e instrumento del Espíritu Santo, y que como tal debe ser respetado. Su belleza, por consiguiente, no habrá de ser exaltada como fin en sí misma y mucho menos de manera que llegue a envilecer la alcanzada dignidad.

En el terreno concreto, es innegable que junto a una moda honesta existe otra inverecunda, causa de turbación en los espíritus ordenados, si no de incentivo al mal. Es siempre arduo indicar con normas universales las fronteras entre la honestidad y la inverecundia, ya que la valoración moral de un adorno depende de muchos factores; sin embargo, la llamada relatividad de la moda con respecto a los tiempos, a los lugares, a las personas y a la educación no es una razón válida para renunciar "a priori" a un juicio moral sobre ésta o la otra moda que en cierto momento rebasa los límites del pudor normal. Este, sin ser interrogado casi, advierte inmediatamente dónde anidan la procacidad y la seducción, la idolatría de la materia y el lujo, o solamente la frivolidad; y si hábiles son los artífices de la moda inverecunda en el contrabando de la perversión, mezclándola en un conjunto de elementos estéticos en sí mismos honestos, más diestra es por desgracia la sensualidad humana para descubrirla y más dispuesta a sentir su hechizo. La mayor sensibilidad en advertir la insidia del mal, aquí como en otras partes, lejos de constituir un título de censura para quien de ella está provisto, como si fuera solamente efecto de depravación interior, es, por el contrario, característica de la pureza de espíritu y de vigilancia sobre las pasiones. Pero por vasta e inestable que pueda ser la relatividad moral de la moda, existe siempre un absoluto que salvar, después de haber escuchado la advertencia de la conciencia, al advertir el peligro: la moda no debe proporcionar nunca una ocasión próxima de pecado.

Entre los elementos objetivos que concurren a formar una moda inverecunda figura en primer lugar *la mala intención de sus artífices.* Cuando éstos se propongan suscitar con sus modelos fantasmas y sensaciones no castas, no están exentos, incluso sin llegar a los extremos, de una técnica de larvada malicia. Saben, entre otras cosas, que la audacia de esta materia no puede ser llevada más allá de ciertos límites, pero saben también que el efecto buscado se encuentra a poca distancia de éstos, y que una hábil mezcla de elementos artísticos y serios con otros de menor valor son más apropiados para sorprender la fantasía y los sentidos, mientras hacen que el modelo sea aceptable por las personas que ese mismo efecto desean, sin comprometer, sin embargo, al menos a su parecer, el buen nombre de personas honestas. Cualquier saneamiento de la moda, por lo tanto, tiene que empezar por la intención tanto por parte de quien modela como de quien lo presenta: tanto por parte de uno como de otro debe despertarse la conciencia de responsabilidad por las consecuencias nefastas que pueden derivarse de un vestido demasiado audaz, sobre todo si se lleva por las calles.

Más de cerca, la inmoralidad de algunas modas depende, en máxima parte, de los excesos, tanto de inmodestia como de lujo. En cuanto a los primeros, que depende en máxima parte del corte, deben ser valorados no según la estimación de una sociedad en de-

cadencia o ya corrompida, sino con arreglo a las aspiraciones de una sociedad que ensalza la dignidad y la seriedad de las costumbres. Suele decirse a menudo, y casi con resignación inerte, que la moda expresa los hábitos de un pueblo; pero sería más exacto y más útil decir que expresa la voluntad y la dirección moral que una nación quiere tomar, o sea, si naufragar en el desenfreno, o bien mantenerse en el nivel a que la han elevado la religión y la civilización.

No menos nefastos, aunque en campo diverso, son los excesos de la moda cuando se le asignan la función de satisfacer el lujo. El exiguo mérito del lujo, como fuente de trabajo, se anula casi siempre por los graves desórdenes que de él se derivan para la vida privada y pública. Prescindiendo del derroche de riquezas que el lujo excesivo exige de sus adoradores, suena siempre a ofensa de la honestidad de quien vive de su propio trabajo, mientras que revela cinismo de espíritu con respecto a la pobreza, ya sea por denunciar fáciles ganancias como por sembrar sospechas sobre la conducta de vida de quien de él se rodea. Donde quiera que la conciencia moral no consiga moderar el uso de las riquezas, aunque hayan sido ganadas honestamente o se elevan pavorosas barreras entre clase y clase, o bien toda la sociedad irá a la deriva, agotada por la carrera hacia la utopía de la felicidad material.

El haber aludido a los daños que el desenfreno de la moda puede producir en los individuos y en la sociedad, no significa querer comprimir su fuerza expansiva, ni coartar la fantasía creadora de sus autores, ni tampoco reducirla a la inmovilidad de las formas, a la monotonía o a la tétrica severidad, sino más bien señalarle el sendero recto, con el fin de que alcance la finalidad de ser fiel intérprete de la tradición civil y cristiana. Para conseguir esto valdrán pocos principios, como puntos básicos para la solución del problema moral de la moda, de los cuales es fácil deducir normas más concretas.

El primero es *el de no dar demasiado poca importancia a la influencia de la moda misma tanto sobre el bien como sobre el mal.* El lenguaje del vestir, como hemos apuntado, es tanto más eficaz cuanto más frecuente y comprendido por todos. La sociedad, por decirlo así habla con el vestido que lleva; con el vestido revela sus secretas aspiraciones, y de él se vale, en parte al menos, para edificar o destruir su propio futuro. Pero el cristiano, ya sea autor o cliente, cuidará bien de hacer poco caso de los peligros y de las ruinas espirituales sembradas por las modas inmodestas, especialmente públicas, por la coherencia que debe existir entre la doctrina profesada y la conducta incluso externa. Recordará la elevada pureza que el Redentor exige de sus discípulos, incluso en las miradas y en los pensamientos; y recordará también la severidad manifestada por Dios con los sembradores de escándalos. A este propósito puede ser recordada la fuerte página del profeta Isaías, en la que se vaticina el aprobio destinado a la ciudad santa de Sión por el impudor de sus hijas (ver Isaías 3, 16-24); y aquella otra en la que el sumo poeta italiano expresaba, con encendidas palabras, su propia indignación por la inverecundia reinante en su ciudad (ver Dante, Purgatorio 23, 94-108).

El segundo principio es el de que *la moda debe ser dominada,* en lugar de ser abandonada al capricho, y supinamente servida. Esto vale para los artífices de la moda —modelistas y críticos— a los que la conciencia exige que no se sometan ciegamente al gusto depravado que la sociedad, o mejor dicho una parte de ella, y no siempre la más estimable por su sentido común, puede manifestar. Pero tiene valor también para los individuos, de los que la dignidad exige que se liberen, con libre e iluminada conciencia, de la imposición de determinados gustos, discutibles especialmente en el terreno moral. Dominar la moda quiere decir también reaccionar con firmeza frente a las corrientes contrarias a las mejores tradiciones. El dominio de la moda no debilita, antes por el contrario lo convalida, el dicho de que "la moda no nace al margen de la sociedad, ni en contra de ella", siempre que a la sociedad se atribuya, como se debe, conciencia y autonomía en dirigirse a sí misma.

El tercer principio, aún más concreto, es el respeto de la "medida", o sea de *la moderación en todo el campo de la moda.* Así como los excesos son las causas principales de su deformación, así también la moderación conservará su valor. Habrá de actuar ante todo sobre los espíritu, regulando el afán de lujo de ambición y de capricho a toda costa. Por el sentido de moderación se dejarán guiar los artífices de moda, especialmente los "modelistas", al dibujar la línea o el corte, y al elegir los adornos de un vestido, convencidos de que la sobriedad es la mejor dote del arte. Muy lejos de la idea de querer llevarles de nuevo a formas superadas por el tiempo —aunque por lo demás a menudo se reproducen en la vida de la moda— y solamente para confirmar el valor perenne de la sobriedad, quisiéramos invitar a los modernos artistas a detenerse, en las obras maestras del arte clásico, en ciertas figuras femeninas de indiscutido valor estético, en las que el vestido, inspirado en el pudor cristiano, es digno ornamento de la persona, con cuya belleza se funde como único triunfo de admirable dignidad.

Frente
al mundo de hoy

Mensaje

UNA VOZ CRISTIANA,
INTERPRETE DE LAS
INQUIETUDES
INTELECTUALES
ACTUALES.

•

VISION DE LOS GRANDES
PROBLEMAS RELIGIOSOS,
FILOSOFICOS, SOCIALES,
ECONOMICOS, ARTISTICOS.

•

UN COMENTARIO DE
LOS ACONTECIMIENTOS
MUNDIALES
SOBRESALIENTES
TRATADO CON SERIEDAD
Y HONRADEZ.

•

ORIENTA,
MARCA RUMBOS,
ABRE MAS AMPLIOS
HORIZONTES.

•

NO ES UNA REVISTA MAS:
ES UN MENSAJE
CRISTIANO,
FRENTE AL MUNDO
DE HOY.

CORRESPONDENCIA CON LOS LECTORES

E. H. M.: "Debo felicitar a ustedes por el profundo sentido social que han dado a la Revista; y a propósito de esto cuan conveniente es recordar la frase del Cardenal Suhard: "el cristianismo si no es social, no es cristianismo". En cuanto al número de agosto, debo decir que cada artículo es excelente; pero hay uno que sin ser un informe técnico es el que llega al fondo del problema de nuestros días, me refiero al titulado "La miseria actual", basado en una charla del Abbé Pierre". — (suscriptor de Quillota).

Z. P.:."Lamento no poder enviar más como colaboración a esta Revista que en realidad está cumpliendo maravillosamente con sus finalidades. Sigan diciendo la verdad aunque cueste". — (suscriptor de Colchagua).

G. A. R.: "Parece que algunos los encuentran sumamente avanzados y revolucionarios; unos les felicitan y otros se ensañan con ustedes llamándolos comunistas. Sería injusto tildarlos de parciales y apasionados; hasta ahora no he visto sino una precisa actitud cristiana que no se identifica con ninguna tendencia política nuestra. Todo católico tiene que estar de acuerdo con ustedes. Reciban con beneficio de inventario las alabanzas algo mal intencionadas. Algunos les tildan de comunistas; es que no a todos se les otorga el don de la sabiduría. Cien años de justicia social mal entendida han elevado murallas más firmes y grandes que las de Jericó, por lo que es de esperar que alguna vez, con la ayuda de Dios, éstas se derrumben. Pero por ahora es evidente que no quiere producirse el milagro. Disculpe las impertinencias; es el cariño por la Revista el que las inspira. Lo felicito cordialmente por la labor desarrollada; me felicito porque el precio de la suscripción se mantiene congelado." — (suscriptor de Santiago).

—Lástima que la congelación dure hasta el 1º de febrero. Nos vemos obligados a subir para esa fecha el precio de suscripción anual a 1.000 pesos.

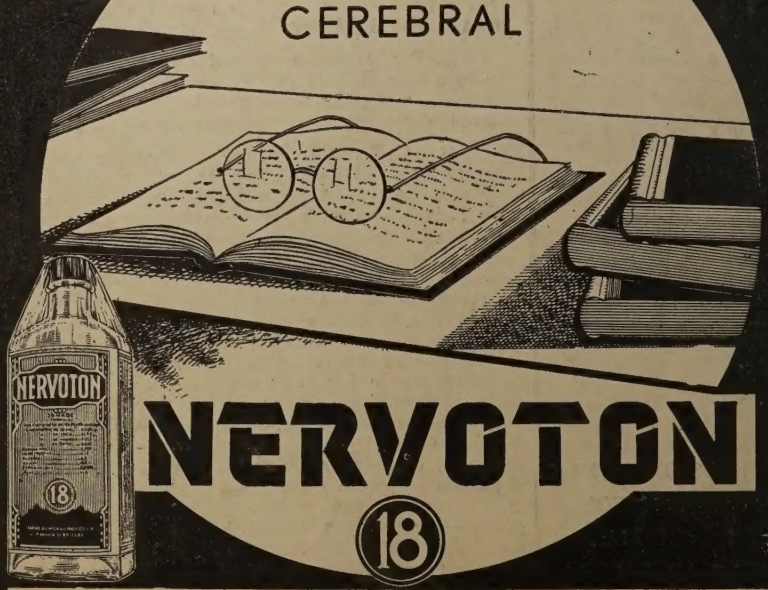
J. A. V.: "Hace algún tiempo tuve ocasión de leer un ejemplar de la revista que usted dirige, y me es grato manifestarle que constituyó para mi una agradable sorpresa, por cuanto ignoraba la existencia de una revista católica que presentase en forma tan amena los difíciles problemas que nuestra religión afronta en los días que nos corresponde vivir y que, al exponerlos de modo tan diferente a lo que estábamos habituados, demuestra conocer muy bien la manera actual de tratarlos". — (suscriptor de Peumo).

M. C. T.: "No resisto al deseo de manifestarle la satisfacción y agrado que experimenté al leer el trabajo "La formación del sentido social en los hijos", obra del distinguido colega Máximo Pacheco Gómez y de su esposa, Sra. Adriana Matte de Pacheco, publicado en el último de *Mensaje* (cfr. noviembre, 1957, pp. 385 ss.). Como católico, como padre de familia y como abogado deseo expresar a Ud., en su calidad de Director de la Revista, mi más cordial felicitación por la publicación de un trabajo de tan alta categoría, en el que sus autores no sólo manifiestan claras ideas de Sociología y Moral Católica al determinar exactamente los conceptos de Sociedad, bien común y caridad, sino también un criterio pedagógico que raramente poseen quienes tienen a su cargo la responsabilidad de formar hijos con un sentido auténticamente cristiano. Le ruego tenga la bondad de transmitir mis felicitaciones y agradecimientos al colega Pacheco y Sra. — (suscriptor de Chillán).

B. S. M.: "Me agradó mucho el artículo sobre Freud, alta y claramente educativo sobre un tema complejo. Su personalidad queda reflejada con exactitud y altura de miras; se destacan sus méritos y éxitos en su labor científica a la par que ponderadamente se critican sin animosidad sus errores y exageraciones." — (suscriptor de Iquique).

—En otra oportunidad haremos referencia a otras indicaciones de su interesante carta.

PARA EL CANSANCIO
CEREBRAL



NERVOTON
18

Ayuda a quienes trabajan con el cerebro
Sus nervios merecen Nervoton "18"
M. R

Base: Glicerofosf calcio sodio, magn., hierro, ac fosfor estric

el Inter Americano con RADAR

PANAGRA
lo lleva en veloces DC-7 a
NUEVA YORK

Escuela Tipográfica Salesiana